

PARAFRASIS



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Dr FEDERICO GARCÍA CAPURRO
Ministro de Cultura

JUAN E PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

Vol 133

ROBERTO SIENRA

PARAFRASIS

Cuidado del texto a cargo de los Sres
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

ROBERTO SIENRA

PARAFRASIS

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

DONACION
JESUILDO SOSA
1986

MONTEVIDEO
1968

D. 373926



PROLOGO

UN MARGINAL LITERARIO

Hay, en todas las literaturas, autores que, a pesar de haber producido una obra de primér orden y digna de la asidua frecuentación de los lectores, no logran imponerse y ocupar el lugar de primera fila al que son realmente acreedores. Viven, diré así, en una discreta penumbra la vida de la fama. Concitan el interés y la admiración de un pequeño número de lectores, renovados a través del tiempo, pero parecen destinados a permanecer para siempre en una cierta situación de *marginales*, como si su obra no se insertara con facilidad en el contexto de la literatura a la que pertenecen. Un autor y una obra de tal cualidad se dan en el caso de Roberto Sienra. Y en este caso, quizás sean dos las razones que pueden invocarse para explicar esa su especial situación marginal. Una, el personal temperamento del escritor; otra, las cualidades y calidades intrínsecas de su propia obra. El personal temperamento de Roberto Sienra le impidió, para emplear un término de moda, promocionarse (y debemos congratularnos de ello porque realza su personalidad moral). Fue, según testimonio de quienes le conocieron, un vocacional de la soledad, que, alejado de amistades literarias que muchas veces más entorpecen que ayudan a la creación, vivió urdiendo

silenciosa y solitariamente el entramado de su vida interior Alberto Zum Felde, que le dedica unas pocas pero consagratorias líneas en su *Proceso intelectual del Uruguay*, escribe allí que Roberto Sienra fue un hombre callado, tímido, anónimo, que vivió como envuelto en su propia sombra y apartado del mundo "*Estudió abogacía — agrega Zum Felde — pero siempre desempeñó empleos de curial en los estudios de abogados de fama No tuvo amistades entre los escritores ni contacto alguno con el ambiente literario Aun literariamente se le conoció poco Gente que valía muchísimo menos que él, ocupó elevados sitios de prestigio y gozó de las alabanzas del mundo Pero acaso a él nada de eso le importara Mirando todo — o tal vez ni mirando — desde el vértice solitario de su espíritu 'Vanidades', diría*" Esta sostenida voluntad de apartamiento fue, reitero, una de las dos causas determinantes de que Roberto Sienra no atrajera sobre sí la atención que la calidad de su obra merecía La otra, reitero también, fue la cualidad intrínseca de su propia creación Roberto Sienra produjo poco y publicó sin prisa Se inició con un libro de poemas *Naderías* (Montevideo, Orsini M Bertani, 1911), al que sigue el pequeño opúsculo constituido por su ensayo titulado *La dama de San Juan* (Montevideo, Orsini M. Bertani, 1913), tras el cual publica un nuevo libro. *Hurañas* (Montevideo, Fonseca y Moratorio, 1918), formado por una primera parte de prosa, tan original como imposible de incorporar a un género literario de-

terminado, y una segunda parte que congrega un nuevo conjunto de poemas. Tres folletos posteriores completan su obra ensayística: *Paráfrasis* (Montevideo, Mercant, 1921) que incluye los ensayos titulados *El Angelus de la Vida Nueva*, *El discurso central del Quijote*, *Un soneto de Verlaine* y *Algo más sobre Verlaine*, *Stechetti - Tax* (Montevideo, Orsini M Bertani, 1923) y *El tío de Hamlet* (Montevideo, Mercant, 1937), en el cual se juntan sus comentarios sobre personajes de Shakespeare. Toda esta labor fue reunida más tarde en un tomo titulado *Paráfrasis* (Montevideo, Claudio García y Cía, 1941), según ordenación establecida por el propio autor. La lectura de este tomo donde el autor ofrece globalmente su producción a lo largo de casi treinta años de creación literaria, y si se presta atención a la fecha en que cada uno de sus trabajos fue inicialmente publicado, permiten comprender cuáles son algunas de esas cualidades intrínsecas de su obra que hacen de Roberto Sienra un marginal en la literatura uruguaya del momento en que escribió y publicó. Como poeta, tanto en *Naderías* como en *Hurañas*, quedó al margen de las formas más estridentes del modernismo que irradiaba, en el Uruguay, sus últimos resplandores en algunos libros significativos (entre otros, los dos de Fernán Silva Valdés: *Anforas de barro*, 1913, y *Humo de incienso*, 1917) y tampoco, ni uno ni en el otro libro, hay atisbos de la poesía de raigambre telúrica y criollista que se inicia en la década de 1910 y da, con *Agua del tiempo*

(1921), de Fernán Silva Valdés, y *Alas nuevas* (1922), de Pedro Leandro Ipuche, sus dos primeros ya perdurables frutos. La voz de poeta de Roberto Sienra, y cualquiera sea la valoración definitiva que de ella se haga, tiene un timbre original e inconfundible, que la ubica fuera del contexto poético uruguayo de esos años. Igual ocurre con su prosa. No es la prosa de un modernista. No es, tampoco, un esfuerzo por indagar, según la inspiración de esos años, en el *ser de lo uruguayo* (aunque esto no impide que algunos rasgos de ese *ser* estén presentes en sus páginas). Sus autores son los grandes clásicos, las voces eternas de Dante, San Juan, Shakespeare, Cervantes, y, ya entre los modernos, el francés Verlaine o el italiano Stechetti. Sólo en la semblanza sobre el Dr. Teófilo Díaz (*Tax*) se aproxima a una personalidad uruguaya. Pero, además, su labor crítico-ensayística queda fuera de serie por la forma en que se aproxima a los autores que trata. En sus textos, Roberto Sienra instaura un modo de aproximación a libros y autores que concilia la indagación crítica con la confesión personal, la interpretación de un personaje novelesco o dramático o de un poema con la reflexión sobre la vida, los modos expositivos del ensayista con los del narrador. Este modo de ensayismo crítico contribuye también a configurar su fisonomía de marginal literario. Todas estas modalidades despistan al lector, si no es un buen lector. Y el buen lector es una especie que no abunda, y menos en el Uruguay, donde la mayor

parte de los lectores — y me refiero especialmente a los que se autoconsideran profesionales de la lectura — se ubican *por encima* del autor y, víctimas de su propia egolatría, terminan *descomprendiéndolo*

NADERÍAS Y HURAÑAS

Roberto Sienra — y su caso no es insólito, sino, por lo contrario, muy frecuente, — comenzó su carrera literaria publicando un libro de poemas y, al fin, la culminó con sus trabajos en prosa. Pero el *élan* poético expresado en verso inicialmente subsiste cuando cambia la pluma del poeta por la del prosista. Su caso es, en esto, similar, y para citar ejemplos uruguayos, al de Juan Zorrilla de San Martín, estu-
pendo poeta en prosa en sus ensayos, cuando, después de *Tabaré*, dejó casi definitivamente de escribir en verso, o al de Juan José Morosoli, cuyos cuentos recogen, depurado, al poeta de sus años iniciales, que se expresa en los poemas de *Balbuces* (1925) y *Los juegos* (1928). La mención de estos dos ejemplos admite algunas precisiones que servirán para afinar la comprensión de las relaciones entre la obra en verso y la obra en prosa de Roberto Sienra. Zorrilla de San Martín que en su inicial *Notas de un himno* (1877) sólo se muestra como un poeta de época y sin reales valores perdurables, da luego, con *La leyenda patria* (1879), un poema balbuciente pero de significación nacional y culmina con una obra maestra, *Tabaré* (1888).

El poeta que subsiste en su posterior obra en prosa es el mismo de estos libros iniciales en verso. Idéntico es el caso de Juan José Morosoli, que cantando cuenta los motivos que darán materia a su narrativa. En verso y en prosa, se manifiesta el mismo hombre y el mismo poeta. Diferente es la situación de Roberto Sienra. El poeta que su obra ensayística evidencia no es el mismo que ofrece sus perfiles en los versos. En este nuevo poeta, no hay solamente una notoria maduración estética sino también un modo de maduración vital que lo hace distinto del primero, aunque de él conserve, atenuados, algunos trazos y trazas. Para comprender esta transformación — comprensión necesaria para penetrar mejor en la parte perdurable de la obra de Roberto Sienra — conviene acceder en primer término a los poemas de *Naderías* y de la segunda parte de *Hurañas*, y relacionar unos y otros con la prosa de la primera parte de este último libro. Esa prosa forma una indisoluble unidad con los versos. Y no sólo muestra depurado al poeta que aparece en ellos sino que, adelante se constituye como una de las partes de valor permanente de la obra de Roberto Sienra.

Naderías está formado por cuarenta y cuatro composiciones, de variada extensión, que, como las *Rimas* de Bécquer, no llevan título y se distinguen por un simple número romano. Lo mismo ocurre con las treinta y una que constituyen la segunda parte de *Hurañas*. El conjunto de las setenta y cinco composiciones integran

— diré con fórmula que admite, desde luego, correcciones — una especie de *diario poético* No lo es — y es ésta una de las correcciones — en el sentido de que narre una *historia* cronológicamente desarrollada No lo es tampoco — y es otra corrección — en el sentido de que el poeta mismo o una criatura imaginaria que actúe a modo de *alter ego* narre precisas incidencias Quien escribe este *diario poético* — y así se intuye cuando se tiene presente globalmente la totalidad de la obra de Sienra — es alguien o algo que anida en el alma del poeta pero que no abarca su personalidad total Está escrito — me permito la expresión — como desde un rincón del alma, con todo lo que hay allí de angustia no superada, de descreimiento, desesperanza, enfermiza tristeza e, incluso, más o menos velado desprecio por los otros seres. Un aire acre y amargo se desprende de todos estos versos no totalmente ajenos a la manera del conde de Lautreamont Este *diario poético* es, en definitiva, una transcripción en verso de curiosos estados sicológicos, de amargas y descreídas reflexiones sobre la vida y los seres humanos, de mordaces apuntes del natural y, en algunos casos, de funambulescas imaginaciones que dan en clave todo lo anterior Es indudable, como dije antes, que los versos de Sienra hacen oír una voz de timbre singular Pero no logran, pese a ello, constituir una creación de valores poéticos perdurables El gran poeta lírico parte de su subjetividad y crea un *objeto poético* donde aquella subjetividad se con-

serva, pero trascendida y casi impersonalizada al convertirse en categoría universal. En todo gran poema lírico, las categorías universales del sentimiento — lo que es de cada uno porque es de todos — adquiere forma expresiva total a través de la voz del poeta que ha hallado el modo impar de decirlas. Los versos de Roberto Sienra más que *objetos poéticos* son testimonios psicológicos. Hay en ellos más valor documental que poético y en no pocas ocasiones son prosaicos y difusos. Estos versos dibujan, sin embargo, y aunque imperfecta y un tanto caótica-mente, una visión de la vida y la realidad que en la primera parte — en prosa — de *Hurañas* halla su expresión más acabada.

Una caracterización inicial, en cuanto a género literario, de esas páginas en prosa debe realizarse mediante un encadenamiento de afirmaciones y negaciones: no son un relato pero tienen ingredientes narrativos, no son ensayo pero abundan en la reflexión, no son páginas líricas pero en ellas se infiltra, aunque acre, un modo del lirismo; no son una autobiografía pero tienen algo, como señala Zum Felde, de autobiografía psicológica, ya que no civil. La indefinición en cuanto al género literario se refiere no impide que en estas páginas — que totalizan XXXV capitulillos — se verifiquen valores literarios de primer orden. Un personaje, significativamente llamado *Neura* (que es fácil imaginar como *alter ego* del autor) protagoniza las experiencias tan cotidianas como significativas narradas en estas páginas o

apunta sus reflexiones. Estas experiencias y reflexiones, centralizadas en un personaje de perfiles nítidos, aclaran esa visión de la vida que en los versos de *Naderías* y de la segunda parte de *Hurañas* aparece como difusa y un tanto caótica. En estas páginas en prosa, como en los versos de *Naderías* y *Hurañas*, también se da una visión amarga y descreída de la vida, pero en ellas, cosa que no ocurre en los versos, se ponen bien al aire las raíces de esa amargura y ese descreimiento. *Neura*, personaje levemente romántico, sufre, como algunos personajes románticos, el choque entre su aristocracia de espíritu y la vulgaridad del contorno vital. Descrece del mundo porque cree en valores ideales. Esta situación, de por sí nada original, no es, desde luego, la que confiere calidad literaria a los XXXV capitulillos de prosa de *Hurañas*. Sirve sólo para darle nitidez de tiazó al personaje, a sus experiencias y a sus reflexiones. La calidad literaria proviene de la originalidad de las ocurrencias a través de la que esa situación se expresa y de la felicidad expresiva de la prosa que Sienra maneja con evidente maestría. Esa originalidad, así como los ribetes de humor negro y particular ironía que dan acre gracia a estas páginas, se harán evidentes al lector en cuanto las guste. A las calidades y cualidades de la prosa me referiré más adelante. Pero no quiero dejar de subrayar aquí que estas páginas de Roberto Sienra, por sí solas, bastarían para darle un lugar señalado en la literatura uruguaya. Ellas constituyen una pequeña obra

maestra dentro de ese sector, no muy abundante ni calificado en nuestra literatura, donde se ubican los escritores denominados "*los raros*". Pero, conviene aclararlo, la rareza, en estas páginas, no es extravagancia. Es singularidad de fondo y concepción. Aunque arquitecturadas como un conjunto de apuntes, que hacen que el autor salte ágilmente de un tema a otro, estos XXXV capitulillos de la primera parte de *Hurañas* constituyen una nítida estructura y están escritos con un lenguaje ceñido que sin perder actualidad, o el calor, aun hoy, de lo moderno, irradia un cierto sabor clásico.

POESÍA Y CRÍTICA

El poeta en verso de *Naderías* y de la segunda parte de *Hurañas* sufre una primer transformación cuando se convierte en el poeta en prosa de la parte primera del libro citado en último término. Una transformación que no sólo significa una superación en el orden estético sino también un avance en lo que se refiere a su postura ante el mundo. En los versos, se revela una conciencia casi estrangulada por una sensación de invalidez ante la vida, en las prosas de *Neura*, hay una conciencia dolorida pero que asume lúcidamente una situación, y, aunque sintiéndose en posición de ajenidad con respecto al contorno, se afirma en valores ideales. La segunda y definitiva transformación del poeta inicial se da en los trabajos ensayísticos de Sienra, que son, sin duda, la culminación de su

obra, y que son, en verdad, enfoques de poeta. Esta afirmación no supone negar la lucidez de su visión crítica: simplemente acentúa el sentido creador con que se aproxima a los autores que trata. Sus ensayos críticos son, a la vez, análisis y juicio de la obra ajena y expresión de la subjetividad del crítico mismo, que estriba en autores u obras que le son afines para expresarse expresándolos. Sus ensayos críticos son páginas — comparto el juicio de Zum Felde — de “*pensador y de poeta*”. Y este poeta — el tercero — no es ya el síquicamente caótico de *Naderías* ni el lúcido pero dominado por el sentimiento de la ajenidad de las páginas en prosa de *Neura*, sino un poeta que asume los grandes valores eternos, aunque ante algunos — lo religioso — se sitúe en rebeldía. Pero su rebeldía postula una convicción y una fe. El sentimiento de su aristocracia espiritual no lo coloca ahora en situación de ajenidad sino de comprensión. Y su visión de la vida se amplía. Porque sus ensayos críticos no son sólo una indagación estética sino una meditación sobre algunos grandes temas vitales, que, para Sienra, encuentran significativa expresión en los autores u obras que enfoca.

Los ensayos críticos de Roberto Sienra postulan una intención y un método bien definidos. La intención consiste en hallar la *esencia* de una obra o autor, el método consiste en partir de una *impresión*, efectuar una *glosa* y culminar en un *juicio*. El método se ciñe estrictamente a la intención, porque la *esencia* que el crítico uru-

guayo busca en cada autor u obra es ese algo que en ellos responde como un eco a los estremecimientos de su propia sensibilidad. Y ese algo es detectado por la *impresión* intensa e inmediata que la lectura le produce y se expresa a través de la *glosa*, donde simultáneamente se expresan la *esencia* hallada y la *impresión* del crítico, constituyendo en su conjunto el *juicio* valorativo. Todo lo cual no supone afirmar que Sienra desvirtúe al autor o desconozca los contenidos objetivos de obras o autores. La intención y el método suponen simplemente que la obra literaria admite el enfoque desde varias perspectivas, todas ellas válidas siempre que la impresión del crítico se fundamente en un elemento realmente existente en la obra. En una de las páginas dedicadas a Verlaine, Sienra escribe unas palabras que ilustran sobre su intención y método críticos: "*Un poeta, por pequeño que sea si realmente es poeta, — expresa — es grande y rico como un bosque o como un mar. Todos los que vuelven del mar o del bosque traen como otros tantos hallazgos sus impresiones propias, personales, inconfundibles, las que por otra parte responden muchas veces a nuevos aspectos del paisaje*". De este modo, el impresionismo crítico de Sienra se concilia con la objetividad crítica. Incluso, cuando fuerza la interpretación de un autor, desdeñando lo que éste reflexivamente puso en su obra para acentuar lo que, según el crítico, ella contiene como hallazgo intuitivo que niega al dado por la reflexión, Sienra subraya objetivamente la

distorsión que él mismo impone. Esto ocurre especialmente en algunos pasajes de *La dama de San Juan*, *El Angelus de la Vida Nueva* y en las páginas dedicadas a Verlaine. En estos casos, la *esencia* que Sienra busca y halla es la que dan los contenidos humanos con prescindencia de los religiosos. De este modo, pues, la fidelidad a los contenidos objetivos de la obra es siempre preservada, y como la sensibilidad del crítico es penetrante y certera, sus páginas irradian luz que ilumina al autor o la obra que trata. Son páginas que, a su modo, potencian, para emplear una expresión de Ortega y Gasset, al autor u obra sobre los que el crítico ha volcado la atención. En este aspecto, y a pesar de las discrepancias de interpretación que se puede tener con la de Sienra, son admirables las páginas dedicadas a la poesía de San Juan de la Cruz (en las que el tono confesional adquiere su máxima intensidad y emoción). El crítico recrea con prosa de lírica intensidad la atmósfera de los poemas y su glosa constituye una interpretación sutil y penetrante de los poemas de San Juan de la Cruz. Aunque no se coincida con esa interpretación, reitero, ella es iluminante. De calidad y tono muy similar a los del ensayo *La dama de San Juan* son los titulados *El Angelus de la Vida Nueva*, *El discurso central del Quijote*, *Un soneto de Verlaine* y *Algo más sobre Verlaine*. Hay en todos e los pareja vibración de sensibilidad poética e idéntica inteligencia crítica. Y en todos ellos, según su método, realiza su indagación centrando su in-

terés en un motivo limitado (una estrofa de Dante, un episodio del Quijote, un soneto y dos o tres aspectos de la obra de Verlaine) del cual ha recogido una impresión intensa, pero desarrollando el tema de tal modo que logra dar su visión global del autor. La intención y el método se mantienen en los ensayos sobre Stecchetti y Tax, pero en estos dos trabajos no parte de motivos limitados sino que desde el comienzo se propone dar una semblanza totalizadora. Y son, en verdad, dos estupendas semblanzas de dos tipos humanos opuestos. El mejor elogio que de ambos ensayos se puede hacer es afirmar que uno y otro pueden ser leídos con sostenido interés aún por aquellos lectores que desconozcan tanto al poeta italiano como al hombre de mundo y cronista uruguayo. Sienra logra crear dos figuras representativas, válidas por sí mismas con prescindencia de los dos seres reales que dieron motivo a esa creación. La intención y el método críticos de Sienra persisten en el último opúsculo que publicó *El tío de Hamlet*, y que congrega seis temas shakespearianos: *El tío de Hamlet*, *La hora de Romeo*, *La hora de Hamlet*, *En la zona de la vida*, *Cerrad las puertas!*, *Lo demás es silencio*. La glosa está realizada en los seis casos de modo narrativo. Pero la narración está realizada de tal manera que, haciendo pie en escenas o situaciones de *Hamlet* y de *Romeo y Julieta*, cada narración configura, a la vez, una interpretación sobre la realidad de arte creada por Shakespeare y una meditación sobre un tema: amor,

muerte, el bien y el mal morales. También en estas páginas muestra el autor su sensibilidad y agudeza para la captación del fenómeno estético y hacen sentir la potente vida de los personajes shakespeareanos. Sienra los trata como si fueran creaciones de la vida y no del arte. Y en verdad, así son. El haberlas visto así confiere jugosidad y vigor a estas páginas del crítico uruguayo que, en ellas, ha enfocado el arte, según la expresión de Nietzsche, con la óptica de la vida. Y sin traicionar los textos de Shakespeare los recrea, convirtiéndolos, casi en propia creación.

No es posible cerrar estos comentarios sobre los ensayos críticos de Roberto Sienra sin referirse a algunos aspectos formales de los mismos. En sus ensayos más extensos — *La dama de San Juan*, *El Angelus de la Vida Nueva*, *Stecchetti*, *Tax* — es admirable la precisión con que organiza el desarrollo de sus temas. El pensamiento del autor se desenvuelve con orden y naturalidad, a pesar de que en ellos maneja motivos distintos que va engranando en forma armoniosa y coherente. Concluida la lectura, se siente que el autor ha orquestado todos esos motivos en un todo que siendo una sólida arquitectura deja, a la vez, la impresión de un desenvolvimiento espontáneo y natural. Es evidente, sin embargo, que el escritor al colocar sobre el papel la primera línea de su tema sabía ya cual era el cauce total de su ensayo. Quizás nada más difícil que lograr este orden sin perder naturalidad. En *La dama de San Juan*, por ejemplo,

comenta en dos oportunidades el Cántico, transmitiendo, según su método, las dos impresiones distintas recibidas en dos lecturas que lo conmovieron en diversa forma. Esa reiteración de un tema, y su ubicación en el conjunto del ensayo, están estupendamente realizados y revelan la lucidez con que el crítico organizaba su materia literaria. En los ensayos más breves, estas cualidades subsisten y es igualmente admirable la concisión — que no es sequedad — con que deja conclusivamente realizado el tema. Todas estas cualidades, además, sirven de encuadre a una prosa de sobresaliente calidad. La prosa de Sienra aúna dos cualidades que no suelen darse juntas: fuerza poética y sobriedad. La fuerza poética surge del *élan* interior del autor, la sobriedad, de un dominio del lenguaje que le permite transmitir con precisión, pero sin recargamientos retóricos, todos los matices de sus pensamientos y de su sentir. Es, también, la de Sienra, una prosa de sostenido ritmo, donde se maneja con igual soltura el período amplio — no ampuloso — y la oración breve, concisa, condensadora de una idea o un sentimiento.

INÉDITOS

Tras de publicar, en 1937, su opúsculo *El tío de Hamlet*, Roberto Sienra editó, en 1940, en un solo tomo, *Paráfrasis*, el total de su obra edita. Después, nada más publicó. Este largo silencio — murió en 1962 — es sorprendente, casi inexplicable en un hombre que, en una obra breve

pero densa y ceñida, denotó altas dotes literarias. Entre sus papeles, se hallaron, es cierto, algunos originales — prosa y verso — que permanecen inéditos. Tanto esas prosas como esos versos se ubican en las líneas que caracterizan la obra édita de Sienra. Pero no alcanzan la calidad ni la intensidad de lo publicado. El más extenso de esos trabajos en prosa se titula *Paráfrasis florentinas*. En esas páginas, glosa algunas obras de Florencio Sánchez, empleando un procedimiento similar al usado en *El tío de Hamlet*. Otras páginas en prosa glosan un poema, *El sapo*, de Víctor Hugo. Otros originales son apuntes narrativos, ocurrencias muy próximas al “humor negro”, pensamientos varios. Un conjunto de composiciones en verso, tituladas *Embelecocos*, encuadran dentro de las características señaladas para los versos de *Naderías* y la segunda parte de *Hurañas*. Algún trazo aislado, alguna observación penetrante, algún rasgo de estilo recuerdan en las páginas en prosa al estilista de *La dama de San Juan*. En su conjunto, repito, están muy lejos de las calidades evidentes en la obra édita. El silencio literario, el desinterés por publicar, teniendo en cuenta el extraño carácter del autor, podrían tener explicación. Más sorprendente es esta notoria declinación de las facultades en un hombre cuyas páginas en prosa denotan que no escribió por corazonadas o impulsos sino sostenido por una real disciplina intelectual. Sea de ello lo que fuere, las páginas que el autor dio a la imprenta preservan el nombre de Roberto

Sienra como el de uno de los ensayistas uruguayos de mención inevitable en la historia literaria del país de la primera mitad del presente siglo

Arturo Sergio Visca

ROBERTO SIENRA

Nació en Montevideo el 18 de agosto de 1876 Hijo de Alejandro Sienra Fernández de Luna y de Juana Sienra Sienra, descendientes de primeros pobladores de Montevideo Hizo sus estudios en los cursos de enseñanza primaria y secundaria del Colegio de los Padres Jesuitas Los prosiguió en la Facultad de Derecho de Montevideo Con el Dr José M Sienra Carranza realizó la práctica profesional La Universidad de la República le expidió el título de abogado el 25 de agosto de 1904

Designado para ocupar el cargo de Fiscal en el Departamento de Treinta y Tres, presentó renuncia Rehusó aceptar, después, el Consulado del Uruguay en Florencia Prefirió desempeñar durante años modestas tareas de curial en un prestigioso estudio notarial de Montevideo, a ejercer su profesión de abogado Apartado de la sociedad, sencillo, humilde y bondadoso, la vida de Roberto Sienra transcurrió silenciosa en voluntario enclaustramiento En él realizó su obra apartado de los círculos literarios En 1911 publicó *Naderías*, *La dama de San Juan*, en 1913, *Hurañas* en 1918 en 1921 *Paráfrasis* y en 1937 *El tío de Hamlet* Ordenados y revisados por el autor estos trabajos fueron reeditados en 1941 en un volumen titulado *Paráfrasis*

El Ministerio de Instrucción Pública otorgó a esta obra la más alta distinción literaria del año Rodeado del afecto familiar Roberto Sienra murió en La Paz departamento de Canelones, el 9 de setiembre de 1962

CRITERIO DE LA EDICION

Se reproduce el texto de la edición revisada por el autor en 1941. La ortografía y acentuación ha sido actualizada con sujeción a las normas de la Real Academia Española.

PARAFRASIS

LA DAMA DE SAN JUAN

LA DAMA DE SAN JUAN

Es *El Pastorcico* la menos oscura de las poesías de San Juan de la Cruz. Casi me atrevería a decir que es la única que no es oscura, que entre todas, sólo ella es fácil, transparente. Por eso y por su brevedad retiene en seguida los ojos curiosos. Son de saborearse largamente la gracia y el candor idílicos con que ofrece San Juan a la inteligencia de los simples, en la alegoría, sin misterios, de esa poesía, el amor de Jesús y su muerte de amor. Jesús es un pastorcico, un inocente, un pobrecillo de los campos que deja la casa paterna y su bienaventurada heredad para seguir a una pastora, a la mujer desdeñosa y cruel que le ha robado el corazón. Solo y desconocido en tierra ajena, lo maltratan las gentes que ven en él un extranjero odioso. El sufre pacientemente la maldad de los hombres y, sin quejarse, la herida insanable con que el amor le ha traspasado el pecho. Lo que llama el llanto a sus ojos, lo que lo desconsuela, es la crueldad de su amada que ha querido hacer del amor de él una ausencia sin retorno, que ha querido, perdiéndole a él, perderse, porque sólo en él puede ella encontrar el reposo de una felicidad perdurable. Vencido al fin por tanta pena, se sube a un árbol para morir sin que pierdan sus ojos la imagen de la amada, pronta siempre a esconderse en dolorosa lejanía. Entre las ramas abre los brazos, buscando

sostén para el cuerpo extenuado, y muere así, con los brazos en cruz

Las estrofas terminan en un mismo verso ingenuo y llano, en una sola queja que podría vivir, como un aire melancólico, en el campo o en la calle *El pecho del amor muy lastimado* (por el amor muy lastimado) El primer verso de cada estrofa, repite la rima sosteniendo el tono, y el constante volver de ésta, le da a toda la composición el vigor del romance y parece como que hiciera nacer la unidad y el movimiento ascendente que hermosamente la informan. Dentro de estas cualidades, sin contrariarlas, todo lo que se dice en esa poesía reúne la encantadora negligencia, la incoherencia infantil y la dejadez enfermiza, propias de las quejas de un enamorado que ha logrado reducir su llanto a palabras vivientes. Y libres, fáciles y transparentes, brillan, a pesar del eslabonamiento apagado y unísono de las estrofas, las palabras líricas, dándonos, con la característica formal del poeta, la impresión con que recordamos el agua surgente y el rocío tembloroso, dándonos algún reflejo de esa hermosura líquida y cambiante, espontánea y fresca, que en otra poesía de San Juan, *El Cántico*, vive del alma misma del amor, manifestándola en sorprendentes revelaciones

En la vieja escuela española donde yo estudié y donde había tanto espacio para algunos líricos

del siglo de oro, entre ellos León, Rioja, los Argensola y Herrera, nunca se mencionaba la obra de San Juan. Sin embargo, creo que hubieran iluminado la poesía sin palabras de niñez, la gracia y la espontaneidad con que se ofrece San Juan en la estrofa breve y armoniosa de Fray Luis de León y que el lenguaje bíblico que nos aturde y nos fatiga en los pomposos discursos de Herrera, me habría encantado oyéndoselo hablar a San Juan naturalmente, como si fuera suyo desde la cuna. lo habla San Juan con el acento de su tierra española, con la alegría y el donaire en que se desabrocha el alma española en la intimidad familiar, y es curioso y encantador ver cómo ilumina esa claridad riente, en algunos de sus momentos más sentidos, la embriagadora voluptuosidad que satura las páginas del Cantar de los Cantares. No me lo dijeron, pero me imagino que aquella vieja escuela, que no pudo presentarme un poeta con quien simpatizaran mis primeros años de lector, ha de ver en San Juan un pecador que murió impenitente: un poeta diametralmente opuesto a Fray Luis, por ejemplo. También creo yo, que San Juan y Fray Luis son bien distintos, y voy a decir en seguida por qué, pero creo al mismo tiempo que si la poesía hubiera descendido a nuestra escuela, nos lo hubiera traído a los dos, tal vez el mismo día, porque los dos, por la savia espiritual, vital, humana, de sus versos, sobresalen entre los líricos del siglo de oro, no admitiendo quizás otra compañía que la de Garcilaso. La obra de Fray Luis, es

noble y hermosa, pero es la obra de un hombre que habla para sus amigos cultos y se embellece para ellos, de un maestro que se incorpora la enseñanza literaria de otros maestros y deja a su vez, los fundamentos de una escuela, de un maestro que ama el arte en cuanto no repugna a la razón, en cuanto se complace en él el buen gusto tradicional, en cuanto puede ser expuesto y explicado en frases concluyentes. Fray Luis es sereno, preciso, limitado. Al hablar de la vida del cielo, por ejemplo, la describe, la encierra en un cuadro de que podría apoderarse la pintura, la fija en una alegoría, donde las ideas que quiere expresar se revelan una a una mediante imágenes que, o son inequívocas o tienen al lado, e incorporada a la composición, alguna palabra que las explica. En toda su obra son notables la exactitud y fuerza del estilo que llega a dar a las figuras relieves esculturales, aquellos, por ejemplo, con que se desarrollan, en la Profecía del Tajo, los momentos característicos de la invasión agarena. Ceñidas por las palabras que les son propias, las ideas se encadenan armoniosamente, y las palabras y las ideas se mantienen en una claridad serena y decorosa y una sobria elegancia, espiritualmente caballeresca, tan *sentidas*, que parecen el natural reflejo de una vida obediente a la dirección de un arte pulquérrimo y de una moral al mismo tiempo plácida y austera. San Juan es oscuro, impreciso, fluctuante, desenvuelto. Atrae a sus virtudes literarias los nombres que los maestros de aquella vieja escuela española han reservado para los

vicios. Sin embargo tal vez hayan reconocido en él la gran cualidad lírica del hablar roto y saltante, abandonado e imprevisto, desnudo de todo razonamiento, tal vez hayan sentido la belleza excitante y rara de algunos pasajes donde una idea recóndita o un sentimiento profundo graciosamente se revelan en un decir desceñido y llano. Otras veces el contraste resulta de las mismas ideas evocadas que hacen nacer la sabiduría de la ignorancia, el amor del desconsuelo, de la noche los deslumbramientos. La noche está constantemente en la poesía de San Juan, la noche la eleva, la libra de toda traba, de todo marco, la infunde en nuestro espíritu y la deja en él imprecisa, flotante, luminosa. Los ojos de San Juan vueltos siempre a las intimidades de su alma, retienen, con las visiones que pasan, la noche que siempre está, la noche desconsolada o jubilosa, la noche de la ausencia o de la esperanza, la noche impenetrable y muda de lo desconocido, la noche de las supremas delectaciones amorosas. El quiso dar su luz al mundo. Con ella se difundió la noche amiga, la noche que hizo posible, sensible, la luz en los ojos del mundo. El dio su luz al mundo. Acaso quiso hacerlo por pura caridad, desconociendo acaso su poder artístico. Y quizás por esto, fue, tal vez, el poeta por excelencia entre sus contemporáneos, por esto, es decir, porque su poesía quería ser la simple expresión de lo que entonces era tenido por verdadero y como cosa la más importante para la criatura humana, la única importante: sus relaciones con la divi-

nidad, su vida espiritual La obra de San Juan resultaba de vivir la vida que entonces se creía ser la excelente y de dar esa vida, en cuerpo y alma, al arte Dejó que las escuelas literarias creyeran que el arte era una cosa superficial, un entretenimiento gentilicio que nunca llegaría a ofrecer al cielo cristiano más que el homenaje de su saber, de su esculpir, de su pintar El pudo decir. esto doy a vuestros oídos, esto que ha nacido en mí, de haber entregado mi corazón a un solo amor infinito

Fue tan feliz San Juan en sus hallazgos que nos encanta aún hoy y aun a los que no lo seguimos en sus pensamientos últimos sino sólo en sus figuraciones y, un poco, en su amor.

Dije que no había encontrado en la escuela un poeta lírico del siglo de oro que me fuera simpático Añado ahora que a Fray Luis no lo pude entender sino algunos años después de mis estudios escolares y que le ganó la delantera, en mi alma. San Juan, quien me dio algo de su placer cuando estaba yo aún en la persuasión de que aquellos viejos poetas eran impenetrables „Cómo San Juan a quien aún hoy encuentro oscuro pudo hacerse conocer y amar antes que Fray Luis cuyo sentimiento es agua serena y cuyo arte es de la idea purísima, del contorno estatuario, del movimiento fácil y armonioso?

La razón que he encontrado es que en los pórticos de Fray Luis había para mis ojos mu-

cho polvo y en los jardines de San Juan, mucha noche La noche de San Juan no me impedía ver del todo y aun donde no veía, percibía la hermosura por los otros sentidos; el polvo de Fray Luis me velaba toda su obra. Para aventar del todo, el polvo, me bastó conocer un poco más que en la niñez, la lengua y el mundo, tener un poco más de lecturas y vivir y sentirme vivir un poco más Para ver en la noche tendría que irradiar como una estrella... y la verdad es que quiero estar en la noche como un niño, que temo perder, con el irse de la noche, el encanto de lo que en ella he visto. . y que es un poco difícil irradiar como una estrella

No volveré al pastorcico que tenía el pecho del amor muy lastimado. Hablaré en los párrafos siguientes de otras poesías de San Juan que me tienen encariñado: del cántico, de la fuente y de la cita. Hablaré después, otra vez, del cántico Porque al cántico lo gusté dos veces y cada vez de distinta manera La primera como una música, como una nube, como un perfume La segunda, años después, como una pastoral representada al aire libre con el campo por escenario y una poesía espontánea y amorosa como sugeridora.

La primera vez no me dio *el cántico* personificaciones nítidas ni ideas precisas de ningún género Ni siquiera percibía en muchas frases su significado parcial, estricto Me dio suspiros

y sonrisas, palabras ricas en colores suaves, excitaciones a la alegría y al llanto, la emoción que nos sorprende al oír sonar el agua del bosque y el viento del otoño, el movimiento interior, el dulce alejarse y subir del alma en el ensueño y su vagar perdido y sereno en la soledad de las montañas y de los mares. Me produjo una impresión indecible que recuerdo bien, pero que no puedo reflejar en mis palabras. Entonces, la reflejé sin querer, en *Las Voces*. *Las voces*, poema que no llegó a publicarse, presentan un resultado concreto del estado en que el cántico puso a mi espíritu. Me prueban, cuando busco, en primer término, ser sincero conmigo mismo, que no recuerdo mal cuando recuerdo que me impresionó de una manera extraña y penetrante. La impresión era oscura, no daba materia para una imitación consciente, no sonaba con las palabras que sugería, no reproducía imágenes, pero creaba en mi interior una atmósfera cuya influencia conocí con sorpresa, después, relejendo *Las Voces* ..

Están *Las Voces* entre mis papeles inéditos, abandonadas . Creo que había comenzado bien acertando a escribir parte de lo esencial, pero sin comprender la naturaleza de mi obra ni saber como debía dirigir mi instinto, quise fijar los contornos, precisar las ideas, dar relieve a las figuras y al paisaje y perdí mi obra en una labor estéril. No del todo estéril. Generalmente no lo es una fatiga noble. No tuve yo mi poesía, pero después de mi intento comprendí más y amé más la de San Juan. Como

él en *El Cántico*, debí de haber excluído toda exposición, toda interpolación de episodios y haber dejado libres y solos a los protagonistas, a las voces de los protagonistas. No debí empeñarme en que desapareciera la oscuridad, la vaguedad incorporadas a los versos iniciales porque estaban en su naturaleza y eran parte de la virtud oculta que los animaba y elevaba

Las Voces se oían en la noche, en las noches de Bethlehem Eran una voz de hombre y una voz de mujer, del hombre y de la mujer del mundo viejo que vino a renovar Jesús. Hablaban las voces y en ellas las ideas, la fuerza, las pasiones del varón y el sentimiento, la quietud, el dolor resignado de la mujer Ellos habían consumido juntos una larga vida Prodigándose sin objeto habían caído en la miseria Y en la miseria, en el desconsuelo, en la extenuación, se habían desmenuzado sus vínculos, se había perdido su amor. Ya desunidos, el andar inconsciente los apartó Cada uno se alejó por su camino Su camino no era suyo sino del azar El viento los extraviaba, el desierto, impasible, los veía vagar, empequeñecidos y encorvados por su miseria interminable Una noche, la noche de Bethlehem, fascinados por una estrella, por la estrella guadora que conmueve toda la naturaleza, los dos se acercan a la fuente de la vida nueva, los dos vuelven a unirse en el mismo camino Ese es el momento en que las voces llegan a nosotros Habla el antiguo vencedor, el rey destronado lamentando sus pasadas grandezas, su decrepitud actual, pidiendo a lo des-



conocido las fuerzas con que en otro tiempo dominó la tierra. Habla la esposa, habla la madre, clamando al cielo por un amor en que el suyo repose, por unos hijos que han arrancado a su seno y no ha vuelto a encontrar. Pero Bethlehem es de los pastores como más tarde Nazareth, Tiberíades y Jerusalem serán de los artesanos, de los pescadores, de los vagabundos, de los desamparados desde la cuna en castigo del mentido delito de nacer. La vida nueva para los hombres nuevos. Para los tres reyes sus torres solitarias. Para el viejo rey vencido por la tierra, el desierto. A él se vuelven el viejo rey y la mujer de sus viejos amores, a él se vuelven y a extinguirse allí. . Y fue, pues, una cosa curiosa. Encontré, componiendo lo que no se me había manifestado en la lectura. volví a San Juan con la visión de mis dos personajes y ellos, decrepitos, pueriles, artificiosos, me trajeron de la mano a la pareja del cántico, rica de juventud, de amor y de poesía

Hace poco leí la prosa en que San Juan quiere explicar el sentido de su cántico. Son páginas en sí mismas bellísimas, pero que con serlo no llegan, según mi juicio, a satisfacer la intención de que proceden. Relaciono el cántico con el comentario de esta manera: veo en el comentario el reflejo, la exposición, el relato, de una vida espiritual o de sus pasajes culminantes y en el cántico una obra artística que tiene vida

propia, espíritu distinto y que sólo da al comentario términos de comparación. No veo penetrar el comentario en la poesía, ni que le comunique otro espíritu que el que sentimos en ella al contemplarla desnuda. No veo que leyendo la poesía pueda uno tener presentes a Dios, al alma, a los ángeles y a otros seres y personificaciones inmateriales, a que se refiere el comentario. Esto es lo que realmente siento aunque no dudo, antes bien estov persuadido, de la sinceridad de San Juan, cuando hace coincidir en sus dos obras los hechos y su ordenada disposición, para que aparezca el cántico como una revelación figurada de místicos desposorios. Sabiendo que San Juan llevaba en su alma el Cantar de los Cantares y su interpretación religiosa no me cuesta creer que pudo ser natural, inconsciente el nacimiento del cántico y responder al mismo tiempo a las recónditas ideas y alambicados sentimientos que, sin salir del todo de su sombra, dieron las hermosísimas páginas del comentario. Y no me detengo aquí porque no he estudiado el punto. Es, por otra parte, mi propósito en estas páginas, tan sólo reflejar, en cuanto pueda, la impresión que ha producido en alguno, la simple lectura de las indicadas poesías de San Juan.

En *la fuente*, canta una fuente. San Juan recoge en sus versos la voz que suena en lo profundo, apagada y rota. La recitación es simple

y grave, llana e intensa Cada estancia ocupa dos versos pareados Entre estancia y estancia está la noche

Que bien sé yo la fuente que mana y corre aunque es de noche Así comienza la poesía Cambia en seguida de metro y se desenvuelve hasta el fin en endecasílabos; pero queda entre estancia y estancia, como un estribillo, el *aunque es de noche*, libre de toda rima

Yo sé, dice el poeta en cada estancia y enuncia en seguida algún atributo de la fuente insondable, sangre incorruptible, luz del universo, donde absorben toda su hermosura los cielos y la tierra y, de los hombres, los que subieron y los que esperan Resplandece a nuestros ojos la idea de que a donde quiera que llevemos nuestro espíritu, en donde quiera que apartemos un velo, encontraremos la luz, la luz única, la luz de todos Y, al mismo tiempo, el continuo volver de las palabras insistentes nos hacen sentir la vecindad de las tinieblas y el poder del que las ha vencido, poder que abruma al que lo posee, poder que emana de la fuente misma porque en ella está toda la luz

La simplicidad de los pareados y aquel *aunque es de noche* que se interpone entre ellos sin responder ni a su rima ni a su ritmo, darán tal vez a oídos vulgares la impresión de una negligencia y de una flojedad despreciables De mí sé decir, y del convencimiento con que alabo esa poesía, que alguna vez, en que quise expresar el sentimiento de una pena muy grande, las palabras tendieron a ajustarse al sonar de

esa fuente, dejando, como ella, caer, lentamente, una a una, las frases dolorosas En la fuente no hay dolor pero hay el cansancio de una idea abrumadora. La fuente es la poesía de una idea, pero es la poesía haciendo sensible la sobria simplicidad con que cuenta lo que ha visto uno que vuelve de lo desconocido trayendo en sus palabras las fatigas del camino y la verdad encontrada a su término

El hombre de ideas no se acuerda a veces para nada de la elocuencia, se limita a veces a ofrecer el trigo de su granero en sus manos desnudas Pero una buena parte del vulgo cree que la verdad y la belleza sólo están en el decir amanerado de las escuelas, en las figuraciones verbales, complicadas y vacías, de los charlatanes, en lo que formaría como un lenguaje de ley reservado a los hombres de ciencia y a los artistas de la palabra Y no es así, claro está La ciencia, enemiga natural de las brujerías y de los misterios, de lo que finge y de lo que oculta, se complace en las palabras elementales que surgen espontáneas de la contemplación o del hallazgo de lo que es Y la verdad no tiene por qué perder el sabor de la tierra madre ni la simplicidad de la evidencia, al renacer o al nacer, hermosa, en el literato, en el poeta

Algunos versos de la fuente contienen ideas religiosas que hoy negamos sin vacilar Otros, la mayor parte, al referirse a la fuente misma, invisible, inmensa e inagotable, engendradora y mantenedora de la vida de todos, afirman la existencia de una entidad de la que, a mi en-

tender, no se puede decir categóricamente que es imposible, ya la miremos en la visión de San Juan, ya en otras representaciones que la dan como una vida única, como una vida universal. San Juan, a mi entender, ha infundido en la fuente no sólo la virtud de su sinceridad, sino también el vigor de una idea profundamente arraigada en la inteligencia de los hombres

La cita es la poesía del amor y de la gracia como *la fuente* lo es de la simplicidad y de la idea. La amada que en estos versos y en el cántico es la personificación femenina de un amor de poeta, nos cuenta ingenuamente los momentos de una cita. Oyéndola cada uno se cree el confidente elegido y que no están en el secreto sino él mismo y los enamorados.

Me sentí en íntimo contacto espiritual con la amada y si no llegué a verla alucinado, arrobado por sus encantos me alejé con ella de la realidad. Sentí en mi brazo el brazo de la amada, su corazón sobre mi corazón, en mi oído sus secretos. Venía de la cita, de estar con el amado, venía ebria de una felicidad que no conocemos, de un placer que, inmaculado, no se ha iniciado por el sufrimiento. ¡Con qué dulce emoción habla de su noche! ¡Cómo en medio de su confidencia eleva a ella su voz y la bendice, bendice a esa noche amiga, *amable más que alborada*! Me sorprende la amada bajo los árboles

del paseo solitario, donde es dulce e inesperado el pasar de las vírgenes. Sube el sol, y ella llega con la luz nueva y ardiente que, tamizada por las hojas, se espolvorea en el aire fresco de la mañana.

La amada viste el traje de la cita, la túnica suave y perfumada, el oscuro manto, el velo discreto, el calzado silencioso. Se apodera de mi brazo, da a mis pupilas su bello rostro moreno tocado de púrpura en los labios y de sombra en los ojos y me confía su dicha con la alegría saltante de los niños y la intensa emoción de las vírgenes que se han embriagado de caricias sin llegar al dolor donde la dicha se acrecienta y renueva. Ella acudió a la cita, sola y de noche, recatándose, escondiéndose. Tal vez tiene en su casa a un enemigo de su amor, a algún tutor duro y cruel, a algún celoso enamorado. Tal vez tiene en su casa los ojos del saber vulgar, de las preocupaciones comunes, los ojos que no ven la divinidad cuando el amor se convierte en dios, los ojos que no ven al príncipe cuando el hombre se supera a sí mismo y se sale de la ley de los mediocres. Ella me cuenta su miedo, sus precauciones, burlándose un poco de sí misma, castigándose dulcemente por haber sido tan miedosa. No le bastó que fuera oscura la noche, no le bastó que el silencio del sueño aquietara la casa, quiso la escala secreta para sus pasos y un velo muy espeso para su rostro. Ayudó tan bien a la oscuridad que se quedó sin ver ni a una línea de sus ojos. No sabe cómo pudo ir, cómo pudo llegar. Sólo le valía una luz muy es-

condida, sólo le valía su amor La luz de su amor la llevó al amado No lo nombra al amado, dice graciosamente que es *quien ella bien se sabía*. ¿Y dónde lo esperaba? Lo dice mientras sonríe su boca roja y húmeda, casi infantil en la leche purísima de sus dientes menudos e iguales ¿En dónde? *En parte donde nadie parecía* Allí lo encontró, allí fue la dicha de cuyo recuerdo se vive hasta la muerte, la dicha que no se puede contar, que se anuncia con las palabras de los momentos inenarrables La amada tuvo en sus brazos al amado, sintió sobre su pecho la cabeza querida, el aire de la noche la acarició con los cabellos de él, perfumados, las manos de él subieron a su cuello, sus ojos a sus ojos .

*Quedéme y olvidéme
El rostro recliné sobre el amado
Cesó todo y dejéme
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado*

Y yo la tuve a ella bajo los árboles, en el sol de la mañana, en el aire renovado y fresco, en la música de las hojas, en el perfume de la tierra húmeda, en ese amor de la naturaleza que aunque es de todos nunca despierta nuestros celos Así la niña divina ofrece al corazón de los hombres las caricias de sus labios inocentes, nos da a todos su hermosura virginal que no pueden manchar ni las miradas ni el deseo . Ni las miradas ni el deseo, ni esta palabra mía

pobre y vacilante que la haría sonreír ahora a estar *ella* a mi lado...

En *El Cántico* vemos desde afuera, desde los horizontes de un paisaje donde no nos es dado penetrar, donde toda presencia humana sería una profanación. En el paisaje está la soledad, en la soledad una pareja enamorada. Sentimos alguna vez a los hombres en el paisaje, pero son figuras mudas que la voz de la esposa aleja blandamente del idilio.

Sorprendida en el día nupcial por la ausencia del esposo, la amada ha dejado la casa y se ha internado en el campo. Temió que fuera un abandono aquella ausencia que no ha esperado que pierdan su perfume virginal las promesas en flor, y, en el afán de una dicha que es la esencia de su vida, traspasó el umbral que acababan de hollar los pies del amado y la valla vencida al ímpetu de la rápida fuga.

El campo rodea la casa y en verdes prados y claros bosquecillos que humildes y plácidos emergen de la hierba, se dilata blandamente hasta morir en la colina pedregosa donde crecen la viña y los rosales y en el río silencioso bajo sauces que no ocultan del todo el resplandor del sol en las aguas.

Ella, sobre la hermosura que la diviniza, que la acerca al amado, que es toda del amado, ha ceñido una leve túnica de blanquísimo lino que apenas la defiende de las miradas extrañas,

que apenas hurta al sol su carne morena, ámbar vivo que el sol ama porque en él está. Avanza por el campo sin senderos. Siente en los pies el tacto fuerte y vital de la tierra asoleada. Siente en toda su carne los halagos tan intensos en los ojos y en las sienes, de ese vientecillo del verano que sin traer la frescura deseada, entretiene la fatiga con la blandura y el cariño de una mano de mujer. Y al viento delicioso se entrega un bucle de sus cabellos, subidos a prisa, penosamente retenidos por una cinta de púrpura. Su cabellera es negra y undosa, leve en su abundancia como la apretada pluma de un ala. Y ella toda es fina y esbelta y sus formas de niña llaman más que al lecho, al juego y las caricias .

Unos pastores, al pasar, miran sorprendidos tanta hermosura y tanto dolor. Miran en silencio, sin encontrar en sus almas sencillas palabras de consuelo. Son sus vecinos los pastores. Ellos saben qué quiere, a quién busca, por quién sufre. Ella no les pregunta por él. Les encomienda su dolor. Les pide que si por acaso encuentran al amado le digan su dolor. Idos los pastores, no vuelve a encontrar criatura humana. Pero ausentes los hombres, las voces de los brutos y de las cosas se hacen inteligibles. Conoce por los oídos que está despierta y fija en ella el alma de la naturaleza. En sus ansias de saber de él, la interroga. Y el ave, el árbol y la hierba le contestan. Sí, lo han visto. Los hermosea todavía, la felicidad de haberlo visto. Todavía balbucean las alabanzas que se atrae,

al pasar, el amado hermoso. Es ella entonces, sólo ella, la que no lo encuentra. Esta idea acrecienta su pena y nubla sus ojos y apaga sus oídos en el silencio. A solas con su alma se oye a sí misma. Oye las quejas con que se quiere adormecer para no sufrir tanto. A veces las quejas se transforman en un llamamiento tan sentido que en él vive el amado. Parece que el amado está en esa voz que lo acaricia ausente. La madrecita tierna y débil a quien la muerte le quitó su niño, se sorprende a veces meciéndole en sus brazos, meciendo al pequeñuelo que ya no volverá..

La amada se detiene junto a una fuente .. o es la fuente quien en su hábito hospitalario, detiene a la amada y la hace sentar a la sombra de los árboles, en una de las piedras que los rústicos han labrado. La amada refresca su fiebre en la contemplación del agua clara. Se está allí, al lado del agua, descansando, toda ella inmóvil, inmóviles sus ojos en la quieta contemplación. De los árboles bajan las flores que el verano fatiga y desprende. Alguna al dar en el agua la conmueve, borrando las imágenes en el rizarse trémulo. "Si ahora al serenarse, piensa la amada, si ahora al serenarse reflejara los ojos de mi amor.." Pero más de una vez ha esperado en vano. Su amor no la querrá tampoco junto a la fuente, junto a la vieja amiga de los enamorados. Y ahora piensa mal. Ahora se equivoca. Su amor está allí, su amor se aparta del árbol que lo escondía, se acerca a la fuente e, inclinándose, deja



que el agua refleje sus ojos leonados y su melena de león, deja que refleje la sonrisa con que, oculto, vio llegar a la amada, con que, oculto, la veía en la quietud de la espera y el cansancio la sonrisa del juego cruel con que la hacía sufrir para que el amor en los dos creciera. La amada, sorprendida, se levanta y, hurtando el rostro a las miradas queridas, se inclina en el movimiento inicial de la fuga, acaso sobrecogida, aturdida, por la intensidad de su dicha, acaso siguiendo instintivamente el juego cruel a que fue, a su pesar, llevada. No, no quiere ahora sus ojos *Apártalos, amado*. Pero él le tiende sus brazos, él la retiene con sus palabras *Vuélvete, paloma*. El sabe que ha llegado la hora, él la ha preparado, — y sabe que si se desunieran de nuevo la sed se convertiría en locura y la llama en muerte.

Después no vuelve a sonar la voz sola y llorosa, después los esposos se dicen, siempre unidos por su amor, tantas de esas cosas imprecisas y acariciadoras que suben del corazón enamorado, que tienen su mejor expresión en el beso y que sólo la poesía, ardiendo viva en un corazón milagroso, puede reducir a palabras. La voz que se oye con más frecuencia es la de la esposa. El se mira en ella, pero no niega al mundo el desborde de sus fuerzas poderosas. Ella se ha dado toda y toda ella es un sentimiento exquisito que quiere ser aspirado por sólo un alma. El es un príncipe, un pastor, un hortelano. Es gallardo y voluntarioso porque es renuevo de árbol real, ágil porque ha condu-

cido rebaños, tranquilo y fuerte porque ha vencido en lenta lucha las rebeldías de la tierra estéril. El es el que ha querido este amor. El lo lleva a su lecho. Ella a su lado, nutriéndose de sus miradas y de sus besos, da el perfume del cántico. ¿Dónde? En la cabaña del hortelano ceñida de rosas y de viñas. En la tienda principesca que lanzas y escudos defienden, sobre el lecho del caudillo, *de cuevas de leones en'azado*. En la villa, en la casa real, donde las vírgenes curiosas son detenidas por una voz que llega de la sombra, con los perfumes nupciales, y les dice que se alejen, que vuelvan a sus fiestas bajo las estrellas, que no perturben a la amada en su noche. Sí, las voces del cántico andan. Los enamorados van, con su felicidad, de un lugar delicioso a otro encantador. Y suben. Parecen que subieran, que la ascensión no tuviera fin, que el amor buscara en vano el sitio de su reposo, queriéndolo imposible. profundo en las alturas, escondido en la transparencia de una noche desbordante de estrellas.

Junto a la fuente, en la alegría del encuentro, con las primeras caricias, la amada echó al cuello de su príncipe un collar de palabras preciosas. Sólo sería más bello un collar de besos sin palabras. La amada fue engarzando el nombre de las cosas que habían coloreado más intensamente su fantasía, que habían sonreído más dulcemente a su ternura. Maravillas lejanas y bellezas familiares le dieron sus nombres para que con ellos halagara el alma del amado.

En su decir amoroso, su amado es la noche que se embellece en la contemplación del nacimiento de la aurora, es la música que nos da el reposo, penetrando calladamente en lo más íntimo de nuestras almas, es la soledad que nos acoge para embriagarnos en la armonía escondida y leve que nuestra vida habitual ignora y es la intimidad gozosa que en la mesa de nuestra amiga nace del trigo del vino y de las frutas: *la cena, es que recrea y enamora*. Y es más. Al lado de éstas hay otras personificaciones laudatorias con que la amada, valiéndose de su tesoro de palabras melodiosas, muestra que está en ella engrandecido el sentimiento que ha movido siempre a las novias y a las madres, a tomar de sus recuerdos e imaginaciones, para los seres queridos, los nombres que evocan las más altas cualidades.

En algún momento en que un espíritu malicioso pasa por el idilio, sin lograr perturbarlo, la esposa le dice al esposo que fue aprisionado por uno solo de los cabellos de ella, que fue herido por uno solo de sus ojos. La veo sonreír al decir esto aludiendo a alguna palabra vanagloriosa del varón. Su simplicidad no la ha dejado en la ignorancia de sus atractivos ni le ha ocultado del todo la turbación de su amado al requerirla de amores. Pero una vez sola usa la abeja de su aguijón. Ella es toda de su jardín y de sus panales. Y de la embriaguez de su amor. A su amor vuelve siempre, volverá siempre. En él está todo lo que ha perdido: su ganado y sus amigas, su rueca laboriosa y su paz inocente.

En vano sus amigas la llaman en el ejido, en vano en el campo, buscan su falda los corderos. Una embriaguez divina anubla su espíritu, borrando en él toda imagen, todo afecto, que no sean el amado, que no sean de su amor.

Traen la voz del esposo el agua del río y el aire de los sauces Es la hora de la siesta Las tórtolas se arrullan en la voluptuosa somnolencia del follaje En la vega, en el temblar del aire, en la quietud de las hierbas amarillentas, se ve alguna yunta echada, alguna majada dormida, manchas blanquecinas, colores indecisos prontos a desleirse en la luz Los hombres se han ocultado en las sombras y en el sueño Es la hora del sol Es la luz de su mayor encumbramiento. En ella todo se apaga, todo se oculta y enmudece Todo menos la voz del esposo que alaba a la esposa en la soledad magnífica donde el amor se siente grande, único, misterioso, divino El esposo recuerda los días en que las aguas descendieron con el arca solitaria, recuerda el mensaje de la paloma que vuelve a su dueño trayéndole la ofrenda de la tierra renovada, virgen como en los tiempos de Adán, recuerda la soledad de las verdes riberas y a la blanca tortolita que esperando al amado vivía a solas con sus deseos El esposo alaba la soledad de su amor en ella ha desatado el lazo de castidades que oprimía el corazón de la esposa, en ella han de vivir un tiempo largo, indefinido, todo el tiempo que puede ser soñado por una felicidad inmensa . Por esa felicidad que imaginamos, adolescentes, cuando el amor cán-

dido y puro se abre en nosotros como una flor del paraíso

Y después del *Cántico* y del *Pastorcico* y de la *Cita* y cuando en un dulce cansancio se van borrando las figuras y las voces, el amor vuelve de nuevo para darse a sí mismo en la soledad, todo él y no otra cosa. Es en una poesía de San Juan que no he nombrado y que es en verdad una poesía sin nombre. En ella el amor nos tortura en sus delicias sin valerse para ello de ninguna criatura humana. El es un fuego misterioso, una dulce llama, un cauterio suave, pero una llama y un cauterio que matan para robarnos a la muerte y levantarnos vivos en una dicha inefable. El penetra, y, en un interior claustral abandonado a las sombras y al frío, resplandecen lámparas maravillosas, revistiendo de calor y de luz, de púrpura y de oro las oscuras moradas del sueño y de la muerte. Esto veo en esa poesía y, con verlo, siento al palpar con mis miradas la noche en que hunden su luz las imágenes, que es muy poco lo que ha cabido en mi comprensión escasa y en mi sentir vulgar, que es mucho más lo oculto que lo manifiesto. Sin embargo, todo está en todos y no hay revelación noble o inocente del amor que no encuentre en todos su raíz y, con la semejanza, la simpatía. Podemos, pues, atrevernos a considerar esa poesía como la poesía del amor que vive de sí mismo. ¿Quién no ha sentido el furtivo acercamiento solitario del amor niño y

huraño, despótico y misericordioso? Todos lo han sentido. Aquellos para quienes fueron ásperos los comienzos del vivir, los que tuvieron que someterse a la dura necesidad de ganarse el pan sin levantar cabeza, los que fueron retraídos por sus ideas, por sus estudios, por su temperamento, a una quietud claustral, todos los que al llegar a un sendero seguro y fácil después de mucho sufrir, dan algo de sí al descanso o al ocio ¡Cómo ama el amor esos corazones vírgenes! He aquí que él se acerca en silencio y se introduce en ellos y los llama sin decir a qué y los impulsa sin decir a dónde .

¿Y cuando el amor vuelve y cuando el amor se está, habiéndose ya alejado de nosotros, para siempre, el ser querido? ¿Quién arrebatado a su novia y al mundo por la traición, por la muerte, por lo irreparable, no ha sentido mil veces que lleva en su corazón un tesoro de lágrimas y de besos que no serán ya para nadie, pero que pesan allí y oprimen y se dan allí, amargamente, en la soledad de las noches desamparadas, y se quejan allí dulcemente, en las tardes primaverales y en la luz de los ojos de los niños y en el llegar de las violetas y en el pasar de los enamorados?

¡Oh cauterio suave!

¡Oh rega'ada llaga!

¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado

Que a vida eterna sabe! .

Oh amor

EL ANGELUS DE LA VIDA NUEVA

EL ANGELUS DE LA VIDA NUEVA

*Angelo clama in divino intelletto
e dice "Sire, nel mondo si vede
meraviglia nel atto, che procede
d'un anima che'n fin qua su risplende
Lo cielo, che non ave altro difetto
che d'aver lei, al suo signor la chiede,
e ciascun santo ne grida merzede
Sola Pietà nostra parte difende,
che parla Iddio che di madonna intende
"diletti miei, or sofferite in pace
che vostra speme sia quanto mi piace
là dov'è alcun che perder lei s'attende
e che dira ne lo inferno a'malnati
io vidi la speranza de beati*

(DANTE ALIGHIERI "La vita Nuova"
Segunda estrofa de la cancion "Donne ch'
avete intelletto d'amore")

La Vida Nueva, el libro juvenil de Dante Alighieri, contiene dentro de su brevedad, es breve como un evangelio, un tesoro de ideas madres y de formas arquetípicas. En él la vida y el arte, desarrollando un inagotable tema de amor, retoñan en múltiples motivos capaces de crecer con la esbelta frondosidad de los poemas líricos. En él, lo profundo y lo gigantesco, y lo fugitivo y candoroso, en él, el vuelo firme y sereno de olímpicas aves ensombreciendo al pa-

sar los dulces senos donde se abren los lirios y perfuman escondidas las violetas En él, el alma varonil en los momentos extremos de una pasión enorme y solitaria, en él, la tierra toda entregándose, desfallecida, en brazos de la muerte, o trémula de esperanza, en el avance jubiloso del sol primaveral La palabra reveladora se ciñe a las ideas sustanciales y es por ello grave y precisa como una inscripción lapidaria, serena y voluntariosa como una escultura heroica, límpida y evidente como la razón misma, atormetada, estremecida, convulsa, como las pasiones, surgiendo a veces ingenua, leve y pura como un juego de niños en la hierba florida que la mañana entibia y dora Es un libro desigual, no porque el espíritu que lo anima desfallezca o se pierda, sino porque el autor, opulento y pródigo, en el entusiasmo de su juventud, pudo quebrantar, sin perjudicarse, la unidad de estilo, la no interrumpida sucesión de conceptos y expresiones semejantes, en que se sostiene generalmente la belleza de la obra literaria, invitándole a ello su propio genio y la luz indecisa del alba en que surgía, con su arte, el arte italiano Es un libro desigual donde no se preparan los tránsitos, donde el lector puede ser sorprendido por el súbito surgimiento de una elevación abrupta en el mar de esmeraldas de una pradera adormecida o por relámpagos de tempestad en las pálidas y frescas vaguedades de luz que anuncian el día Al escribirlo el poeta fue como un gigante que habiéndose propuesto hacer un jardín lo hubiera hecho, en efecto,

pero grande como un parque y rodeado de montañas. Es una tierra crepuscular, transformada, florecida por el espíritu genial del hombre nuevo, y en ella una historia de amor, sencillísima en sus episodios, profunda y vigorosa en la revelación del sentimiento mismo, indecible de elevación y de ternura al evocar la gracia y la belleza de la amada. Y es del seno de esa historia de amor de donde se eleva la primogénita entre las estrofas admirables de Alighieri, la que entre todas, en el mundo maravilloso de su obra artística, se adelanta a deslumbrarnos y rendirnos, arrebatándonos el alma en una ascensión vertiginosa.

Dice el poeta que la canción en que esa estrofa anida nació en el campo, andando él por un camino a lo largo de un río, andando, pues, en compañía de otro poeta, el río, alma inquieta y sonora del bosque y de los prados, encantador espejo de aves y nubes, distribuidor rico y generoso del alimento esencial de toda cosa viva. Era quizá la tarde y quizá el ángelus derramaba sus ondas quejumbrosas sobre la melancolía de los campos, como un largo lamento, en vano suplicante que descendiera del cielo insensible a abrigarse en la piedad de la oscura canción del sueño con que se arrulla, abandonándose a la noche, la madre tierra. Hacía algún tiempo que el poeta se había prometido consagrar sus versos a alabar la persona misma de la

amada. Hasta esa hora sólo había tocado con sus palabras las cosas y los afectos que surgían o se iluminaban gracias a la presencia de ella. Su propósito de levantarla en sus versos, en cuerpo y alma y en toda su hermosura, lo mantenía ensimismado en el deslumbramiento del altísimo tema. Y esa tarde, andando entre esas voces amigas, sintió que palpitaba en él llenándole el alma, la maravillosa nube de la inspiración, lenta en mostrarse y crecer, pero inagotable luego e irresistible, y que en él las fuerzas interiores se apoderaban ya de las ideas para modelarlas en victoriosas formas. Esa tarde sintió que iba al fin a realizarse su ensueño, que, invocada por él, iba a surgir en el cielo de la ciudad la imagen gloriosa de la amada, teniendo a sus pies la adoración de los hombres y en torno de ella el amor de los ángeles. Pero, esa tarde, el poeta sólo obtuvo como realización artística el primer verso de su canción, verso que va a llamar para que oigan el elogio de la amada, a los oídos de las mujeres capaces de endiosar en sus almas al amor y reconocerlo hermoso en todas sus revelaciones. *Donne ch'avete intelletto d'amore*. En los días siguientes, dentro de los muros de la ciudad, en oscuro retiro silencioso, nacieron las múltiples alas de la canción laudatoria, en la que cada una de las estrofas es un ave principesca digna de anunciar el advenimiento de la reina a las almas amorosas que el poeta quiso tener por auditorio.

Angelo clama in divino intelletto Vibra el bronce en las tres largas y lentas ondas en que se divide rítmicamente el verso, y fulguran en él, sobre un intenso azul heráldico, las alas del mensajero divino, los lirios de la anunciación celeste. Estremece la imaginación con el clamor de una campana perdida en el crepúsculo, un verso hermano difundido como el aire, durante siglos, sobre la humanidad creyente, el verso inicial de la oración de la tarde, del poema que diviniza a esa otra bien amada, María, ilusión y consuelo de los corazones desamparados. *Angelus Domini nuntiavit Marie*, cantan las primeras notas del breve poema incoherente donde, torpe y oscura la piedad popular engarza algunas piedrecillas de colores, recogidas en los evangelios, para hacer de ellas un recuerdo inmarcesible y una ofrenda propiciatoria incesantemente renovada. Pero en el alma personalísima, vigorosa y violenta del Alighieri, el verso del ángelus tenía que transformarse, que engrandecerse, que subir, subir de la oscura muchedumbre a las soberbias llamas, de los labios de la oración y de la melancolía a la garganta robusta cuya voz se yergue cálida y luminosa en la noche, de la humildad y el dolor de la carne y del abatimiento en ella de la divinidad, a los esplendores de la inteligencia humana que se dilata en un esfuerzo increíble para vivificar en honor de la amada la comedia de sombras de los cielos. Dante Alighieri es como un pueblo concentrado en un hombre, trabaja con la lentitud y la eficacia del sentimiento

y la imaginación populares Pero no se parece a un pueblo humilde de cristianos Su altísima inteligencia ha hecho que vea las cosas esenciales a pesar del error en que todo él está sumergido, y su recia contextura moral lo ha librado de la humildad abyecta

Angelo clama in divino intelletto En el seno de Dios, un ángel anuncia la aparición en la tierra de la bien amada, maravilloso espíritu cuya serena felicidad domina entre los hombres y resplandece en el cielo. A la voz del ángel el cielo la reclama Los santos la piden como una merced. Sólo la piedad defiende al mundo y al poeta, sólo ella se opone a que les hurten su tesoro. Y conmovido por la piedad dice el Señor ¡Oh, mis amados, sufrid en paz que vuestra esperanza esté cuanto me plazca, allí donde hay alguno que teme perderla y que dirá en el infierno a los malditos Viví de la esperanza de los bienaventurados .

Es un poeta grande y poderoso, un semidiós del arte, un hércules de la idea Cuando mira, sus ojos abarcan el mundo Cuando ama, su corazón ve florecer su sentimiento en el corazón de la naturaleza Cuando piensa, se hunde sin perderse en los espacios misteriosos. Por eso él no puede limitar sus afectos, no puede esconder a la bien amada en las ignoradas dulzuras de un oscuro idilio. El es naturalmente movido a llevarla a reinar sobre la tierra toda,

empurpurada por su amor, y en el cielo infinito enriquecido por sus ideas. El tiene la conciencia de la verdad objetiva de estas ideas, no cree que en lo fundamental de sus concepciones predomine el engaño o la fantasía. No se presenta como un creador sino como un revelador, y no de su propia alma sino de las cosas exteriores, palabras, conceptos, imágenes, personificaciones, pero él absorbe todo eso en su juventud para darle nueva vida. El no sabe que son sus propias fuerzas interiores, desbordadas en el silencio de la noche, las que a su alrededor, girando en torbellinos, cantan y resplandecen, deslumbran y atruenan hasta caer en el vértigo y aquietarse luego desfallecidas en la ternura de los suspiros y del llanto, para resurgir una vez más, serenas, en la hermosura insondable de un misterioso azul nocturno profusamente florecido de estrellas, vívidas e inmóviles. El ve nubes de espíritus, aladas multitudes que descienden a ese rincón del aire en que reposa la ciudad de la amada. El ve cómo el cielo se recoge en sí mismo y se inclina para acercarse a una pobre niña de la tierra y contemplar al través de la deleznable vestidura corpórea la fuente de amor más pura y generosa que en todo tiempo haya existido... Está él profundamente enamorado, pero no concibe la posibilidad de que lo engañe la embriaguez de su propio sentimiento. Para él la amada es la criatura divina que siendo toda amor, reina sin esfuerzo entre los hombres, por la natural irradiación de su espíritu. Sólo con mirarla ellos se

sienten transformados, ennoblecidos. Muere en ellos todo vicio, toda sensualidad, se adormece en ellos el dolor de vivir, la amargura de los celos, los delirios de la soberbia y de la envidia. Renacen hermosos y buenos en las caricias de un placer inefable. Ella es la beatitud celeste, la luz del paraíso que aquieta las almas en el éxtasis. Pero los hombres no pueden llegar a la fuente misma, al agua virginal donde se miran las estrellas. Más allá del perfume y del resplandor las miradas del hombre tropiezan en la sombra. Es el cielo quien penetra hasta el alma niña y la ve más pura y más bella que los ángeles, desnuda y sola, presa de las miserables sombras de la tierra. Y el cielo enamorado, la pide al Señor como una gracia, como un don precioso infinitamente digno del deseo. Pero el Señor no quiere acceder a esa suplica. El Señor tiene piedad del mundo y de alguno a quien el amor eleva inmensamente sobre el mundo.

Hay en la tierra un hombre cuya inteligencia no tendrá estímulo, cuyo corazón no tendrá alimento, cuya vida se perderá estérilmente como un río sin cauce, cuando la amada no pueda ya iluminarlo con la luz de sus ojos, confortarlo con la dulzura de su sonrisa. Un hombre que será sumergido en la más honda desesperación el día en que ella sea arrebatada por la muerte. Y que luego, ante la evidencia de su dolor irremediable, arrojará de sí la inútil vida y descenderá desesperado al infierno. Y en el infierno, sintiendo que el dolor que él trae de la

tierra es más grande que el eterno en que ahora ha caído, dirá a los condenados, fijos los ojos en la adorada cándida visión inaccesible Viví de la esperanza de los bienaventurados .

Drama asombroso es este drama, milagrosamente condensado en una estrofa Grande e inmóvil como el cielo, le da, no obstante, movimiento y desenlace la palabra divina proyectando la trágica realidad hacia un porvenir inevitable Constelado de estrellas, se abre como el suplicio de la cruz afirmando su cabeza en el cielo victorioso, su pie en la tierra mártir y sus brazos en el amor Y siendo una cruz hay en ella, no obstante, un alma condenada, un alma soberbia que no teme decir que va a perderse para siempre, roja estrella, contaminada por la vida, que descenderá a la región maldita cuando el cielo atraiga a sí con la bien amada toda la luz del mundo dejándolo en la noche de una viudez inconsolable

No se puede ocultar que en este viejo drama, aunque es grande y robusto como una verdad esencial existen elementos que repugnan a nuestra inteligencia de hombres modernos Hay en él algo de lo que sabemos que es falso: el cielo y el dios de los católicos, y algo de lo que ignoramos si es verdadero la supervivencia de las almas. Hoy es negada la existencia sobrenatural del dios de los católicos, porque hoy cualquier espíritu desapasionado puede verlo nacer,

a la luz de la historia, de la barbarie de un pueblo primitivo que lo formó a imagen y semejanza de los monarcas de entonces, imponiéndole sus inhumanas cualidades típicas, cualidades que han sido mantenidas por los absurdos logomáquicos de una filosofía de escolares y la soberbia ambiciosa de un clero absorbente y despótico. Cualquier persona de buen sentido ve con claridad que si el dios de los católicos existiera sería vergonzosamente inferior a los hombres de ahora. Con razón la humanidad ha expulsado la idea que lo contiene, no sólo de su certidumbre sino también de sus ensueños. Hoy no ilumina él ni sustenta esa vida de ultratumba que la razón nos presenta como una posibilidad donde nada en pro o en contra se ha demostrado, y que se ofrece a la prodigalidades de la fantasía cuando nos conmueve el deseo, ingénito e inextinguible, de una ascensión sin término, de una supervivencia en que se expanda y hermosee nuestra alma duramente contenida en la pequeñez de la tierra. Pero en La Vida Nueva, y en su ángelus prodigioso, al lado de estas cosas que son evidentemente mentira o verdad a medias o esperanza de una verdad y que por sí solas apenas alcanzarían a hacer respirable el ambiente extraterrestre a que nos lleva el poeta, al lado de estas sombras y penumbras, está la realidad nuestra, la realidad de todos nosotros y de todos los tiempos, la realidad del amor. El amor es el corazón y la sangre, los estremecimientos titánicos y el vuelo aquilino de La Vida Nueva. El poeta ama y no

solamente en el amor sino en todas las revelaciones nobles de su espíritu Su alma es fecunda, no porque engendre del viento innúmeras palabras que el viento se lleva, sino porque es la sustancia, compenetrada de amor, que, en la insistencia vigorosa de esa virtud esencial, crea sus criaturas, tal vez a pesar suyo, tal vez en el dolor y en el delirio Por eso es natural que el alma creadora se detenga en largos éxtasis ante la frágil arcilla, iluminada y temblorosa, en que se ofrece la hermosura de la mujer, aunque esa mujer sea una jovencita que pasa en silencio sin dejar de ella en los hombres otra cosa que un pálido y dulce resplandor. Acaso en la mujer el alma del poeta adora su propia imagen Y no se diga que estas ideas nos llevarían al absurdo de equiparar el más excelso poder espiritual a las bajas funciones de los órganos corporales En el bosque, las raíces profundas, las atléticas ramas, el follaje sonoro podrían decir de las flores que son lo mezquino, lo efímero, lo vil, lo vergonzoso senos abiertos a todas las caricias, bocas amorosas de todos los besos, albergue y alimento de abejas ladronas y mariposas libertinas Pero nosotros que miramos desde afuera, abarcando el conjunto, detenemos en las flores nuestras miradas, y, en la dulce embriaguez que de las flores viene, las acariciamos con nuestros sentidos y nuestro sentimiento Nosotros con ellas llevamos a nuestros placeres y a nuestras penas el alma imitable de los perfumes exquisitos, las más bellas creaciones de la línea inquieta y caprichosa y,

al lado de las llamaradas del color más intensas, la poesía de los matices y de las desvanecidas claridades en que se dan las flores, como el alma en los suspiros y los besos. Nosotros cubrimos con ellas los descansos de nuestro camino desde la cuna hasta el sepulcro, y las damos como un don precioso a las almas desamparadas y las dejamos sobre los que han muerto, como una sonrisa amorosa de la madre tierra. Y son los labios de nuestros ancianos, de nuestras novias, de nuestros niños, los que besan esas bocas pecadoras que el bosque, salvaje y ciego, estigmatiza. Y si las miramos con los ojos de inteligencia vemos que siendo más hermosas y acaso más sensibles que los pájaros, son ellas quienes espiritualizan el bosque, y siendo amor y fecundidad, ellas prolongan indefinidamente la vida del bosque en el tiempo y acaso más allá.

La amada del poeta es la flor de los hombres, la concentración de nuestras excelencias en el ánfora viva cuyo destino es ser hermosa y contener en su ingénita pureza el tesoro de amor que nosotros prodigamos para vivificar nuestras meditaciones y embellecer nuestros actos.

La amada del poeta es la mujer que atraemos a nuestro corazón para vivir con ella y por ella entre el cielo y la tierra, como un perfume, como un cántico, creyendo por ella en un paraíso a donde han subido ya sus virtudes y donde su imagen despierta en los espíritus desligados del mundo, el deseo y la esperanza. Pero la amada del poeta no es sólo la mujer que amamos. No es sólo la luz interior, la joya que cada uno de

nosotros esconde, toda para él, en su corazón; es también el alba celeste que, blanca y pura, ilumina todos los caminos y sonríe en todos los hogares. Es esa desconocida que acaso no volveremos a ver mañana, que hoy no quiere darnos nada de su alma, que nos mira quizá con la vaga simpatía que alcanza de nosotros el perro sin amo y el mendigo vagabundo, y que no obstante, con sólo su presencia realiza el prodigio de serenar el espíritu atormentado, de pacificar el corazón enloquecido por las pasiones bravías. Es la mujer que tiene en los ojos la luz que todo lo sabe y todo lo perdona, en las sonrisas la alegría de la inocencia y la dulzura de la maternidad y, en las palabras, los acentos del cristal que sonríe, al querellarse y las caricias del alma que sólo tocan los sentidos para llegar amorosas a los íntimos dolores. Es la hermosura que imaginamos en los espíritus enriquecidos por el florecimiento de las virtudes más preciosas en el seno del amor donde ellas absorben la savia intelectual que las delinea y robustece. Es la criatura que el amor ha elegido para hacerse evidente, para hacer sentir a todos que su naturaleza nobilísima es señora y no esclava de la sensualidad y el egoísmo

Amando en una estas dos encarnaciones del alma femenina, el poeta siente latir en su corazón con su sangre la sangre del corazón del pueblo Ama el poeta en una adoración contemplativa, no enturbada por los celos, a la impecable diosa dominadora de la ciudad Y ama en las zozobras, en los arrebatos y en el descon-



suelo del amor carnal, y en sus inefables goces sentimentales, a la hermosísima niña que se llevó al pasar su corazón y con él toda su juventud. Toda su juventud estremecida aún por el súbito crecimiento de las fuerzas vírgenes, resplandeciente y trémula en la alegría de las iniciaciones victoriosas que iluminan y agrandan inmensamente el universo

El poeta da formas al ideal amoroso que ha de esperarlo siempre más allá de la vida, crea y sube a los cielos la estrella de su propio destino, en los primeros días de un largo trabajo sobrehumano que ha de producir una obra artística desmesurada en su grandeza

Por algunas resaltantes cualidades de su palabra el poeta llegará a ser equiparado a los cultores de las artes plásticas, pero él no va a encerrar sus ideas en estrechos límites, no va a elevar un monumento arquitectónico que pueda abarcarse con una mirada, ni valiéndose de una obra de siglos va a revestir de figuras pictóricas o esculturales algún interior enorme de iglesia o de palacio. No le bastará el recinto donde sus conciudadanos se humillan ante los ídolos ni aquel donde la gente de espada les impone su injusta violencia. Se saldrá del hogar paterno y de la ciudad nativa, se libertará de la tiranía de la costumbre y del ocio, en un áspero vagabundear por caminos sin término, y, engrandecido bajo las estrellas, se apoderará

del universo entero y trabajará en él como un dios. El hendirá la tierra para transformar su seno en un abismo, él levantará sobre la dura corteza una montaña cuya cumbre se ilumine en los cielos, él volcará la humanidad en el abismo, él la ceñirá como una selva a la montaña, él inmovilizará todas las formas de la vida en actitudes eternas, él dará a la palabra extraordinaria de los héroes la energía y la belleza de los metales nobles, y, peregrino de su propia vida y de la vida del mundo, hijo de la tierra, sometido a sus leyes inflexibles, él, hombre, recorrerá lentamente, sufriendo y esperando, el abismo y la montaña, obra de sus fuerzas divinas. Pero cuando haya llegado, dejando a sus espaldas los encendidos muros, el aire cárdeno y el lodo y la escoria del viaje subterráneo, y la tierra de plata, los empinados mármoles, los senos de esmeralda y la luz matinal de la ascensión, él sentirá que espera aún algo de más allá del fin del último sendero, de más allá de la tierra virgen de la cumbre, le dirán las cicatrices de su corazón y el cansancio heroico de su alma que en su interior vacila y se oscurece la vigorosa personalidad moral que sus propios actos le han labrado, y se divide y dispersa el poder formidable que la naturaleza infundió en él como queriendo reproducirse por entero en un hombre. En la turbación de la duda y el desconsuelo, su espíritu interrogará al horizonte infinito, al cielo insondable. Y entonces, en el aire leve y puro, dulcemente melancólico, ha de surgir una música lejana, per-

dida en los recuerdos. Cantarán con blando murmurio, sin perturbar el silencio, cantarán como en sueños, los versos del alba, las rimas juveniles que suspiran aún el nombre de la amada. Y él sentirá que ella está allí, en el cielo de la montaña, esperándolo, — cándida, fiel, amorosa, piadosa — Y su alma de poeta se cubrirá de fragantes rosas y de rayos de sol, porque ella va a descender. Porque ella va a descender, trayéndole todo su amor, no envuelta en los lívidos velos en que fue arrebatada por la muerte sino vestida como una aurora por los esplendores en que la subieron al eterno ensueño, las alas del Angelus

EL DISCURSO CENTRAL DEL QUIJOTE

En el comedor del duque se encontró Don Quijote entre dos tipos característicos, extremos de la farandula que se relacionaba con su vida, de un lado el anfitrión, a quien él creía su mayor amigo, de otro lado el capellán en quien vio, y lo era realmente, su mayor enemigo

Hasta el día en que estrechó la mano del duque, Don Quijote había saludado desde lejos, desde sus fantasías, a los señores que gobernaban la tierra, a los señores que habían conservado la dirección de las agrupaciones humanas cuando se extinguió la raza de los caballeros andantes con quienes se dividían el poder y la gloria. Eran, pues, los señores de la tierra, sus pares, sus iguales. No pretendía derribarlos, pero sí que le reconocieran el derecho de compartir con ellos la noble tarea de mantener la justicia entre los hombres, tomando él para sí la parte más ruda, la persecución de los poderosos ensoberbecidos y brutales. No era un innovador, Don Quijote, era un restaurador, un reaccionario. Sólo tenía ojos para el pasado y para el presente. Con ideas de su tiempo, y viejas ideas, formó su juicio sobre la justicia y sobre el justiciero. Él tuvo que creer que era su mejor amigo aquel señor de la tierra que se adelantaba a tenderle la mano y a reconocer en él la virtud excelsa del caballero andante. Y

tuvo que creerlo porque el duque fue en sus burlas discretísimo. Presidió, sin deponer su continencia señorial, el carnaval de locos que él mismo había desatado en honor de Don Quijote, y llegó a sufrir en su persona alguna incidencia molesta de las burlas, a trueque de que no se descubriese el engaño.

El enemigo era el capellán. Representaba la parte más vil del poderío de los señores, la parte decorativa. Representaba a los sirvientes del palacio y del altar, repetidores de fórmulas vacías, histriones de mojigangas, encargados de velar con oropeles farandulescos la bárbara realidad de la tiranía que se disputaban o ejercían a un tiempo las dos potestades. Representaba a esa gentecilla infatuada, de cortos alcances y ridículas aspiraciones, inferior a su propia naturaleza de hombres, inferior a las mismas gentes a quienes despreciaba. Porque esa gentecilla, desvanecida por su sabiduría escolástica o sus doradas posiciones, despreciaba al arrumbado hidalguete corroído por el hambre y la envidia, pero santificado por los sacrificios que le imponía su estúpido culto al honor, y al rústico ignorante y fanático degradado por su devoción al rey y al cura, pero ennoblecido por su fe en el trabajo útil que es el verdadero asiento de la virtud y la honra. Pero si aquellos domésticos perseguían con sus malignas necesidades a estos tipos en cierto sentido autónomos, era natural que quisieran clavarle el diente a Don Quijote, el más desaforado de todos, hombre endiablado, capaz de predicar sin latines

ni licencias y de atentar en cualquier momento contra el orden establecido. El capellán lo agredió delante del duque, rebajándolo al injurarlo, queriendo hacerlo pasar de loco a bobo y de idealista, solitario y soñador, a prosaico padre de familia apegado a su pequeña felicidad terrena. Lo mandó a su casa a cuidar de su hacienda y de sus hijos. Sin duda, en su agresión, el capellán era movido por sus antipatías de hombre de clase, pero también lo era por la necesidad de defender su puesto. Se había sentado a la mesa del duque un comensal más entretenido que él, quien, sobre disputarle la atención de su señor y los bocados más sabrosos, rebajaba su valor capellanesco poniendo al lado de su sotana para recibir iguales honores, una figura estrafalaria y lunática. También Don Quijote había sentido en el capellán al enemigo, el viejo león había olfateado al animal casero que se acomoda en los mejores rincones del alma y de la hacienda y ladra o gruñe contra los intrusos. Y cuando el podenco lo atropelló creyendo ponerlo en fuga a dentelladas, la reacción fue digna de la ofensa. Don Quijote desenvainó, pero esta vez no en vano. No esgrimió el viejo fierro enmohecido que pendía a su costado ni esgrimió contra un engaño de su imaginación. Hizo resplandecer el bien templado acero de su ingenio y lo dirigió al corazón mismo del enemigo, de un enemigo real, palpable, de ningún modo encantado. Su discurso fue un discurso de combatiente que trae a la lucha, que despliega en ella toda su habilidad, toda su

experiencia, toda su fuerza Discurso de combatiente provocado por el golpe del adversario, encendido por la pasión, fortalecido por la voluntad de vencer En él convergieron, robusteciéndose al confundirse, las más preciosas dotes del estilo de Cervantes. En él la cortesía impide que la fuerza se desmande, pero no que ostente su poder y gallardía, en él la evocación de las cosas es intensa y rápida y no es roto sino realzado el período armonioso por la aceleración ascendente de las palabras; en él el entusiasmo gracias a la razón no es llama efímera sino hierro candente que avanza irresistible y deja rastros indelebles, en él el habla de Cervantes robustísima, el habla que anda siempre, que avanza siempre, se yergue sin detenerse, para combatir

Naturalmente, tanta elocuencia nacía de un sentimiento íntimo herido en sus fibras más sensibles Don Quijote se vio en la necesidad de defender el objeto de su vida, los motivos de su existencia, los relieves característicos de su personalidad Frente a la injuria se levantó el hombre hijo de sus propias obras, el aventurero que para consagrarse a un ideal nacido de su propia sustancia, deja de lado lo fácil y corriente, los negocios comunes, todo aquello que tiende al mantenimiento egoísta de la bestia sensual en los empleos y las dignidades Respondía también Don Quijote con su discurso a los enemigos interiores, nacidos de las sombras de su espíritu. A pesar de vivir enneguecido en la luz del ideal, llevaba en sí Don Quijote los gérmenes

del desencanto y de la duda. Eran muy rudos y frecuentes los golpes que lo derribaban sobre las miserias de la tierra. Debió de ver en algunas de sus caídas cómo se desprendía de él la nube de ensueños que lo deslumbraba. Debió de sentir más de una vez al volver al camino después de un descalabro, que estaba en el error, que lo soliviantaba una ilusión, que una ilusión entorpecía su andar sobre la tierra sin ser capaz de transportarlo en ningún momento, vivo y armado, al prometido escenario heroico. En casa del duque tuvo serios motivos para creer que se cumplían las fantásticas promesas. Allí encontró reposo la razón que hasta entonces viviera en una perpetua angustia, llevada y traída en locas andanzas por la imaginación. Allí la razón llegó a persuadirse de que bien podían haber reflejado una verdad escondida las caprichosas afirmaciones de su locura. Allí la personalidad negada por todos encontró firme el suelo, hospitalarios los muros, el aire respirable. Allí todas las cosas lo confirmaron en su yo caballeresco. Y si el enemigo también apareció allí, no asumió formas fantásticas ni se valió de encantamientos, se presentó tal como era, pequeño y negro, con la voz agria de la envidia aldeana, la pedantería del claustro escolar y la insolencia de la antesala palaciega. El doméstico del duque vino a recordarle a Don Quijote las persecuciones de todos y sus propias dudas, en el momento en que se sentía más seguro de

sí mismo, más grande, más fuerte, vino, pues, a ser vencido por la palabra del caballero elocuentísimo

Defender su personalidad moral, su misión, su obra, atropelladas, echadas fuera del camino por la multitud que no comprende su alcance, que sólo ve en ellas un pasatiempo, un engaño agradable para divertir las horas perdidas. Cervantes al hacer hablar a su héroe se ha de haber sentido solicitado por el deseo de justificarse ante sus amigos y ante su conciencia, por el deseo de explicarse y de explicar a los otros por qué su inteligencia extraordinaria no se abre camino en el mundo, por qué no puede valerse ni valer a los que lo aman, por qué él que lo comprende todo no obtiene éxito material alguno. Su dolor y su gloria provienen de que él es llevado fatalmente a producir su obra de arte, y de que en ella se funden todas sus riquezas espirituales, todo lo que va recogiendo en su peregrinación por la tierra: la enseñanza de las escuelas y de los cortesanos, el hablar rudo y libre de los campesinos, las meditaciones de los filósofos, el relato de las audaces empresas de los místicos en el mundo interior y de los exploradores en la inmensidad de los mares, la poesía de las cosas heroicas que fueron, todo lo que es resaltante o significativo en las ideas y los hechos de su siglo. El percibe y asimila todo eso, pero al producir no puede sujetarse a ninguna disciplina de resultados prácticos, pecu-

manamente útil Sean cuales fueren sus almentos espirituales él dará siempre la obra de arte y sólo ella.

Suena, sí, en este discurso de Don Quijote una voz íntima velada por el pudor. El gigante se queja al través de una máscara Comedido, tranquilo, sereno, Cervantes cuando habla de sí explícitamente, habla como de tercera persona sin darles una importancia extraordinaria a sus desventuras Pero haciendo hablar a Don Quijote se le va el corazón tras de la pluma Don Quijote con ser un ente fantástico es su hombre. Es su hijo y su hermano. Es su revelador Es el ánfora de sus sentimientos, el espejo de su conciencia, la torre de sus ensueños. Es el cauce de su vida Se identifica con él, habla por él, responde por él Llamado Don Quijote a juicio queda Cervantes emplazado Y cuando exige Don Quijote que se respete en su locura la noble intención, la empresa generosa y el sacrificio desinteresado, pide al mismo tiempo un poco de amor y de comprensión para el autor genial que en las angustias de una pobreza pecuniaria, que degenera a veces en miseria, enriquece a sus contemporáneos y, por siglos, a las generaciones futuras, con las vivientes joyas de su obra artística que todavía hoy encienden su luz vigorosa y fecunda en el corazón del pueblo

UN SONETO DE VERLAINE

*L'espoir luit comme un brin de paille dans
[l'étable
Que crains tu de la guêpe ivre de son vol fou?
Vois, le soleil toujours poudroie a quelque trou
Que ne t'endormais tu, le coude sur la table
Pauvre âme pâle, au moins cette eau du puits
[g'acé
Bois la Puis dors après Allons, tu vois, je reste
Et je dorloterai les rêves de ta sieste
Et tu chantonneras comme un enfant bercé
Midi sonne De grâce éloignez vous, madame
Il dort C'est étonnant comme les pas de femme
Résonnent au cerveau des pauvres malheureux
Midi sonne J'ai fait arroser dans la chambre
Va, dors L'espoir luit comme un caillou dans
[un creux
Ah, quand reflleuriront les roses de septembre*

De la lectura de este soneto surgen naturalmente algunas preguntas ¿Quién habla en él? ¿De quién son esas palabras de amor y de consuelo? ¿A quién se dirigen? ¿Qué dolor demanda alivio? ¿Es el dolor de un enfermo, o el de un hombre niño, poeta o vagabundo, o el de un niño simplemente? Y luego, ¿qué quieren expresar esas imágenes inusitadas, desproporcionadas o extravagantes? ¿Por qué comparar la esperanza a una brizna de paja, a un guijarro en un hoyo?

El soneto nos manifiesta su sentido cuando llegamos a saber dónde estaba el poeta y con quién estaba cuando lo escribió. Y esto nos lo dice el soneto mismo. Pero como todo él es música verbal y etérea poesía, lo dice sin permitir que la realidad se apodere por completo de nosotros, sin precisar de una manera definitiva los contornos. Por otra parte, es posible que el escenario del soneto no estuviera en el sitio y la hora en que fue concebido. Es posible que el alma creadora haya sido transportada entonces a algún escondido rincón de los recuerdos o de la fantasía, de modo que el poeta estuviera viendo, mientras escribía, una cosa bien distinta de la cárcel, el café o el hospital en que corpóreamente se encontraba.

Dice, pues, el soneto que el poeta está en una casita de extramuros, probablemente posada o taberna, pero con algo de alquería. Por las resquebrajaduras de la puerta se filtran en la cerrada habitación algunos rayos del sol meridiano. Una avispa, embriagada por su propio volar se sumerge en la luz tendiendo vanamente al sol como al deleite un quimérico deseo punzante y alado. El piso es grosero, de piedra o ladrillo, con alguno que otro agujero donde el sol enciende en ebullición de oro el aire polvoriento. Sobre la mesa un cantarillo con agua exhala su húmeda frescura, su amable olor a lluvia en el prado.

Llega el poeta de andar largas horas por el camino, de andar toda la mañana, excitado por su humor vagabundo, sostenido por el alcohol de los ventorrillos. Su última impresión antes de entrar aquí se la da un poco de paja esparcida en el establo, briznas que relucen al sol como si fueran de un metal precioso. Van a dar las doce. Entra el poeta en la penumbra, deliciosa en el seno del día deslumbrante y abrasador. Se deja caer en un banco, junto a la mesa. Reposan al fin los pies ardientes e hinchados, las rodillas extenuadas, los hombros doloridos, la cabeza aturdida y abrasada por el aire inclemente y el alcohol. En la quietud y el silencio se apaga poco a poco el sufrimiento de la carne. Un blando sopor, vago y lúcido, comienza a apoderarse de él. Desciende lentamente un rocío de paz sobre su alma, sobre su inquietud, sobre su desamparo, sobre su desconsuelo. El modula como entre sueños la música exquisita de sus versos. A solas con su alma, él canta el soneto maravilloso. Lo interrumpe la llegada de una mujer. La excesiva sensibilidad del poeta no puede soportar en esta hora de laxitud la proximidad de la mujer, la influencia de su carne saturada de piedad y de caricias. Es asombroso cómo los pasos de la mujer resuenan en el cerebro de los infortunados. El tiene en su poesía extraterrestre el consuelo de sus pesares sin nombre, tiene en las lejanías de su alma un sentimiento, todo suyo, que acude a su dolor, solícito y afectuoso como un corazón maternal, leve, suave, inconsciente, como un perfume per-

dido en los recuerdos El ama bien a las mujeres, pero ahora sería demasiado intensa su sensualidad, demasiado viva su ternura Ahora se defiende de ellas Por favor, alejáos, señora Ella se aleja y vuelven a cantar los ritornelos que llaman al sueño y evocan la esperanza Duérmete mi alma, cierra los ojos en el débil fulgor de tu esperanza ¡Qué poca cosa es para el poeta vagabundo esa esperanza que nunca nos abandona! Ella resplandece en el triunfo de los fuertes como una estrella, como una aurora, ella ilumina la caída de los fuertes con los relámpagos de una nube infecunda . Pero ella es nada o casi nada en el desconsuelo del poeta-niño. Ella es la brizna de oro que vio, al pasar, en el establo, joya efímera cuya hermosura se había ido ya con un rayo de sol Ella es la pobre hermosura de ese guijarro oscuro y rugoso que ha querido esconderse en la tierra Otro rayo de sol lo ha encontrado en su agujero y ahora se entretiene en hacer brillar sus heridas, las huellas de los últimos golpes recibidos en un largo y rudo rodar a la ventura

Alguno podría creer que el soneto parafraseado admite otra interpretación que sería ofrecida por su propia contextura y por el espíritu místico del libro donde se encuentra Sagesse Sagesse daría algún personaje celestial de la comedia católica a quien atribuir las palabras del soneto, y algún alma arrepentida y aflicta a quien aplicárselas o por lo menos daría Sagesse.

para relacionarla con el soneto, la idea de un simbolismo de trascendencia religiosa. Nosotros hemos encontrado que serían deficientes y forzadas esas interpretaciones. Pero aunque nos hubiera parecido que respondían al pensamiento del autor, habríamos prescindido de la parte mística para detenernos sólo en la realidad humana. Nosotros eliminamos, naturalmente, de las especies intelectuales que se apoderan de nuestra alma por su claridad, vigor o hermosura, todo lo que vemos en ellas de artificioso y mentido. Tomamos al poeta tal como es, con sus errores y sus extravagancias, pero esto no nos mueve a creer en el demonio aunque el poeta nos diga que es el demonio la estúpida inercia de la piedra en que se hiere, ni a creer en la divinidad aunque nos diga que es dios el ídolo despreciable a que se elevan conmovidas las fuerzas de su alma. Nos detenemos a oír la querella sentida, el lamento melodioso, pero no creemos que haya otra cosa que el poeta y su pasado humano, en la celda desde donde nos hace oír su dolor.

ALGO MAS SOBRE VERLAINE

En los admirables jardines de la lirica francesa, hechizados por los maestros que realzaron su hermosura con los sabios primores de la proporción y el orden, en esos jardines donde las ideas viejas, sin destruirse, engendran las nuevas ideas, donde con frecuencia parece como que

la inspiración se hubiera impuesto de antemano un camino por entre labrados mármoles, donde a veces el ingenio de los artistas, valiéndose de alambicadas esencias y piedras finas de crisol, imita en obras durables la carne viva de la creación de los poetas, en los jardines de la lírica francesa, fueron los versos de Verlaine la aparición imprevista de un bosquecillo de arbustos rebeldes, palpitante de alas, embriagado de perfumes, alimentado por el agua de una fuente desnuda, rica sólo de transparencia y canciones

Rebelde a la tradición artística, a las ideas adquiridas, viviendo una vida esencial en todos sus renuevos, aquel rincón del arte se resistía a ser comprendido y analizado por los maestros, a ser encausado y podado, a ser reproducido en nuevas perspectivas, a ser desfigurado y añadido en primorosas imitaciones. Todo aquello era la desesperación de los señoritos estudiosos y de los bohemios audaces y vacíos que acudían en vano con sus prejuicios y sus metronomos y su manual de bellas maneras literarias estudiadas en el autor que se había hecho notar en las últimas noches de la academia o del café. No percibían las transparencias, la frescura, los surgimientos, las ingenuidades. Para su criterio artístico todo aquello era figuras en la niebla, extravagancias del color y de la línea. Se veía allí un esfuerzo para sobrepasar a los poetas contemporáneos, ya demasiado artistas, esfuerzo cuyo resultado era llevarnos a un país de decadencia, más allá de la naturaleza y el

arte Es cierto que en la obra de Verlaine hay sombras y nieblas y que no está exenta de afectaciones y rebuscamientos. Pero lo que abunda en ella es lo natural, lo humano, lo que nutre una vida y a sus propios ojos la revela Y si muchas veces ella nos sorprende con rarezas y oscuridades, es porque en ella canta el agua profunda y susurra entre sueños el viejo árbol familiar, es porque en ella florecen locamente los últimos besos y lánguidamente suspiran los pálidos recuerdos de las caricias lejanas La naturaleza quiso manifestarse espontáneamente en Verlaine, tal vez con toda la espontaneidad posible en la inteligencia del hombre moderno, abrumada por el trabajo acumulado, desviada y entontecida por el libro libresco, estigmatizada en la niñez por las mentiras y necesidades de la educación religiosa La naturaleza, sin redimirlo de sus lacras morales, mantuvo a Verlaine en un mundo aparte Llevó al leproso con su lepra a un paraíso El no se proponía ser un extravagante, él hubiera querido salir de su extravagancia Amaba su lepra moral, sus ideas burguesas y religiosas, la amaba quizás como cualquier individuo de las clases parasitarias, sabiendo que esa enfermedad del alma estimula los apetitos de la carne y condiciona la manera de satisfacerlos El hubiera querido ser como los otros, ocupar en la sociedad un puesto calificado y hacérselo pagar en dinero y honores Pero la naturaleza, despótica y celosa, llevaba todos los pasos de él a el mismo, al centro de sí mismo, al mundo interior que ella en él había

descubierto Se apoderaba de sus energías, que acaso le habrían servido para triunfar en el mundo del privilegio y las prebendas, se apoderaba de sus energías y las consumía en el trabajo artístico que le había impuesto El, fantaseando dentro de su deseo de llegar a ser un jefe, un caudillo, un orador o un periodista, — un académico, al menos, o un señor condecorado—, se esforzaba a veces en elevar la voz, en darle firmeza y sonoridad Inútil esfuerzo, su voz no resonaba ni subía, no llegaba a la multitud, balbuceaba siempre, susurraba musical, deliciosamente, sin perder su acento inconfundible de candor, de ingenuidad Porque Verlaine era, en medio de todo, a pesar de su disipación y de las viejas ideas que afectaba amar, un genio niño, un eterno niño, semejándose a nuestra madre la tierra que revive en las flores el placer de la virginidad, todas las primaveras Esto se ve claro en Sagesse Sagesse, en cierto sentido es un libro místico, pero no con aquel misticismo que suele atribuírsele No revela la intuición, la fuerza y la perseverancia de aquellos grandes autores, que si no encontraron a Dios, ni el camino que conduce a él, obligaron con ese propósito a la imaginación, al sentimiento y a ciertas oscuras fuerzas interiores, no estudiadas ni cultivadas por las escuelas, a desarrollarse con poder asombroso en un ambiente saturado de la idea de Dios. La idea de Dios no aparece u ocupa muy poco lugar en Sagesse, aunque es verdad que el poeta nos recuerda a los místicos por su temperamento, por

su peculiar manera de concebir y producir y por su tesoro de hermosas anormalidades anímicas. Más que la divinidad, resaltan en Sagesse y no con demasiada frecuencia, algunos personajes, algunas figuraciones del cielo y del culto católicos. Hay allí, por ejemplo, un diálogo entre Jesús y el alma, su contenido místico es un vulgar delirio de sensualidad religiosa propio de cualquier muchachito que llega a la pubertad obsesionado por el Jesús de los libros devotos. El poeta, en él, se cree herido por el amor de Dios, pero no ve a Dios con los ojos del alma, en el alma misma. Lo ve en la imagen antropomórfica del hijo, en una imagen de altar que adquiere movimiento en el ensueño y desciende al pecador para extender sobre su arrepentimiento las manos que bendicen. Lleno de horror a sí mismo, postrado en tierra se oculta el poeta bajo su propio oprobio, sin atreverse a esperar, sin atreverse a levantar en sus miradas el dolor y la ternura de sus lágrimas. Jesús lo anima, dulce, amorosamente, lo incita a amarlo, lo llama a los consuelos de la confesión, al arrocamiento de la cena celeste en que su cuerpo es ofrecido. Suena en las palabras de ambos la música inefable del verso de Verlaine, con los estremecimientos de un ensueño voluptuoso, pero en ellas las ideas directrices que ocupan brutalmente el primer término, son desabridas ideas de devocionario, ñoñeces, tonterías que habiendo perdido la sustancia que en otro tiempo les prestara la fe, hoy no alcanzan a ser ni siquiera las golosinas espirituales a que se re-

fería un místico comparando con sus éxtasis las puerilidades del culto. El Verlaine religioso aparece como un doctrino que habiendo envejecido en una noche de p'aceres, larga como una juventud, llegara al nacer la aurora a la iglesia de donde salió, hondamente entristecido, amargado por las heces del vino y el corazón de las manzanas. Nada ha aprendido en su escapatoria, no ha adquirido ideas, no se ha acercado a los hombres nuevos, no se ha detenido a ver la sociedad presente llena de promesas, no ha vislumbrado la sociedad futura. Sólo se ha visto a sí mismo, sólo se ha sentido a sí mismo, y si ha llegado a juzgar, ha juzgado con sus placeres y sus dolores, viviendo en ellos como un místico, pero como un místico de la sensualidad y del arte. El sol lo sorprende en el pórtico de la iglesia de donde salió. Jesús y todas las viejas ideas que le inculcaron bajo su nombre se acercan a recibirlo, y encontrándolo adormecido, entumecido, se apoderan de su pobre alma, la abrigan y la mecen, le recuerdan su vida de niño, su dulce ceguedad en el seno del amor y de la mansedumbre, su descuidada confianza en el padre celestial, dispensador de todo bien. El se entrega lleno de gratitud y de ternura, porque han acudido a su abandono sin que él llamara, porque ha renacido en él toda su infancia embellecida por el recuerdo. Pero llega otra vez la noche y el rocío tonificante y la salutación de las estrellas y las voces persuasivas del ramaje fecundo del vecino huerto. Por la calleja pasa cantando una muchachuela licenciada,

y en silencio un noctámbulo, soñador o filósofo, la barba en alto, los ojos en la luna. En un ángulo de la sinuosa vía, se iluminan los cristales del café como si reflejaran la luz de los alcoholes pervertidos y el azul sutilizado y trémulo de los versos insomnes. Soliviantado, atraído por la doble tentación del verso alucinado y de la carne pecadora, se desprende el poeta sin esfuerzo de su misticismo religioso para irse a donde lo lleven el vagabundo melancólico y la risueña ninfa arrabalera.

"Romances sans paroles" se intitula uno de los libros de Verlaine pero podría llamarse así la parte más característica de toda su poesía. Las romanzas sin palabras encuentran su público y su escenario en el estrecho retiro, intenso de emociones y quimeras, donde se refugian los reclutas y los veteranos del arte, encuentran su ambiente en el alba dudosa y gris de los que suben y en el cielo melancólico, en el más allá inaccesible, de los que siguen siendo artistas a pesar de haber llegado. Ellas nos dan las oscuras revelaciones de una sensibilidad rara y exquisita con la voz del más bello de los instrumentos, la garganta humana, con palabras que se han transformado en notas maravillosas, incomprensibles y penetrantes, que al invadirnos impregnan como un perfume delicioso nuestra nube interior hasta en sus más oscuras y áridas lejanías. El poeta nos deja oír

sus romanzas como a pesar suyo, como si cantara para sí mismo, como si ignorara que va a ser oído o, sabiéndolo, temiera no ser comprendido, en la persuasión de que el osado que prescinde, como él, de las formas consideradas esenciales en la transmisión verbal del pensamiento, se expone a no hallar auditorio, a morir para el mundo de la inteligencia, o mejor dicho, a desaparecer en lo desconocido

Pero aunque Verlaine no nos tenga presentes ni se acuerde de nuestra literatura, encuentra en nosotros para sus romanzas vivísima simpatía. Nos encerramos a oírlas, con nuestras almas de niño, con nuestra fe ingenua de artistas puros, tal vez en el cuarto desnudo, perdido en un rincón de una azotea donde bajo el sol y el rocío florecen las ilusiones juveniles, tal vez en el viejo salón donde el arte inmovilizado revive en los recuerdos, tal vez en soledad, tal vez en el dulce desdoblamiento con que prolongan nuestras almas la amistad y el amor. No queremos oír juzgar o recitar a los otros. ¡Es tan difícil recitar eso! . ¡Es tan aventurado juzgarlo! . Canten las voces íntimas en el silencio de la razón. ¿Para qué oír a la razón? Nuestro instinto artístico nos asegura que el placer de que estamos gozando es el mismo que irradia de las almas creadoras, de las fuentes del arte, al través de cualquier forma literaria. Tiene el poeta en sus romanzas la oscuridad o la ambigüedad de las horas indecisas pero también su hermosura. Es fresco y gentil como el alba, lánguido y enervante co-

mo las tardes estivales, incitante y penoso, embriagador y vacío como la penumbra de las alcobas del amor venal, incoherente y riente como el parlotear de los niños. Tiene mucho de la vida que menos vivimos, de la vida de los pequeños, de los convalecientes, de los neuróticos. Posee un mundo crepuscular y lo refleja en su poesía.

En él, como en los niños, la imaginación y el sentimiento deforman, en cuanto aparecen, las impresiones de los sentidos, los brotes de la razón, las evocaciones del recuerdo. El se da todo al fenómeno psíquico del momento. En un momento dado es por entero del placer o de la pena sin que pueda decir qué es lo que lo perturba ni como vino ni cuando se irá. Las cosas circunstantes toman proporciones y valores irreales, una transcendencia nebulosa, que las esfuma en los ojos y las sutiliza en la memoria. El alma, al producir su obra artística, se exterioriza dentro de esas anormalidades, proyecta sus sensaciones tales como están en ella, sin recurrir a lo razonable, sin valerse de análisis y reconstrucciones, sin añadir nada, sin explicar cosa alguna. El poeta es como los niños que para hacerse entender combinan a su manera las palabras, tratando de llenar con el color y la expresión musicales, el vacío de su ignorancia. Pero, no por ignorancia, si no por saber algo de lo inaudito, el poeta, con sus insólitas

agrupaciones verbales, encuentra, en *romances sans paroles*, un arte nuevo, un nuevo idioma, el idioma de su poesía

—Y no es cierto que una vez, durante unos días, el poeta, vestido de sedas y de encajes, calzó el zapato de tacón rojo del buen tiempo de la galantería y fue gentil y fatuo y amoroso, y divirtió a las damas y bromeó y loquéó con ellas en las pastorales, y triunfó en las empresas de los atildados libertinos?

—Es cierto que alguna vez el poeta se entretuvo en construir una maravillosa casa de muñecas, rica de bellas exterioridades, en medio de un jardín vecino a un parque que se prolongaba hasta la arena del mar. Se inspiró al crearla en una vieja realidad muy sentida por él, en el siglo de Luis XV, en las frivolidades del amor, en el risueño endiosamiento de las formas sociales. Se apoderó para embellecerla de los secretos del arte femenino amoroso de las maderas preciosas, del marfil, de la porcelana, del parlotear ingenioso y vano, de las sinuosidades de la curva elegante. Sazonó y encalabrinó lo que había allí de insípido y débil, con su malicia de pilluelo de París y con la fina ironía del que siente la vanidad, y aún el ridículo, de las cosas amables que lo apasionan. Miniaturista, acuarelista, epigramático, sentimental, galante, es siempre el poeta en sus aciertos de colorista y en los ligeros toques de

sus burlas diamantinas, el hombre de la palabra musical, aérea, esfumada, velada, fugitiva . Ama para su mundo artificial la complicidad de las máscaras, de la luna, del follaje y de las ondas, como si no le bastaran las pelucas empolvadas, los lunares de tocador, y la gracia refinadamente artificiosa de los trajes en que el cuerpo femenino es un accesorio, y de los corazones apasionados y volubles, bellos como una bombonera cuyo delicioso contenido no se reviene porque es renovado con frecuencia

—¿Y no es cierto que muchas veces durante muchas noches el poeta se entregó a los placeres con la despreocupación de un cínico y la ciencia de un viejo crapuloso, sumergiéndose, anegando, en los encantos de la mujer, todos sus besos, todas sus caricias?

—Es cierto que mucho se podría decir de esas y de otras cosas de Verlaine, pero yo no puedo ni me he propuesto abarcar toda su obra en estas páginas *Un poeta, por pequeño que sea si realmente es poeta, es grande y rico como un bosque o como un mar Todos los que vuelven del mar o del bosque traen como otros tantos hallazgos sus impresiones propias, personales, inconfundibles, las que por otra parte responden muchas veces a nuevos aspectos del paisaje* Son los libros de texto los que nos cuentan siempre la misma historia soporífera cuando nos hablan de esas eternas maravillas, pre-

tendiendo encerrarlas en insípidas generalidades Verlaine es un verdadero poeta y su obra aunque pueda pecar de limitada, de estrecha, es profunda, digna de ocupar durante años la inteligencia de un hombre, digna de ser largamente estudiada, como cualquier rincón de la naturaleza. En ella, Verlaine nos lleva a una región desconocida, nos la hacer ver y oír, nos la hace palpar con todos los sentidos, pero no la desfigura ni la reduce a fórmulas, no transforma para nosotros un mundo virgen en los campos y ciudades que conocemos. Si allí el aire es brumoso y fantástico, sólo nos revelan el dolor del agua inquieta y del follaje atormentado, los rumores musicales, las canciones sin palabras en que se rompe y difunde el alma de las cosas. De uno de los confines misteriosos del mundo verlainiano es la onda armoniosa que en este instante conmueve nuestra imaginación. Dejémonos llevar por ella. Somos transportados al nacer de una noche de verano en la orilla de un bosque. Desciende de las estrellas, blanca y leve, una bruma deliciosamente pertumada, que ablanda y deforma a nuestro alrededor los contornos y en nuestro interior las ideas. Suspiran invisibles las ramas y las ondas en las caricias del aire que deshoja las flores y desmenuza y esparce las espumas. Una dulce languidez se apodera de nosotros y nos reclina como en un lecho en la hierba espesa y muelle tendida a nuestros pies. Hay en el aire lechoso las vagas claridades de un perdido rayo de sol y en el murmurio quejumbroso en que esta-

mos sumergidos, los toques claros y vívidos de incomprensibles voces infantiles Así nos enajenan dándonos al ensueño estos versos impregnados de un cansancio voluptuoso, de una amorosa melancolía Así nos pierden siempre y vuelven siempre a nosotros estos divinos versos inolvidables. Ellos se acercan al lecho de nuestros placeres para arrullarlos como una madre, al llegar a nuestra laxitud, b'ancos y fríos los besos del alba; ellos nos siguen por los caminos solitarios y penetran en nuestro corazón cuando despierta en nosotros, sollozando, el recuerdo de los amores castísimos de nuestra juventud lejana. Porque en ellos se unen a la dolorosa voluptuosidad de las rosas marchitas, la cándida alegría de las madreselvas del hogar y a la voz pálida y pura de las flautas ingenuas, la cálida y roja voz en que se quejan los violines apasionados

*C'est l'extase langoureuse,
C'est la fatigue amoureuse,
C'est tous les frissons des bois
Parmi l'étreinte des brises
C'est, vers les ramures grises,
Le chœur des petites voix.*

*O le frêle et frais murmure!
Cela gazouille et susurre,
Cela ressemble au cri doux
Que l'herbe agitée expire
Tu dirais, sous l'eau qui vire,
Le rouls sourd des carloux*

*Cette âme qui se lamente
En cette plainte dormante,
C'est la nôtre, n'est ce pas?
La mienne, dis, et la tienne
Dont s'exhale l'humble antienne
Par ce tiède soir, tout bas?*

STECCHETTI

STECCHETTI

Stecchetti es la revelación de un alma lírica de la prole italiana de Heine y de Musset. Es el héroe de *Póstuma*, libro de poesías afiebradas, nerviosas, impregnadas de amor y de dolor, exaltadas por el entusiasmo de la vida, estrujadas por sus ironías torturadoras. Pero no dislocadas y extravagantes u oscuras y nebulosas. A pesar de sus raíces nórdicas y de su pesimismo pasional, son notas características de las poesías de Stecchetti, su claridad, su verdad, y su naturalidad en el seno de una vida nítidamente italiana. Surgen como las voces de la calle o de la casa. Nos sorprenden con la animación de las conversaciones juveniles en los pórticos, en los jardines, en los paseos, con la espontaneidad y la frescura de la música popular. Tienen algo de la romanza, de la canzonetta y del stornello. Y con todo son bien trabajadas piezas artísticas, algunas perfectas. Están en ellas admirablemente encontrados el color, el ritmo, la proporción, el equilibrio. Sin desprenderse de las viejas formas arquetípicas del verso italiano, la onda poética se eleva briosa en los aires o se tiende cubriendo de dulces curvas caprichosas la tierra florecida. La palabra es al expresar ideas, nítida y precisa, y al exornarlas, clara, inquieta, variada, sentida, no es opulenta, voluptuosa, embriagadora, es ágil, magra, acidulada, excitante. No se saborea

lentamente, en la quietud, sobre almohadones sino de pie, andando, como se aspira el aire del camino. No es su inspiración la pantera heroica, cruel y voluptuosa de D'Annunzio ni el león olímpico, desdeñoso y fiero, que acudió a Carducci desde las profundidades del cielo latino, su inspiración, toda de ahora, toda de nuestros días, rehuye los viejos símbolos, no sale de la humanidad vulgar, se nos presenta en cualquier mozo que en las calles y en las plazas sacude al sol la murria del claustro y la oficina, abre al sol sus ojos entontecidos por la sombra

Stecchetti es un ser vivo, un hombre que deja transparentar su alma toda cuando la enciende la poesía, pero no es el autor de *Póstuma*, si damos a estas palabras su significación vulgar. El que creó a Stecchetti escribiendo *Póstuma*, Olindo Guerrini, al poner su libro bajo el nombre de aquel, pensó tal vez valerse de un engaño para dar relieve al valor artístico de su obra y quizás para aumentar su difusión, y se valió de la verdad, puso de manifiesto una verdad que desconocen muchas personas. Guerrini publicó su libro de versos como si fuera de Stecchetti y afirmó en el prólogo, escrito para robustecer el engaño, que ese Stecchetti había realmente existido y había sido pariente suyo y su cordial compañero. Nos contó algo de la vida del supuesto autor, de sus inquietudes, de sus penas y de la larga enfermedad que amargó su alma y sus versos y lo llevó al sepulcro. Y bien, era cierto que Guerrini no había conocido fuera de él, entre los hombres, a Stec-

chetti, pero también lo era que Stecchetti había existido y que no era el mismo Guerrini. Stecchetti había sido un personaje de Guerrini o, hablando con más exactitud, del autor que llevaba Guerrini dentro de sí.

En Póstuma, como en muchas otras obras literarias es fácil encontrar, por lo menos tres entidades distintas: el hombre, el autor y el héroe o personaje principal. En Póstuma, estos son Guerrini, Stecchetti y el creador de Stecchetti. A Guerrini no lo conozco pero sé que no puede ser el autor, porque un autor es una cosa distinta del nombre y las exterioridades de cualquier vecino, y sé que no puede ser Stecchetti porque Stecchetti es una concentración de elementos estéticos, una criatura del arte habló y actuó como un actor en un escenario, y es ahora una realización artística inmutable como una ánfora historiada o un historiado friso. Guerrini representará hoy, o habrá representado, un papel distinguido en la comedia humana, o, al contrario, permanecerá o habrá permanecido en la penumbra de los insignificantes, será o habrá sido hermoso o feo, virtuoso o libertino, arrebatado o indolente, hueraño o afable, pobre o afortunado. No sé. Yo no podría afirmar nada sobre la persona del señor Guerrini. Pero Stecchetti es un mozo con alma de estudiante y de galán, amigo del café y del salón, pero más amigo de la calle y de las aventuras, magro y ardiente, inquieto y batallador, enemigo de los hombres pulpos y de los hombres zánganos, así sean ellos ban-

queros o comerciantes, curas o reyes, enamorado de la mujer, de una mujer que nunca encuentra, que busca en vano bajo la apariencia de amor con que se disfrazan la burguesa calculadora y la cortesana insensible, enamorado de la verdad y de la hermosura, intransigente en su odio a los miserables que prostituyen el arte y las cátedras para halagar el gusto de los que pagan y acariciar la ridícula vanidad de aquellos encumbrados de quienes pueden esperar favores . Tal vez Guerrini, como cualquier otro hombre, se habrá parecido alguna vez a Stecchetti, se habrá identificado alguna vez con él, pero no es él Stecchetti murió realmente el día en que Guerrini publicó sus versos intitulándolos *Póstuma* . Y dentro de Guerrini y más adentro que Stecchetti está el autor, con su vida propia, con su propio destino, nutriéndose de la naturaleza exterior, hombres y cosas, pero también de las ideas y de los actos del hombre que lo contiene El autor siente al hombre que lo contiene como una cosa que no le pertenece Se acerca a él o de él se aleja, como una estrella, como una nube La actividad del autor no es la actividad del hombre donde habita Los combates y amores de ese hombre no son los suyos La felicidad de ese hombre no es su felicidad El autor es la mirada, el oído, la sensibilidad, el conocimiento y la creación dentro de un ente proteico que vive en un hombre por quien es mirado como un fenómeno de la naturaleza exterior: nube sensible en todas sus moléculas, estrella vidente en todas sus vi-

braciones, inmensidad silenciosa erizada de angustias ante el advenimiento de lo desconocido, torbellino que reconcentra su movimiento y su inteligencia en su propia sustancia, profunda noche donde sólo se siente el placer de crear escondido en invisibles manos laboriosas

Un autor ha producido a Stecchetti, lo ha revelado por la palabra de Guerrini y lo ha abandonado a su suerte entregándolo a la curiosidad o a la simpatía de los otros hombres; y ese mismo autor, libre ya de Stecchetti, ha permanecido dentro de Guerrini para seguir viviendo allí su vida propia y engrandecerse, decaer o morir

Bohemio, no por necesidad, sino por naturaleza, nutrido como un burgués pero hambriento de amor y de hermosura, Stecchetti, andariego infatigable, esparce sus quejas e ironías por toda la tierra italiana. A semejanza del lobo a quien el hambre arroja del bosque e impulsa al poblado, Stecchetti es arrancado, por el amor, de las soledades en que lo mantienen la desesperación y la atonía, y es traído por él a la vida civil. Stecchetti es como un lobo criado entre perros a quien repugna toda esclavitud y toda bajeza, pero que alguna vez a impulsos del sentimiento busca el trato de los amigos viles de quienes vive alejado. Pero, estando entre ellos, si encuentra estímulo para sus idealidades y concupiscencias, encuentra también la fealdad y la corrupción que lo deprimen y lo irritan. Es demasiado sensible a las manifestaciones desagradables de la sensualidad y

del egoísmo. Se siente empujado o herido y entonces combate o se retira, llegando siempre a los extremos de la renunciación o de la violencia. No puede vivir la vida de los perros que hoy se muerden y mañana se acarician, enemigos frente al mendrugo, camaradas cuando han comido todos. No pone nada para congraciarse el afecto de los perros. Y es una lástima porque es fácil contentarlos. Basta mentir a ratos, basta darles alguna vez la razón, soportar por ejemplo que nos digan que en su esclavitud pueden vivir, organizarse y razonar como los lobos, y que una respetable sociedad de perros está obligada a permitir que se apoderen de su dignidad los reyes, de sus riquezas los burgueses y de sus almas los clérigos. Conceder todo esto es muy fácil, y el mismo Stecchetti, a pesar de sus pájaros, lo sabe, pero él no es nada vividor y es bastante pesimista, pero él no es nada diplomático y sí un poeta incorregible, de donde resulta que amargado por las supersticiones y bajezas del prójimo no puede menos que expresar en líricos versos su sentimiento. Ciertamente, toda la razón no está de parte de Stecchetti, el mundo de todos es más grande que el mundo de un poeta, el amor vale más que el odio, y nuestra creencia en la igualdad esencial de las almas nos veda atribuir cualidades de lobo o de perro a todo un grupo social, pero es cierto también que la lucha es buena, más que buena, necesaria al progreso, y que bien podemos amparar en nuestra tolerancia a un

luchador amigo cuando se irrita demasiado al defender nuestros ideales.

En el amor mismo, en el amor a la mujer ¡cuántos desengaños y miserias! Stecchetti no comprende ni imagina el amor volandero exquisitamente sensual de su maestro Musset, el amor que encuentra en toda mujer hermosa un amable motivo pasional, un tesoro de alegrías y de lágrimas, un breve poema perfecto dentro de su existencia efímera. Stecchetti cree en un amor grande como la vida, absorbente y solo como un destino heroico, y poseído por este ideal, no puede ver en los amores que le va ofreciendo el mundo, sino fealdades y bajezas. Stecchetti es joven, se atrae las simpatías de las mujeres, siente a su lado su sensualidad, su feminidad. Le van saliendo al camino. Se le revelan en todas partes. Son la hija de familia curiosa y astuta para cuyo desenfreno es un estímulo el mismo ambiente de hipocresía en que vive y donde se pervirtió, la desheredada, condenada a recoger a escondidas en ajeno hogar las migajas del placer ajeno, la mozuela de la orilla, huraña y amoral como una gata, la obrerita ansiosa de adornarse con las ricas telas que borde o cose, y en fin, tantas inocentes para quienes suena algún día la hora de la culpa y tantas prostituídas que quieren tener alguna vez un capricho amoroso, persuadidas de que nunca llegará para ellas la hora de la redención. Pero Stecchetti no goza de la flor de sus años en la dulce inconsciencia de la juventud. No le basta el placer de la carne, la

felicidad del momento fugitivo. Odia los besos venales, le repugnan las mujeres que sólo son hembras, lo desconsuelan las queridas que no aman. Prevenido contra el engaño, sabiendo por un instinto sentimental y por reflexión, más de lo que debería saber, las seducciones femeniles lo retienen poco tiempo. Abrevia las pequeñas aventuras. Las abandona en la primer escena.

Sin embargo, en el seno mismo de esa comedia banal su corazón llega a enamorarse alguna vez de la burguesa golosa y calculadora, a guna vez de la cortesana insensible. Su inteligencia, su sentimiento, su ideal estético, su buen gusto artístico le muestran con evidencia que él no ama ni puede amar a esas mujeres. Desde lo más hondo de su ser, la mirada interior que discierne y elige, ve que esas mujeres, ayer la pervertida, hoy la prostituta, no son para él. Pero su carne las requiere. Su carne tiene sus amores y se los impone, se los reclama con su dolor y sus lágrimas. Amores que germinan y florecen sin interesar al espíritu, a veces después de la posesión, después que el poeta se ha entregado a la mujer con el descuido imprevisor del que saborea un vaso de vino o una golosina, pero que con ser de la carne no son un efímero deseo de los sentidos que en cualquier fuente se apaga, sino un delirio obsesivo, un hechizo que ata al recuerdo de una mujer determinada y no deja de atormentar hasta que ella es obtenida en las promesas de una ventura sin término. El poeta se rinde, pero aun entonces ve con claridad, su espíritu

no se entrega. Siente en su carne que no se puede alejar, que si se aleja volverá automáticamente, pero siente en su espíritu que sus ideales lo abandonan y que su corazón se envilece. Trata de engañarse, de aturdirse, se refugia en una sonriente filosofía epicúrea, fingiendo creer que está toda su felicidad en la mesa florida y en el mullido, espacioso lecho del placer. Pero su espíritu no se entrega. El poeta es en realidad un amoroso sentimental y un idealista enamorado de la hermosura amplia, vibrante, multiforme que desborda en la tierra y no cabe en la gloriosa inmensidad de los cielos, el poeta no puede enfangarse, embrutecerse para siempre en el regazo de una hembra. Tiene que triunfar de los delirios de la carne. Lo auxilian el tiempo y su misma imaginación que agranda los lunares de la fealdad física y moral que como en toda mujer deben existir en la que su espíritu rechaza. Vence, y aparta de sí las sombras de las dichas efímeras y encantadoras que quieren enceguecerlo. Aleja a sus amigas poniendo palabras heladas y sonrisas desdeñosas en las últimas caricias.

Pero una vez no fue el vencedor sino el vencido, una vez no pudo impedir que la aventura lo arrollara, estrujándole el corazón. Una vez, burlado y escarnecido por una hembra se dejó arrebatarse por la ira y se desató en una tempestad de palabras violentas, estridentes, ciegas, desmelenadas, desgarradas. La tempestad fue en un vaso de agua pero no por haber sido en un vaso de agua dejó de ser una tempestad.

Esta vez el poeta se hirió en la maldad insolente de una mujer. Quizás él tuvo alguna culpa, quizás en su galanteo, los reclamos de su sensualidad, no pudieron ocultar la malquerencia de su espíritu, quizás comenzó jugando, pidiendo un poco de cariño como quien pide una flor y en su conversación frívola y cantante de desilusionado dejó que se deslizara una de esas frases de menosprecio que no se perdonan. Quizá toda la culpa fue de ella, quizás ella lo martirizó por divertirse, obedeciendo a la lógica de algunas mujeres que creen que burlarse de todo el mundo debe ser una consecuencia de la felicidad de ellas, de algunas mujeres que creen que zaherir al prójimo es un complemento de su triunfo cuando han conseguido el amante o el dinero que deseaban. Pero fuera lo que fuera, él llegó a enamorarse locamente de esa mujer en la que, después de esperar largo tiempo, sólo halló un enemigo. Ella era probablemente una de esas perdidas que hacen alarde en sus conversaciones de una honestidad que no tienen, y no arrojan su máscara de virtud ni en el prostíbulo. El se embriagó con aquella extraña mezcla donde el mal se escondía en el bien como un excitante. Encegueció por ella, la persiguió con sus súplicas y sus halagos. Ella no lo rechazó. Odiándolo o despreciándolo, lo retuvo largo tiempo, para verlo sufrir, para hacerlo sufrir. El no comprendía, creía que ella coqueteaba, huyendo para que él la persiguiera, rehusando lo que ella quería que le fuera robado. El no comprendía tampoco cuando ella,

a pesar suyo, se traicionaba. Creyó tal vez que las lúbricas miradas con que, por hábito tentaba a los otros eran inocentes malicias para despertar sus celos. Al fin ella misma lo sacó de su engaño. Cuando creyó que lo había envilecido bastante, cuando lo tuvo a sus pies pidiéndole de rodillas una limosna de amor, le escupió su odio y su desprecio en una carcajada. El se irguió al golpe de la injuria. De pie, sobreexcitado hasta el delirio, vio a aquella mujer tal como era, la vio a la luz del relámpago de odio que de ella misma había nacido. Las escenas del pasado se agolparon en su memoria adquiriendo ahora un aspecto que respondía a la realidad. Ella nunca lo había amado, nunca se había propuesto atraerlo a su corazón. Astuta y perversa había querido cubrirlo de oprobio, hacer de él la irrisión de todos. El reaccionó violentamente, horriblemente. La injurió con los insultos más villanos, gritando como un carretero, aullando como un lobo. desnudó brutalmente el alma y se la arrojó a la cara con todos sus vicios y perversiones. Le juró una venganza terrible, una venganza eterna. En sus soledades de lobo, en las voces de la naturaleza, en el viento nocturno, en las borrascas por los caminos enlodados, por los campos de nieve, en el hambre, en la niebla, él ha llegado a saber que el odio es una fuerza eterna desatada en el mundo, que el odio no se extingue ni en la muerte. El puede esperar confiado en la eternidad de su odio. El esperará a que ella sea abandonada por los hombres y por

su propia vida. Entonces él volverá a ella. Muerto o vivo, él volverá a ella. La buscará en la tumba, removerá la tierra, descubrirá su cuerpo, hará de su última morada su guarida de lobo, la cueva del dolor y del remordimiento. Entre tanto, desde ahora, la obliga a mirar la corrupción de su alma y la corrupción lejana pero inevitable de su cuerpo. Entre tanto él se irá ahora gritando, por la calle, todos los vicios que hacen de ella una leprosa del amor.

Ella lo oyó impasible y desdeñosa. Alguna vez sonreía. Ella con toda su audacia y malignidad era una bestezuela, comprendía poco con el corazón, poquísimo con la inteligencia. Consumar su venganza o entretener su malignidad fue todo su pensamiento en aquella aventura. ¿Qué era para ella el poeta con su refinado sensualismo y su alma florida? El más terrible de los males: el fastidio. Ella sólo sentía el amor en la unión sexual y la hermosura en la fuerza inculta y grotesca y en el olor a macho. Para ella la alegría era el juego banal e incansable en torno de insignificancias y groserías. La entretenían los patanes contándole cuentos de trastienda o de corral o de burdel. Ella encontraba sus sensaciones ideales en la mesa de baccarat y en las carreras, y acreditaba su buen gusto en la casa de modas, en el bar y en la confitería. Era una bestezuela. Era espiritualmente un pobre vaso de agua corrompida. Y por eso no merecía aquella tempestad ni era por otra parte capaz de contenerla.

A pesar de esta escena desagradable, a pesar de sus odios desenfrenados y de sus desconsoladoras ideas de ultratumba, podemos afirmar que Stecchetti es un poeta honrado y bueno. Lo salva y lo eleva su sinceridad. Sólo habla de las cosas que conoce y que siente, y en la verdad hay siempre bondad, y hay siempre honradez en las palabras sinceras. El ha tirado a la calle su parte en el caudal de fórmulas que la sociedad nos regala para que con ellas podamos solucionar todos los problemas morales y aquietar, ante lo desconocido todas las ansias del espíritu. Habla de lo que conoce por sí mismo. No lo sabe todo pero no procura aumentar y embellecer con mentiras su tesoro de verdades. Exhibe el dolor que es suyo. Expone el mal que ha encontrado en las raíces de su vida y en el seno de las cosas, calando el remedio porque lo ignora. Esto es bueno y hermoso. Ya vendrá quien ponga el remedio.

Pertenece literariamente o cree pertenecer por elección consciente, a una aristocrática familia de intelectuales, pero se guarda muy bien de querer parecerse a sus autores favoritos, de darse los aires señoriles o de afectar el dandysmo de Byron o de Musset. Deja que los gérmenes que hay en él vivan libremente. Ellos harán de él un lírico eficaz entre los buenos poetas del realismo sentimental, un rimador admirable entre la turbamulta de los romancistas y un hábil hondero entre los que marcan con sus tiros las antiguallas que la sociedad debe destruir; harán de él, para el país del arte, ese

magro y ardiente italiano que, móvil como un vagabundo y curioso y audaz como un estudiante nos saca de la quietud tediosa y nos impulsa a la calle y al camino. Ama la naturaleza pero vive con ella como con una querida, y cuando nos revela esa convivencia nos cuenta sus días buenos sin ocultar sus malos días. No cree que la naturaleza sea solamente lo magnífico de la naturaleza o lo que ha sido alabado por la oda académica. Sugiere que la naturaleza está con él en todas partes y que a veces está más en los pórticos o arcadas que ciñen las plazas o en la alegría de una mesa de café rodeada de amigos, que en los campos desnudos, inhospitalarios, atormentados por la sed o adormecidos en la enfermiza somnolencia de los pantanos. Es uno de tantos entre la gente callejera. No sorprende, no asusta a nadie. Los pobres de espíritu se atreven a confiarle sus palabras medrosas. Los mendigos y los enfermos lo atraen a la noche sin esperanza de su infortunio. Las jovencitas le sonríen desde el balcón cuando él se detiene a contemplarlas. Pero también lo llaman las voces errantes en lo desconocido. En el viento nocturno llega a él el dolor de una mujer que clama por su perdido amor desde el seno de la muerte. Y desde el seno del pasado, desde el claror casi desvanecido de los días de su primera juventud, llega a él la imagen virginal de la niña en cuyos brazos pudo y no quiso encontrar la felicidad amorosa, la dicha perfecta que persiguió siempre en vano. En el borde del camino, bajo un cielo azul, un

antiguo sepulcro, dorado por los viejos bochor-
nos estivales, le revela cómo fue la dicha serena
de un alma que en este mundo se abandonó toda
entera a los halagos del amor, no queriendo, en
su ignorancia de una dicha ultraterrena, sino
aquellas cosas que se encienden e iluminan en
las vivificantes caricias del sol. Así va el
poeta por la vida y por la muerte, abiertos sus
ojos y sus oídos a todo lo que puede impresionar
su sensibilidad y despertar sus recuerdos.. Y
al fin, cuando su lira interior no responde ya
armoniosamente a las dulzuras y asperezas de
las cosas y de las almas, cuando se siente muy
enfermo, cuando va a caer extenuado, busca su
último refugio en el rincón campesino que lo
vio nacer. Quiere morir aspirando las voces y
el aliento del campo fecundo. Y una tarde de
otoño, frente a la ventana abierta de par en
par ante la naturaleza melancólica, se extin-
gue lentamente en el paraíso de su niñez lejana,
sumergiéndose en el cántico otoñal de la tierra,
eternamente renovado las últimas notas del poe-
ma de su vida, sonriendo al recuerdo de las ro-
selinas del invierno, de las pequeñas purpúreas
rosas que llegan con la nieve y son en la nieve
llamas del invencible amor, de las pequeñas ro-
sas que no han venido aún a despedirlo, que no
recogerán sus últimas caricias, que no volverá
a ver

Muio cantan le allodole
Ferme sull'ali nel profondo ciel
E il sol d'ottobre tepido
Albeggia e rompe della nebbia il vel.

Caldo di vita un alito
Sale fumando dall' arato pian
Muio Cantan le allodole
E le giovenche muggon da lontan

La vostra lieta porpora,
Roselline d'inverno io non vedrò;
Le carni mie si sfaciano
Domani al mio balcon non tornerò.

T A X

T A X

En la obra literaria del doctor Teófilo Eugenio Díaz, resalta un personaje, Tax, que he procurado estudiar en estas páginas, prescindiendo en ellas del hombre-autor, al que sólo conozco imperfectamente, con quien no he tenido trato alguno. Sobre esto podrían decir los lectores del doctor Díaz que Tax era simplemente el pseudónimo con que aquel firmaba sus artículos. Pero la verdad es que el doctor Díaz escribiendo sus artículos era un autor dando forma a las ideas de un personaje de su prole mental a quien lanzaba al mundo con el nombre de Tax. También podrán llegar a decir los lectores del doctor Díaz que yo en estas páginas sólo expongo y no con exactitud algunas de las ideas de Tax. Esta observación, si se hiciera, sería, en parte, justa. Pero ella no probaría contra mí sino que, al contrario, provendría tal vez del hecho de haber yo realizado mi propósito de obtener en mi interior un retrato de Tax, eligiendo y amplificando para ello algunas de sus ideas características.

Tax fue, en su tiempo, el cronista lírico, el poeta, de nuestra alta sociedad. Se sentía feliz en su seno, la amaba, la acariciaba en sus artículos. Ponía en ellos, además de su amor, alguna gota ácida, un poco de la ironía y de la amargura de su espíritu, algo de la aspereza de su virilidad, pero esto era natural en quien amaba como un hombre, no como un pisaverde desmayado y meloso. Volvía radiante de las

fiestas, de los paseos, de las tertulias, de los teatros. Volvía saboreando la conversación amable, la copa de vino exquisito, la música de las voces que recitan o cantan, la emoción leve y voluptuosa que viene de los tocados femeninos. Traía para su crónica el madrigal y el epigrama, el fino perfil y la línea caricaturesca, los ligeros toques del humorista que oculta bajo una sonrisa, a veces dolorosa, una verdad esencial, una observación reveladora de los motivos de las cosas. Improvisaba para el periódico sobre las murmuraciones y novelorías del conversar de los ociosos y sobre las impresiones recibidas en la diversión artística o mundana del día anterior. Era un cronista lírico, no por la forma métrica, que nunca apareció en sus páginas, sino por su manera de expresarse, viva, punzante, breve e incoherente, saltando de una idea a otra, dejando en cada frase un poco de inspiración, una nonada espiritual, estimulante de la curiosidad o del sentimiento. Leyéndole el lector no sentía el rumor de la lluvia fina y gris de la palabra escrita, oía una voz viva de timbre musical, ligeramente petulante o enfática y sentía como si una mano discreta subrayara las palabras golpeándole el pecho con sus dedos finos y nerviosos.

Quedan engarzados en sus páginas los nombres que entonces evocaban las figuras descolantes de nuestros salones y con ellas la hermosura, el amor, el ingenio, la juventud, la felicidad, esos pobres nombres que ya se han ocultado en las penumbras del hogar o en las som-

bras de la muerte, de donde sólo volverán, por breve tiempo, pálidamente, en la conversación de los ancianos. Viven en sus páginas otros nombres de más relieve pero que también se desvanecerán dentro de poco como los actos de quienes los llevaron, los nombres de aquellos que hicieron de sí mismos la materia artística ofrecida al poder musical o escultórico de sus almas. Entre éstos, dos nombres de mujer renuevan en nosotros desde las crónicas de Tax, la admiración y la simpatía. Tax fue el amigo paternal de Tina en la corta temporada en que ella se reveló a nuestro público y el amigo caballeresco de Sarah cuando Sarah, reina del mundo teatral, exhibió entre nosotros los indiscutibles títulos de su soberanía. Ofreció Tax del tesoro de su experiencia y de su ingenio, a Tina la luz que aclara los ojos e ilumina los senderos, a Sarah los dardos de oro de su humorismo, irresistibles al ser lanzados contra la necedad y el error.

Tina llegó a nosotros en plena primavera, en la primavera de sus veinte años. Era una de esas pequeñas actrices italianas, inteligentes, expresivas, de voz musical y alma vagabunda, que se turnaban para visitarnos, una cada año, en aquellos tiempos en que aun no habían llegado, desalojando a todo el mundo, los héroes acrobáticos del cine yanki y los distinguidos intérpretes del género chico español, de la comedia arrabalera y de la pochade criolla. Teresa Mariani, Virginia Reiter, Clara della Guardia, Tina di Lorenzo . cuántas otras! Ellas

nos traían las lindas burguesitas de Dumas hijo, de Meilhac, de Pailleron y las lujosas y extravagantes bohemias de Sardou, nos traían algo de la vida literaria y de la vida social de la alta burguesía europea con sus interiores confortables y sus costumbres refinadas, haciendo posible que el ingenio de nuestras tertulias encontrara alimento en el ingenio de los comediógrafos y que el frac y el smoking de nuestros salones se miraran complacidos, en el smocking y el frac del escenario. A Tina la distinguía su belleza juvenil, sana, armónica, evidente. Se decía que conservaba intactas las virtudes del hogar. Si esto no era cierto lo parecía. La vida interior no había transformado a la mujer realzando o ultrajando su belleza. Esbelta, proporcionada, sólo idealizaba sus formas plenas, la trémula flexibilidad, la movilidad espontánea y grácil de la primera juventud. En su rostro dulce y sereno, de virgen italiana, florecían la bondad y la inocencia que acaso arraigaban en su corazón que era quizá uno de esos corazones virginales, sensibles y vigorosos, donde duermen las pasiones elementales y sonríen fascinadoras las promesas del placer. Interpretaba admirablemente las ingenuas de la comedia y del vaudeville de salón, entre las que son típicas Frou-frou, Susana y Mamzelle Nitouche. Parecían naturales en ella la alegría desbordante, el capricho, la frivolidad y el ingenio petulante y candoroso de esas deliciosas criaturas que siguen jugando con los hombres al dejar las muñecas, defendi-

das en sus audacias agresiones y coqueterías por su educación exquisita, por su inocencia y por la misma seriedad del mundo que ellas toman en broma. Frou-frou cae del cielo de las ilusiones por haber encontrado llamas en las nubes, pero Frou-frou nos interesa sólo antes de su caída, cuando es como las otras una revolucionaria inconsciente, sin propósito ni ideas, un rayo de sol que ilumina, transtorna y embellece la discreta penumbra a que se acogen las almas cristalizadas, un pájaro de la aurora que llena de notas argentinas y ensueños azules el ambiente incoloro y frío en que se mueven los pobres monigotes que avanzan penosamente por los alfombrados senderos de las carreras oficiales. Tina nos ofreció con fácil y abundante alegría espiritual, como otras tantas ofrendas de flores, aquellas almas que tienen algo de la bondad sana del huerto y algo de la enfermiza delicadeza del invernadero. Nuestro público burgués las comprendía, les prodigaba sus aplausos. Ellas no disonaban en las costumbres y aspiraciones de nuestras familias. Su recuerdo contribuía a embellecer la casa y a poner una nota de luz en la educación de las jovencitas. Después, vanguardia del teatro nuevo, apareció entre nosotros Nora, que es doble, leona por dentro y niña por fuera, y que es una revolucionaria de armas tomar, una heroína trágica que al final de su aventura nos hiela el alma al exhibir como un acero inflexible la inteligencia voluntariosa con que castiga al marido vil, al marido cobarde, antes de lanzarse ella

misma a las sombras en busca de la realización humana del ideal que su propio dolor le ha revelado Tax, a quien encantaba el brillante y quimérico revolotear de las orquídeas y las rosas en las comedias de salón, él, que incluía sonriendo estas comedias entre sus mejores diversiones mundanas, habría sonreído también a Nora, la habría amado, si él y ella hubieran seguido frecuentando nuestros teatros. Había un fondo de seriedad y de bondad en la complacencia con que Tax se dejaba llevar por el sensualismo de sus amigos los burgueses, fastuoso y costoso en perjuicio del productor de la riqueza y único dueño de la tierra, el pueblo. Tax esperaba algo más que el halago de los sentidos en el desfile de las cosas frívolas o bajamente sensuales. Y no esperaba en vano. En ese mundo de los privilegiados no hay sólo placeres, hay también belleza y aun belleza moral. Cuando la encontraba Tax se apresuraba a exaltarla. Cuando en lo bueno vislumbraba lo mejor, todavía irrealizado, lo declaraba, pero sin enfurruñarse con sus compañeros de fiesta aunque no le hicieran caso y siguieran contradiciéndolo con los hechos. Las mismas voces que alababan la virtud de Tina insinuaban que no era ésta una gran intérprete dramática porque no había vivido la vida de las pasiones, las horas del dolor y de la culpa. Tax defendió que Tina no debía dejarse malear por esas insinuaciones, que Tina no debía abandonar su divisa: arte y honra. Si es necesario, decía Tax, pecar para interpretar teatralmente los sentimientos.

de una pecadora, será, también, necesario para morir en la escena morir antes en la realidad Tax tenía razón. Están en nosotros los gérmenes de todas las pasiones. Nosotros podemos favorecer y apresurar ficticiamente su desarrollo en la obra artística, valiéndonos, con otros factores, de la experiencia, pero no podemos determinar de antemano cuanta ha de ser la cantidad de experiencia necesaria, debiendo detenernos en casi todos los casos ante la imposibilidad de una experiencia total. Y añadía Tax que la pequeña actriz italiana debería seguir siendo lo que era, una niña espiritual, sonriente, de sangre rica, de cálida imaginación, de buen gusto ingénito, una de esas ingenuas que agrandan y embellecen, sin desgarrarlo, el horizonte del hogar. No por eso dejaría ella de embriagarnos con su dulce voz meridional, con su recitación y su mímica armoniosas y penetrantes, con la gozosa bondad del ánfora sellada de su corazón, con el cántico de sus formas purísimas que irradian la serenidad de un cielo muy azul y el rítmico respirar de las frondas estivales.

En los juegos y amabilidades del amor, es dulcemente hermoso ofrecerle las flores de nuestra sensibilidad sin que nuestra carne y nuestro espíritu sean arrebatados a los otros placeres del mundo por los delirios de la divina llama. Esa fue la suerte de Tax con Sarah Bernhardt. La quiso tanto, tanto, que su corazón floreció en palabras resplandecientes, pero no tanto que no pudiera sofocar su pasión y ser

el amigo de Sarah y el admirador de su arte. Como espectador, dijo Tax muchas cosas bellas sobre Sarah, defendiéndola al mismo tiempo de los galanteadores que soñaban con imposibles conquistas y de los críticos que se atrevían a señalar defectos en su hermosura: Sarah es un vaso de Sèvres maravillosamente decorado. Es un producto primoroso del arte de París. Admiramos su belleza sin ninguna clase de celos en la persuasión de que ella es la obra del genio y de las gracias. Ha venido a enriquecernos, a dejar una estrella en nuestra vida. Nosotros no tenemos nada que darle. No pretendamos su amistad. No intentemos sondear su alma. Busquemos su belleza en el escenario porque es allí donde ella quiere revelarse. Amémosla allí como a una diosa en su templo, porque allí reina sobre nuestra sensibilidad y nuestra imaginación y nuestros ensueños, porque desde allí nos embriaga y nos deslumbra. Pero no le pidamos otra cosa que emoción artística. ¿No podríamos acaso admirar el vaso de Sèvres sin llevarlo a nuestro hogar o a nuestra garçonnière?

Y Tax fue tal vez de todos ellos el único que en aquella temporada pudo conversar largamente con la reina, acercarse por algunas horas a la vida íntima de Sarah. Tax fue su guía y su pareja en una expedición de cazadores que ella realizó con sus comediantes prometiéndose un día de vacaciones, un día de campo, después de la fatigosa temporada teatral. Tax hizo a los extranjeros los honores

de nuestra casa, de nuestro país, de la estancia grande cuya casona es Montevideo Les abrió las puertas de nuestras riquezas y de nuestra hermosura Tax estaba en su terreno y en sus glorias andando por las cuchillas con su francés y su fusil En el campo los recibió amorosamente un bello día, un día de primavera, lleno de sol, de alto y claro azul, de aire fresco, de verde resplandeciente. Un estanciero generoso les franqueó todos los rincones de su hacienda y volteó para obsequiarlos su mejor vaquillona En los potreros anchurosos Tax lució al lado de Sarah sus habilidades cinegéticas y dejó entrever algunas facetas escondidas de su carácter Tuvieron caza mayor y una disputa áspera Se dirigieron algunas palabras hirientes mientras perseguían las piezas y disparaban sus armas Cosa natural al encontrarse en la misma acción Sarah dominadora y caprichosa y Tax caprichoso y vehemente Pero Tax volteó un venado y Sarah un avestruz macho y la discordia terminó en el placer del éxito . Después, la cena abundante y la alegría de los vinos, y el platicar ameno y pintoresco, entreverados los pálidos artistas con la gente de chiripá Después el regreso, bajo las estrellas en el confort de un tren expreso, en el deleite inefable de la noche purísima y de la voz de Sarah que recita como el salterio canta , Lírca garganta donde resuenan las sílabas del verso como notas musicales, boca divina donde la fuerza y la alegría se dilatan victoriosas en las límpidas repercusiones del oro y del cristal,

labios amorosos donde se difunde la esencia misma del sentimiento, dando a las palabras las encendidas vibraciones y el escondido palpitante de la pasión y del deseo .!

Tax sabe qué clase de literato es. Dice de muchas de sus frases, que son humoradas. Se presenta como humorista en cuentos y artículos. Y es eso, siempre, un humorista. Se expresa a su manera, libre, espontáneamente, mezclado lo realizable y lo imposible, lo grave y lo frívolo, la burla y el sentimiento, la evidencia y la paradoja. No se preocupa de la verosimilitud ni del equilibrio. Parte de la verdad, se sostiene en la verdad, pero no determina sus límites, ni elige ni discierne al exponerla. No la fija, no la aísla. No la limpia de las impurezas de la imaginación. Sin esforzarse en encauzar su palabra interior la deja ir y deja que vivan en ella las representaciones que van naciendo de las fuerzas productoras, y las da así a la forma artística. sabe que es, no sólo original sino también excéntrico, pero como su inteligencia es clara y vigorosa, habla con la seguridad de que lo que dice vale. Leyéndolo uno se figura que persuadido él de que su opinión disuena en la inteligencia de los que lo rodean, no queriendo comparar ni discutir, se acoge a los fueros de la fantasía como los poetas o hace imposible toda contienda seria rodeando sus afirmaciones de burlas y sonrisas. Sus páginas están llenas de aciertos y de borrones. Hay en ellas esbozos y caricaturas, resaltantes en sus rasgos firmes e inesperados; colores resplandecientes arrojados

al azar de una divagación, minuciosa descripción de bagatelas traídas por incidencia o como un detalle a la composición o al razonamiento, el hervor lírico del entusiasmo y la risa chocarrera del bar de los sportmen, el retrato involuible y la silueta funambulesca, aciertos admirables de la imaginación, del juicio, del estilo y sobre ellos manchas informes donde el espíritu tropieza y al tropezar ríe y alegremente se salpica de luz y de colores. Es necesario estar embriagado por su propia llama interior para escribir así, exigiendo que el lector abandone sus hábitos mentales y obligue a su espíritu a saltar de frase en frase, uniendo y armonizando el conjunto que desordenadamente se ofrece a sus ojos. Tax no es un literato hábil. Un literato hábil llega siempre a hacerse un estilo, sus palabras toman un color uniforme, sus ideas van a dar siempre al mismo molde. Lo que no cabe en ese molde, se deja. Las peculiaridades se abandonan. Las líneas vivas, los colores, las pulsaciones del asunto que ha de tratarse se mezclan y se amasan hasta que se confunden con las formas preestablecidas con el ritmo y el dibujo que ya han sido encontrados. Al contrario, leyendo a Tax se comprende el valor literario del principio que dice que la obra artística debe ser una perpetua iniciación, un nunca interrumpido comenzar, la tracción incesante, no de las ideas nacientes hacia las formas realizadas, sino de los elementos formales hacia las inexpressadas ideas, — y se comprende el

valor de la palabra negatoria de aquel principio, el valor de la palabra amaneramiento

Tax no es sólo el hombre de los salones, de los teatros, de los pic-nics, Tax comprende, con aprehensión vivísima, las figuras y movimientos del escenario político Tax vive en los círculos políticos como en los sociales, tomando de ellos todo lo que solicita su atención y tendiendo a mejorarlos con una sana filosofía optimista, pero sin pensar en ningún momento en suprimirlos No se sale de esos círculos al retratarlos o juzgarlos Su ideal no es ajeno a la inteligencia predominante en ellos No invoca Tax en sus innovaciones la entidad fundamental, el pueblo Sus compañeros de clase la invocan a cada paso pero en los hechos prescinden de ella Tax se atiene a los hechos Es siempre un original En la forma y en el fondo En la forma porque aunque escribe improvisando con la pluma de los periodistas, construye sus párrafos con la inspiración de un artista, a veces con los primores de un orfebre entrega una obra durable a la necesidad o al capricho del momento Y en las ideas porque no se deja llevar por las apreciaciones unilaterales impuestas por la retórica política de los clubes y el parlamento, ni se limita a prolongar en una página más, los editoriales de los diarios o a barajar en un epílogo el centón de frases fastidiosas con que se confeccionan los documentos y discursos de las autoridades del estado y de los directores de los partidos El va al hecho, a la acción, a la lucha, a la intriga, al conciliábulo y encon-

trando en la raíz del hecho al hombre, él va al hombre, a sus aspiraciones, a sus sensualidades, a su carácter, a su temperamento. No desdeña las pequeñas causas y las debilidades pueriles. Señala en determinados momentos de la vida la confirmación de generalidades deducidas de la naturaleza de las cosas pero que las cosas celosamente ocultan. Nos demuestra, por ejemplo, aislando el hecho y haciéndolo vivir ante nosotros, que una pequeña superstición idolátrica arraigada en los repliegues del alma puede determinar la conducta pública de un hombre dirigente y pesar por ello en los destinos del Estado. Sin erigirse en tribuno o censor, sin proponerse escribir historia, al referirse al pasado para explicar el acontecimiento del día, Tax crea figuras indelebiles, por necesidad artística o por natural revelación en el combate de su espíritu rico y vigoroso y de sus cualidades de caballero y de hombre de ingenio. Todo esto parecerá demasiado serio, pero, por desgracia para la ciencia, no lo es. Con toda su claridad y profundidad, las páginas serias de Tax, son páginas humorísticas, bizarras, caprichosas, pintorescas, tocadas por la sátira y la ironía. El hombre no documenta, no cita testigos o autoridades. Su propio testimonio no es simplemente el yo he visto de la declaración de un testigo. Sólo expresa su convencimiento. Debe de haber tenido otras fuentes de información que él no intenta fijar mientras se van modelando sus criaturas al tacto de la llama interior.

Al lado de estas representaciones, ponía Tax sus comentarios y sentencias y en ellos la gran sabiduría de todas las doctrinas que consiste en vivificar y mover por la bondad y el amor, toda palabra y toda acción. Quería para sus compatriotas, grandes y chicos, burguesía y plebe, la simplicidad, la modestia, el trabajo honrado, el bienestar económico y la alegría espiritual. Se detenía más largamente a conversar de los jefes porque en la época de Tax la acción política se desarrollaba por entero en los grupos de los dirigentes, y decía que era de desearse una amistad leal y constante entre los capitanes del mismo partido, verdad y desinterés en los móviles y acciones y una tendencia sostenida y enérgica a mantener y elevar el nivel moral de todos, fomentando a nuestro alrededor el desarrollo de los caracteres nobles, de las naturalezas armoniosamente vigorosas. No condenaba el deseo de subir a las altas posiciones oficiales, pero quería que se subiera naturalmente, dentro de una actuación irreprochable, sometida a una moral austera y valorizada por una inteligencia poderosa y útil. Condenaba el maquiavelismo sin entrañas que sólo ve en los hombres autómatas, entes determinables y aprovechables, como las máquinas, como los brutos, condenaba el maquiavelismo que erige a la ambición soberbia en virtud esencial y se vale para alcanzar sus fines, de cualquier medio, así sea él la intriga vil, el disimulo traidor, la mentira o el crimen.

En ese ambiente de los hombres políticos la observación y la crítica de Tax al moverse libremente en todas las direcciones herían una infinidad de puntos vulnerables. Al lado de las grandes locuras y los grandes errores pululaban, parodiándolos, las vanidades y las tonterías. Recuerdo con frecuencia las burlas de Tax a las ínfulas aristocráticas y a los esplendores militares, y las recuerdo porque esos pequeños vicios persisten entre nosotros tendiendo a ponernos en ridículo y a desvirtuar el espíritu de nuestra democracia. La nobleza no está en los blasones ni en el guardarropa ni en las maneras y el vocabulario, ni en el prurito insolente de prevalecer deprimiendo al prójimo, sino en una armoniosa conjunción de la inteligencia, la bondad y la cultura que si nos da para el combate poderosas armas, nos mueve también a ser benévolo y sencillos en nuestros actos y palabras con la seguridad de que no hay roce, violencia o bajeza exteriores capaces de lesionar o manchar la limpidez diamantina del alma hermosa, ni virtud ni heroísmo que puedan superarla. Y esta nobleza no puede falsificarse ni ostentarse. En cuanto a la suntuosidad en la representación de nuestro grupo social, dio a entender Tax que los esplendores militares sin la fuerza efectiva son contraproducentes. Somos militarmente débiles. No debemos hacer alarde de lo que no tenemos. Nuestra conveniencia está en tener la paz en casa y propagarla por el mundo con el ejemplo. Debemos hacernos repetir por nuestras virtudes cívicas

y civiles, por nuestra honradez, nuestra laboriosidad y nuestra riqueza (Y tal vez esto no sea ofrecernos militarmente inermes a las naciones rapaces. Bien puede ser que éstas teman que cuando una guerra se hace inevitable, una agrupación laboriosa y digna, aunque no esté militarizada, sea capaz de realizar toda su potencialidad defensiva, auxiliada por el dinero y la industria y por las fuerzas educacionales de la escuela, el club, el taller y el sport, que preparen hombres de un valor combativo superior al que se incubaba en los cuarteles)

Aún las cuestiones ajenas al político y al hombre de mundo despiertan la atención en el espíritu inquieto de Tax, cuando por un acaso abren en él sus interrogaciones. Y ellas también son tratadas por Tax desde inesperados puntos de vista a donde lo llevan las cualidades características de su personalidad. Así por ejemplo, si lo vemos alguna vez filosofando sobre los fundamentos de la religión es porque él se ha acercado por motivos mundanos a la religión mundana, y de ésta voluble y frívola ha pasado sin esfuerzo a la invariable y permanente. El va a la iglesia cuando en la iglesia están de fiesta sus amigas o cuando se anuncia que va a haber en ella buena música, pero una vez en el templo no es raro que su imaginación, conmovida por el arte, se eleve inconscientemente a la religión misma. Tenemos la opinión de Tax sobre Jesús. Me complazco en figurarme que ella nació en el templo, en una de esas fiestas a que lo atraían sus amigas y en uno de esos momentos en que,

interrumpido el espectáculo artístico, llega confusamente al auditorio el rezongar de las capas y casullas que se mueven grotescamente allá en el fondo, junto al altar. Absorto él en la contemplación de un crucifijo, adormecidas la voluntad y la conciencia, han trabajado libremente en su interior la imaginación sobreexcitada por las notas del órgano impregnadas de ensueño, y el espíritu crítico siempre pronto a herir en el centro vital de las cosas, han trabajado reuniendo los recuerdos y las olvidadas impresiones, eligiendo, combinando, modelando, hasta hacer resaltar clara y nítida la figura del dios-hombre que adoran los cristianos. Más tarde, al apagarse los cirios, al removerse la multitud, él ha vuelto ya de su excursión hacia lo desconocido, y sus labios se agitan en las palpitaciones de la palabra interior, movida y embriagada por el placer que infunde en el alma el surgimiento de la idea victoriosa. Y me figuro que Tax encuentra en seguida la ocasión de hablar, tal vez en el atrio mismo, en un remanso que forman sus amigas detenidas por la ola humana que saliendo del templo va a derramarse por las calles. Tal vez en la alegría que provoca la llegada de Tax ha desentonado la voz de alguna beatuela imprudente reprochándole al mundano no haberse comportado en la casa de Dios con todo el respeto allí exigible, y esto ha dado pie a una larga respuesta y a que el encuentro fortuito se prolongue inusitadamente, encantado el auditorio por la incisiva claridad y la gracia pintoresca que prodiga

Tax en su conversación El mundano opina sobre un tema religioso y no se limita a poner con las puntas de sus dedos enguantados su cuarto a espadas, sino que interesa en el juego toda su entidad de pensador El parte de sus experiencias, de lo que ha visto, de lo que ha sentido Estudia en sí mismo y en la visión de las posibilidades del heroísmo Y declara que no puede haber existido el heroísmo de Jesús, que no ha nacido de madre un hombre que reúna las cualidades que a Jesús le atribuyen los católicos Pero afirmar que no ha existido Jesús hombre, de ninguna manera quiere decir que haya existido el dios Jesús Jesús es una persona imaginaria, una criatura de la religión Es un dios, pero un dios del reino de la fantasía Vemos con frecuencia creaciones de esta naturaleza No es sólo la religión quien hace dioses Todos nosotros los hacemos El niño ve una diosa en su madre, el pueblo un dios en su héroe, dilatando para ello en la imaginación las buenas cualidades y olvidando o suprimiendo los defectos En realidad Jesús no fue hombre ni dios Es un símbolo, una idealización, un ente fantástico enriquecido por todas las virtudes humanas, resplandeciente de amor, vestido de abnegación, coronado por el sacrificio . ¿Después de negar la verdad objetiva de Jesús, tiene que abandonar Tax, la compañía de las damas con quienes conversa, en el atrio lleno de sol, del templo mismo? No Tax no ha ofendido a esas damas Tax no es un demoleedor. Ha hablado sin pasión, esponjando la seda de

su corbata, acariciando la flor de su boutonnière Tax no es un jacobino Deja vivir todo el aparato religioso que lo rodea con sus fealdades y esplendores, con su hermosura artística y sus sotanas reverendas. Deja que viva la religión a la sombra de una sombra Nosotros, dice Tax, no pretendemos resistir al deseo de abreviar nuestras almas, como en fuentes purísimas, en los ideales del amor y del sacrificio aunque no podamos ser como Jesús, aunque no podamos unirnos para siempre a su castidad y a su pobreza Nosotros necesitamos trabajar rudamente, disputar en una lucha áspera, el alimento que nos exigen nuestros deseos y necesidades, y por otra parte, sería en nosotros una locura, casi un suicidio renunciar a los placeres de la vida que son para todo hombre normal el premio y el motivo de su virtud Pero nos halaga dulcemente y en cierto sentido nos eleva y nos depura la contemplación de la parte más bella de nosotros mismos, alma del alma y cielo de ilusiones, y, precisamente, porque ella está en todos unida con unión indisoluble al barro oscuro y deleznable, nos place verla, despiendida de toda cosa mala o vil, resplandeciendo serena en la figura adorable de Jesús Como si no bastara esa profesión de fe para obtener la benevolencia de su auditorio, diluye Tax el final de su disertación en tonos francamente humoristas que ocultan la seriedad de sus ideas . Propongo, añade extendiendo la mano persuasiva y haciendo enfática la voz, propongo que la iglesia oficial, por medio de

un concilio, declare que ya no es necesario obligar al pueblo a que adore la imagen ilusoria donde ocultamos verdades esenciales, propongo que la iglesia declare que no adoramos en Jesús la memoria de ningún hombre, ni la existencia actual de un hombre-dios, sino las virtudes excelsas de la naturaleza humana, el amor, la abnegación, el sacrificio. Propongo que ese concilio, para que se realicen de inmediato sus ideales de humanidad, de vida, de progreso, mande descolgar de las cruces el cuerpo sagrado de Jesús y cesar, al fin, por despiadada y antiestética esa perpetua exhibición de un cadáver desnudo. Por supuesto, a esta altura del discurso la invocación de la autoridad de un concilio futuro no alcanza ya a proteger la palabra del orador. El orador oye aquí algún indignado "cállese Ud hereje" y recibe algún abanicazo, y, asediado por un torbellino de protestas y bur-las, llega a verse en la imposibilidad de continuar. Pero él no se espanta por eso, ni se enfada con sus amigas, antes bien sonríe satisfecho por el alegre alboroto que lo rodea y por haber hecho volar, entre los abanicos, la verdad disfrazada de abeja .

En uno de sus últimos cuentos, Tax, sin nombrarse se retrata a sí mismo, cuando dibuja al protagonista. Es Tax ese señor corpulento, de cuello erguido y robusto, de amplio tórax, de color encendido, y la barba de un rubio plateado, recortada en pera militar. Es Tax ese señor que apoyándose en un grueso bastón, pasea por entre las quintas para combatir la obe-

sidad que invade su ya cansada madurez, mientras fuma en pipa Bruyer tabaco Traveller encendido con un fósforo alemán, de madera Es él ese señor que improvisa en francés con un lápiz de linda vaina metálica, sobre el libro en que una señorita criolla lee bellos versos italianos Es él ese señor de gustos cosmopo'itas y sentimiento criollo, que siendo un goloso del arte y el confort extranjeros, ama, no obstante, sobre todo, a su tierra, relaciona todas sus ideas, todos sus entusiasmos con el campo y la gente de su patria Es él ese caballero amable y afectuoso con las damas, ese conversador vibrante de ingenio y de sensibilidad que sólo necesita para chisporrotear, el estímulo de una sonrisa femenina El cuento mismo es poca cosa Como los otros de Tax, la trama es debilísima, un pretexto para pintar y reir, hilvanar humoradas, bordar caprichos y clavar alfileres en la piel del prójimo Tiene más de artículo que de cuento Es sólo el relato de una conversación durante un paseo bajo los árboles, en las afueras de la ciudad, siendo los interlocutores, Tax y dos damas Estas señoras, madre e hija, detienen, al pasar, a Tax su vecino Han visto esa mañana en las glicinas de un alero, la cena aérea, zumbante y volante, de unos mangangáes. Quieren saber donde reposan esos glotonés, llegada la noche, quieren saber algo de su vida doméstica Y se lo preguntan al señor de aire caballeresco que pasa por allí todas las mañanas. Los mangangáes, les dice Tax, anidan en las tacuaras de las paredes viejas. Cerca de

allí hay un rancho de donde los ha visto salir hace poco, y donde ellas podrán estudiarlos a su sabor. El se ofrece a acompañarlas, a ser su cicerone en la aldea de los mangangáes. Andando las entretiene con su risueña sabiduría, libada por él en la ciudad y en los campos, en los placeres y en los libros. A poco, en el crecimiento de una dulce simpatía se confían la razón de su permanencia en las quintas. Esa razón es un amoroso y discreto quejarse de las almas en los caprichos torturadores de la primavera, en la angustia inconsolable de los anuncios del otoño. De las damas, la joven esconde un poco la verdad en sus explicaciones. Se queja vagamente de una pena que la retiene en la soledad. Velan sus palabras el pudor y el no saber bien la causa de su amargura. El se ofrece a confesarla y a diagnosticarle su mal, a lo que ella accede, pero alejando la hora de la confidencia hasta un día cercano en que conversen otra vez. Llegados al término de su paseo les dice Tax que con el paseo deben contentarse los tres y con que haya sido agradable porque el propósito que los movió a hacerlo es de imposible realización. Para tocar o ver los nidos de los mangangáes, escondidos en las paredes, tendrían que deteriorar el rancho. Pero esa imposibilidad no impide que él pueda satisfacer a las curiosas. Conoce a los mangangáes y tal vez se asemeja un poco a ellos. Los mangangáes son unos excéntricos, trabajan solos, cada uno por su lado. No construyen como las abejas, como los enjambres, grandes panales de bellas celdas.

simétricas que todos admiran y los profesores exhiben en sus cátedras. Producen poca miel, unos dedales de miel de un color simpático, el color de los viejos caramelos criollos. En eso se asemejan también a Tax, pero Tax se diferencia de ellos en que pone en su miel esencias exóticas. Porque si él entre todas las flores prefiere las de su tierra, entre todos los gustos prefiere el de no parecerse a nadie, ni siquiera a otro excéntrico. Y el relato termina sin más referencia a la confesión prometida que la fórmula del diagnóstico que fue, sin duda su consecuencia. La pena de su amiga, según Tax, nace de estar ella enamorada de un hombre a quien ella en la exquisita sensibilidad de su alma preciosa considera indigno de poseerla. Recuerdo que esta es la idea predominante en los párrafos del diagnóstico y recuerdo que éste en sus expresiones no tiene nada que se asemeje a la voz grave y magistral de los facultativos. Ese diagnóstico es una flor en los dedos de la galantería. En él asoma un amor que se abre en el crepúsculo, en él perfuma la bondad que cree en los sentimientos delicados, y en los móviles purísimos, en él suspira un adiós a la juventud lejana, en él sonríe un saludo afectuoso a la primavera de los otros. Y en él aparece el Tax de siempre, el Tax de toda su obra, hablando de una manera bella e incoherente por espontáneo movimiento del alma ingeniosa y sentimental, observadora y lírica, melodiosa y fuerte.

EL TIO DE HAMLET



EL TÍO DE HAMLET

*"un ratero del imperio y el
mando que robó la preciosa corona
y se la guardó en el bolsillo "*
(Shakespeare — Traducción de
Moratín)

El tío de Hamlet es el rey de Dinamarca y es un rey excelente bondadoso, ingenioso, caritativo, fuerte, hábil Su cetro es el que dejó su hermano al morir El lo recogió, y llamó a una vida nueva, a una tranquila felicidad, al pueblo dolorido e inquieto en la ruptura de los vínculos que lo unían al viejo rey guerrero. El tío de Hamlet es un rey piadoso, pacífico honra la memoria de su hermano en solemnes funerales y ampara a la viuda de éste y a su huérfano Aquieta a su reino y propone la paz al reino vecino donde un príncipe joven y emprendedor, en la creencia de que el momento es propicio, se prepara a invadir con sus armas a Dinamarca El tío de Hamlet sustituye al viejo rey en todas partes Se casa con la reina viuda y procura atraer al hijo de ella, a su sobrino Hamlet, con el amor y la dulzura que naturalmente rebosan en su corazón

El tío de Hamlet es, con todos, bueno. Lo es, por ejemplo, con Polonio y su prole. Polonio es un funcionario de palacio, muy apegado a la

familia real Se desvela por servirla, pero la sirve con poco éxito, porque él es un hombre de inteligencia débil, llena de ridiculeces y defectos Polonio es entrometido, charlatán, parodista Es vacío, vanidoso, ruidoso El tío de Hamlet oye con paciencia a ese pobre viejo y lo trata con una seriedad afectuosa que excluye toda burla, toda ofensa

Polonio tiene dos hijos. Ofelia y Laertes El tío de Hamlet se interesa por su educación, por su porvenir, les habla amorosamente, está siempre dispuesto a otorgar cuanto le piden

Hamlet, cuyo espíritu ha sido perturbado por la muerte de su padre, mata a Polonio, o, mejor dicho, la fatalidad mata a Polonio con la espada de Hamlet El tío de Hamlet, conmovido, apesadumbrado por esa muerte, no pierde por ello su serenidad bondadosa Atiende solícito a los hijos de la víctima La muerte de Polonio trastorna el alma demasiado sensible de Ofelia. Ofelia enloquece y da a los reyes el espectáculo dulcemente doloroso de un delirio que vuela y canta con la poesía ligera y sentida de las horas de sol y de lágrimas en que viven los niños y los pájaros Las actitudes, las acciones, las palabras de los reyes cuando llega a ellos la locura de Ofelia, respiran amor y simpatía, como respira su perfume exquisito la tristeza de las violetas que nuestras melancolías indolentemente, hurtan al corazón de la tierra

La bondad del rey, serena y fuerte, y la bondad sensitiva y melodiosa de la reina, se ofrecen, siempre unidas, a Ofelia. Ofelia es llevada a acogerse a tanta bondad por la misma ola de locura que, al fin, la ha de llevar a la muerte. El rey pone a Ofelia en manos de Horacio, el rey pide a Horacio que la acompañe y asista. Es Horacio un hombre de carácter, un alma comprensiva, un corazón generoso y fiel hasta el sacrificio. Pero, aunque el rey quiere retenerla, Ofelia no pertenece ya a la casa real, no pertenece ya al mundo de las ficciones y de los cortesanos. Su alma se desprende del pasado, es atraída por la gran amorosa de los primitivos y de los candorosos, por la madre Tierra, en cuyo seno va al fin a descansar. Ofelia es llevada al campo y al río por la dulce presión y el perfume de las auras y las flores. El río la recibirá en su movible espalda y ella se abandonará dulcemente, cantando sus canciones, hasta que sienta que un beso helado le sella la boca para siempre.

Ofelia muere en el río. La reina, desolada, trae al rey la imagen de esta muerte en un relato lleno de sentimiento y de hermosura. El rey y la reina llevan a la desventurada virgen a la última morada. Las palabras de la reina al derramar sobre Ofelia muerta las flores del adiós supremo, viven todavía en nosotros con las más sentidas expresiones del dolor humano.

La reina es una verdadera mujer. Es la mujer que se da por completo al hombre que

ella ha elegido. Sus acciones nacen y se difunden con las acciones de él y unas y otras son ondas de una misma fuente y se ofrecen unidas al hambre y la sed de todos los centros donde vive, se apasiona y sufre el sentimiento. Es la mujer que quiere ser la parte exquisita y velada de una doble personalidad. Es la mujer que actúa en el mundo con su esposo, que hace lo que quiere hacer su esposo y pone en todo ello de sí misma, solamente lo natural e incancelable su temperamento, su dulzura, su amor, su poesía.

De modo que cuando el hijo de Polonio, Laertes, pidiendo justicia contra el matador de su padre, fuerza las puertas y penetra en la sala del trono al frente de una multitud que sigue su espada vengadora, los dos juntos, el rey y la reina, afrontan el peligro. Ella se desprende del abrazo en que los ha unido la súbita y violenta aparición de un enemigo ignorado, y se adelanta sola para detenerlo y alejarlo del rey. Pero este se apresura a manifestar que él no tiene que temer cosa alguna, porque no ha intervenido en la realización del crimen que Laertes quiere vengar. El tranquiliza a Laertes, le ofrece procurarle las pruebas que éste necesita para creer en la inocencia del rey, lo invita a entregar sus diferencias a la decisión de los ancianos, de los hombres buenos, de los árbitros. Laertes, depuesta su furia, se presta a oír razones y a esperar tranquilo el resultado que con ellas se alcance.

El tío de Hamlet, pacífico, sereno, razonable, es, más que nada, un hombre bondadoso. Sobre esto no hay duda. Para esto sólo hay aplausos. Pero en esto hay un mal. La bondad del tío de Hamlet no tiene límites. El tío de Hamlet hace el primer objeto de su bondad a su propia persona, no puede negar cosa alguna a sus propios gustos y sensualidades. La bondad del tío de Hamlet llega con esto a ser injusta e inmoral. Cuando el tío de Hamlet no era rey aún, se le antojó gozar de la mujer de su hermano y se apresuró a complacerse. Se le antojó a su vanidad gozar del poder real y él se apresuró a quitárselo a su hermano, que era el poseedor, para adornarse con sus atributos. Quitárselo a su hermano vivo era bien difícil, menos riesgo había en quitárselo a su hermano muerto. ¿Esperó a que estuviera muerto? No. Esperó a que estuviera abandonado por completo al sueño y, entonces, vertiendo en uno de sus oídos un activísimo veneno, transformó su sueño en muerte.

Después, el sobrino Hamlet, calificando los actos de su tío, llegó a decir que su tío era un ratero del imperio y del mando, que había hurtado la preciosa corona y se la había guardado en el bolsillo.

¿Cómo? ¿Un ratero?

Un ratero deja de ser ratero si comete los crímenes que condecoran al tío de Hamlet. Pero en último término sí, podemos decir que es un ratero, porque lo es el que arrebató el bien ajeno para satisfacer bajas sensualidades y no arrastrado por la fatalidad y no después de haber

entrado en la región del crimen por otros motivos, tal vez subyugado por los instintos bravíos o deslumbrado por los resplandores de un falso ideal

El tío de Hamlet se movía en la vida vulgar, siempre lejos de las sendas empinadas del heroísmo, a veces deslizándose por los caminos subterráneos de la traición y de la alevosía. Era naturalmente bondadoso, por humanidad, por simpatía. Tenía alegre el apetito y la sensualidad sonriente. Su apetito y su sensualidad se desbordaban. Era profundamente sociable. Tenía muchos amigos. Tenía muchos tentáculos y muchos parásitos. Necesitaba de todo un reino para tener donde chupar a gusto, para sí y para los otros. Vanidoso y egocentrista, se resistía a ser limitado por la voluntad ajena, tendía tenazmente a limitar y dirigir las acciones de todos. Como era bondadoso las limitaba y dirigía entre abrazos fraternales, abrazos que ahogaban a los elegidos si los elegidos no querían dejarse favorecer.

El no era como su hermano. El viejo rey Hamlet era hermoso y fuerte, diestro y valiente, enamorado y casto, magnánimo, magnífico. No necesitaba poseer un reino para despertar la admiración de todos. El sí, el hermano del rey Hamlet, el nuevo rey, necesitaba un cetro y un trono y una multitud lujosamente ataviada que dijera de él que era un gran monarca, el mejor y más bondadoso de los monarcas.

El viejo rey había nacido para exaltar las almas en el seno de las virtudes heroicas, el

nuevo rey para cebar instintos en el regazo de la bondad sensual y de los vicios amables

El viejo rey, con alma de caballero y de profeta, hacía ascender a su pueblo por el camino de la hermosura moral. El nuevo rey, que en su política no iba mucho más allá de adonde van en sus asuntos el esbirro y el negociante, detenía al pueblo en las tierras bajas y gordas, al lado de los pantanos

No sé si el viejo rey tuvo los defectos de sus virtudes, pero sí sé que el rey nuevo hizo de sus vicios esas virtudes fáciles y utilitarias que son amadas por los hombres viles

Su fuerza criminal es la única cualidad descollante en el tío de Hamlet. Fuera de esto, todo en él es mezquindad de la inteligencia y corrupción del sentimiento. Sin embargo, un vivísimo deseo de aparecer con una personalidad moral hermosa y fuerte, muestra él en todos sus actos aún en las intimidades de la amistad y de la religión. Los espectadores hemos llegado a ver al tío de Hamlet en la hora de las plegarias, en el retiro de la conciencia, frente a Dios, hablando con Dios, lo hemos visto allí en una luz donde necesariamente se manifiestan la verdad y la sinceridad del hombre, pero no hemos podido ver en este hombre, en el tío de Hamlet, verdad ni sinceridad alguna. El se mantiene falso aún bajo la mirada de Dios. Ese político, ese intrigante que por la astucia y el delito ha sabido ganar y retener un reino, aún cuando pretende elevarse, es siempre víctima de su propio histrionismo, bajo y repugnante. Aún su-

mergido en la mirada de Dios, se quiere mostrar digno de atención, inspirar a la vez admiración y piedad. Y lo hace sin esperanza, casi sin propósito, parodiando, en un acto de devoción que en aquel tiempo se repetía en las costumbres de todos, el grito de la conciencia y el gemido del dolor, con frases de relumbrón que prestan un vigor mentido a sus ideas descoloridas y vanas.

El tío de Hamlet es malo y es bueno como todos nosotros y como el río de la vida de que somos parte. En nuestro río de la vida hay agua clara y rocío del cielo, savia fortificante y vino generoso, pero también hay veneno líquido y agua corrompida. Ideas e ideales, voluntad y amor, que descienden de las cumbres o surgen de los pantanos. A veces, el bien es esclavo del mal, a veces, el mal del bien. El mal se hace hipócrita, se oculta bajo las apariencias del bien, el bien no quiere parecerlo y, mintiendo maldades, niega sus obras. Cada una de estas manifestaciones pocas veces tiene un carácter exclusivo y definitivo. Somos a ratos y naturalmente, buenos o malos. Tenemos nuestras horas buenas y nuestras horas malas, y horas que participan del mal y del bien. Producimos, sucesiva o simultáneamente, sin mezclarlas, acciones buenas y malas. Pero, por instinto, por educación, por convencimiento, sujetamos el ritmo de nuestra vida, el conjunto de nuestras acciones, a un ideal de belleza, tendemos a transformarnos y transformamos lo que nos rodea en imágenes limpias y hermosas. Al lado de esta captación y

exaltación del bien está la limitación del mal Reprimimos el mal de que no podemos librarnos, para que los temores y alarmas de aquella vida múltiple no lleguen a tener la intensidad desesperante del delirio Reprimimos el mal para que no nos ahogue convertido en crimen El crimen trastorna profundamente las ideas y sentimientos íntimos y las relaciones sociales en todos nosotros, actores o espectadores Podemos ver cómo sucede esto cuando el delincuente es conocido. Esto nos lo imaginamos cuando aparece el delito y se ocultan los autores Por el delito que se nos atribuye nos fuerzan los otros a cambiar de vida, por el delito encerrado en el secreto de nuestro corazón, nosotros mismos nos obligamos a aquel cambio Nos alejamos o nos rehacemos Pero siempre nos arrojamos o somos arrojados del cauce de nuestra vida anterior. En principio, el delito forzosamente nos desplaza Y debe ser así No queremos, ni podemos querer, que a nuestra vida se incorpore el delito, que nuestra vida se valga del delito o lo alimente Debemos librarnos de él En el escenario ideal del artista la divina estatua marmórea al sentir que sus fuerzas se relajan, que toda ella se transforma en barro vil, busca su vida en la muerte Se abandona a la muerte para renacer mas tarde purificada y animada por la llama creadora del arte El alma herida y quebrantada por sus propias culpas se esconde para recuperarse y así que siente de nuevo los vigosres de la voluntad, tiende a rehacerse, no sólo por instinto de amor a la salud y a la belleza, sino

también para conservar o readquirir su puesto en la sociedad porque la sociedad rechaza horrorizada y temerosa a los autores de los crímenes elementales, primarios, de los crímenes que dentro de la humana convivencia hacen que sean imposible la seguridad y la confianza, y es necesario que la sociedad vea un hombre nuevo en el viejo criminal, para olvidarse de su crimen

¿Cómo vamos a dejar que el tío de Hamlet, con sus manos ensangrentadas, reparta al pueblo el pan del pueblo, y con su palabra mentirosa y traidora declare al pueblo qué es lo bueno y qué es lo justo? ¿Cómo vamos a permitir que el tío de Hamlet ofrezca sus halagos y caricias al hijo de su víctima y se atreva a aconsejarlo y reprenderlo, y quiera luego desterrarlo por delincuente y más tarde hacerlo matar por incorregible?

El tío de Hamlet, gran político y padre de la patria, es naturalmente una gran bestia, que tiene en el presente su bestialidad y en el pasado crímenes incancelables. Está la gran bestia cubriendo ahora con su sombra todo el pueblo. Y el pueblo se está adormeciendo en su sombra letal. Pero la bondad, la verdad, la virtud, la belleza, no han muerto. Los ideales no han muerto. Están en todos los hombres sanos, en todos los corazones no alcanzados por las seducciones de la tiranía. También están en el puño de una espada y allí esperan su hora.

Nosotros, los espectadores, queremos que llegue esa hora. Queremos que Hamlet hiera obe-

deciendo a su palabra interior, a la voz que en su interior le dice que el mundo moral ha sido horriblemente transformado por el crimen con que fue implantada la tiranía. Nosotros, los espectadores, queremos la victoria de Hamlet sobre el tirano

LA HORA DE ROMEO

Romeo ama hoy en el seno de una dicha inmensa. Le ha sido dado, de pronto, en toda su realidad y en toda su hermosura, el tesoro que largo tiempo buscó en vano: el amor vivo, el buen amor, todo el amor. Ayer enamoró a Julieta, hoy es su esposo. La alegría que lo embriaga es toda ella bondad. Una de esas bondades que nos conmueven hasta el llanto, una bondad que borra en el alma los amargos rencores, los odios homicidas, para que en el alma reine sólo el amor, para que sólo el amor la ponga en contacto con los hombres. Romeo ha salido hoy a la calle a esperar la noche, a esperar la noche nupcial. Es el esposo de Julieta. Entre tanto, esperando, anda, anda por andar, por entretener sus fuerzas en el día esplendoroso que lo acaricia. El aire vivifica, la gente sonríe, la calle refleja a trechos el sol ocultando la sangre de las crueles contiendas. Capuletos y Montescos. Una vieja historia de odios, que se esfuma y aleja. Ahora, para él, unos y otros son una sola familia que el amor le entrega.

—Romeo, eres un vil.

Habla Teobaldo, primo de Julieta, hombre iracundo, de corto entendimiento, sólo diestro en las armas. Buscaba a Romeo para reñir con él. No ha esperado una ocasión. Ha salido a provocarlo y, así que lo ha visto, ha ido a él directamente y lo ha insultado.

—Romeo, eres un vil .

Teobaldo había notado la presencia de Romeo en la fiesta en que éste conoció a Julieta Teobaldo, con su inteligencia de mastín, había considerado un insulto la intromisión de Romeo, hijo de la familia enemiga, en una fiesta que daban ellos, los Capuletos Obligado a contenerse aquella noche, por la intervención pacífica y amable del mismo dueño de casa, ha buscado después, afuera, a su hombre para satisfacer su deseo de venganza

—Romeo, eres un vil

—Teobaldo, — contesta Romeo —, la razón que tengo para amarte excusa la ira de tu saludo No soy un vil Adiós. Veo que no me conoces

Está presente Mercucio, ingenioso y conversador, movilísimo y leal, fantasista y arrojado Está presente Mercucio y viendo que Romeo, su amigo, se retira, avergonzado por esa acción, insiste en batirse con Teobaldo, a quien poco antes ha provocado Chocan sus espadas. Vuélvese Romeo Se interpone Pero ellos no ceden, y Teobaldo hiere mortalmente a Mercucio Muere Mercucio y Romeo, en el pesar de su muerte, de que es en cierto modo la causa, le enrostra el vil de su insulto a Teobaldo y, riñendo, lo mata Vuelto a la razón por haberse consumado su venganza, Romeo huye y se aflige y teme haber matado su propia felicidad. Ha quebrantado la ley que pena con la muerte a los duelistas, una ley viva, reciente, dictada por el príncipe mismo, de improviso, en la calle, ante

el pueblo Ha agravado su delito porque ha herido a Julieta en uno de sus parientes más cercanos, ha cometido la horrible torpeza de ofrecer a Julieta en el día nupcial, como un regalo de la boda, la muerte de Teobaldo Pero en Romeo la adversidad, aunque anuble el espíritu, no lo desfibra ni desgasta Romeo es de la vida y del amor Todo él tiende enérgicamente hacia una realidad hermosa. Los errores y los crímenes de que se mancha la naturaleza no le impedirán llegar hasta la alcoba de su amada Su poema de amor se abrirá en toda su viva hermosura, antes de idealizarse en la muerte Después de su primer encuentro con Julieta, después de las sonrisas y los madrigales en la fiesta de los Capuletos, después del cántico lleno de pasión, de gracia, de ingenio, de poesía, en el diálogo del jardín, llegará el idilio a su maravillosa plenitud florida en los adioses del balcón, donde palpitará toda el alma de una noche que ha llevado en su seno el placer infinito de las caricias insaciables y los supremos besos Romeo ascenderá esa noche, esta noche, a la alcoba de Julieta

LA HORA DE HAMLET

Ofelia, inocente, crédula, dócil, dulcemente amorosa, entretiene sus pensamientos en la imagen de Hamlet, su amor, mientras entrega sus finas manos sensitivas a sus tareas de mujer hacendosa; piensa en Hamlet, a quien ama, en quien admira el esplendor de la inteligencia y la gallardía de la juventud, de una juventud que exhibe, en un cuerpo esbelto y vigoroso, a un estudiante y a un caballero, caballero estudiante capaz de vencer en todo campo donde lidien el ingenio, el valor y la cortesía. El padre y el hermano de ella no quieren que ella lo quiera. La han atemorizado presentándole como una valla insalvable la propia grandeza principesca del amado, y como un peligro la versatilidad irresponsable del hijo del rey. Ella se ha sometido, va a devolverle a Hamlet sus dádivas y a rogarle que no vuelva a ella. Ella está ahora en el retiro silencioso de su estancia, sobre su falda la labor, en la mano la aguja. Y en esos momentos él vuelve una vez más a ella, él la busca en la penumbra del hogar. Pero ¿es ese Hamlet? . Lívido, desencajado, los ojos extraviados por el dolor y el espanto; ella, atemorizada, lo ve acercarse. Tiene él las ropas en desorden, las rodillas trémulas. Son sus pasos inseguros, vacilantes, pasos de hombre mortalmente enfermo, mortalmente herido. Ha sido herido en el centro mismo de su vida. Ha sido

herido por una revelación horrenda, por una luz más destructora que una espada. Esa revelación ha derribado toda su vida interior. No la ha aniquilado, pero toda ella, su aire, su cielo, sus jardines, sus bosques, sus torres, su orgullo, su belleza, su sentimiento han sido, en el derrumbe, profundamente removidos y transformados. Y él vive ahora como vive el palacio en las ruinas y el torrente en el pantano. Y ahora, arrastrándose, arrastrando consigo todo aquel mundo interior, va, — ¿por qué instinto, por qué impulso? —, va a encontrar a Ofelia. El sabe que también la ha perdido, pero, con todo, va a ella, va a Ofelia. ¿Acaso cree que permanece en ella vivo algo de lo suyo? ¿Acaso va por el porqué de los adioses y de las despedidas? Ella lo ve llegar, inmovilizada por el asombro y el temor. El lleva su mano hasta la frente de ella, purísima, como quien busca e interroga. El la mira un instante inmenso como una eternidad, la mira con sus ojos agrandados por el más triste, quieto profundo y cruel de los delirios, él suspira con un suspiro que le arranca el alma y con el alma la fuente misma del gemido y el llanto. Mueve la cabeza en un vago signo de negación y de impotencia, esa lenta vibración que arranca de nosotros al pasar el viento de la muerte. Y luego, en silencio, se aleja, mirándola. Se aleja para siempre, mirándola con sus ojos de condenado, más que vacíos de esperanza, saturados de desesperación. Se aleja para siempre porque ha sido destruido el tesoro de sus almas, porque no volverán a amarse.

No volverán a amarse o se amarán de otra manera. No sabremos nunca bien lo que pasó en sus corazones después de la catástrofe. Pero antes ellos se habían amado simple y hermosamente como se ama en las primaveras. Ella, toda candor, toda inocencia, una jovencita del hogar, destinada a vivir junto al sagrario de las virtudes castas y fuertes, él, acaso también inocente y candoroso, conociendo el mal sólo por la inteligencia, sin haber sido inficionado por él, quizás sin haber tenido que combatirlo, abandonándose a su natural blando y soñador, que lo atrae a la hermosura dulce y sonriente de Ofelia. Se habían amado andando los caminos del alba y de la aurora, sin darse prisa por acercarse al sol. Ella era, por entero, de una virtud purísima, que subía de su corazón a su inteligencia. Ajena a toda maldad, se concentraban en ella la luz, el calor, la sangre generosa del hogar. El había visto más, había vivido en el mundo percibiendo algún aspecto del lado malo de las cosas. El tenía un poderoso entendimiento, aunque afectado por una natural inclinación a la extravagancia y la melancolía. Era fuerte, diestro, esbelto y vigoroso. Tenía a mano el poder y las riquezas de la casa real y en sus adentros un tesoro de sentimientos nobles. Tenía a su padre, estaba orgulloso de su padre, se sentía iluminado por el amor del viejo rey de ojos azules y barba de plata, un héroe, un robusto anciano de altas ideas y enérgicas acciones. Se amaban Hamlet y Ofelia, pero, en breve, la vida y la muerte de los otros enturbiarían sus amores. El primer

dolor de Hamlet fue la muerte de su padre. Lo lloró como un niño. Hamlet era joven, estaba impregnado de amor, frescas aún en él las impresiones del despertar del sentimiento entre los brazos paternos. No había aún separado a su padre de su corazón. No lo había mirado de lejos. No lo había juzgado. Lloró en su separación lo irremediable, la partida sin retorno. La misma ilusión de la juventud que nos induce a creer que nuestra vida no tiene término, agrandaba para él el dolor de la separación como si fuera excepcional e injusto. Sus sentimientos eran vitales: el amor los inspiraba. En el primer dolor de Hamlet todo es noble y elevado, llenan las horas de ese dolor la hermosura de Ofelia, rica de esperanzas, y la imagen del padre hermosamente triste en su serenidad augusta. El mal árido y destructor aparece después y lo anuncia un hecho que es una burla sarcástica de la bondad y del amor. A los pocos días de morir el viejo rey, no más de un mes después, la reina viuda se casa con el hermano del muerto. Hamlet ha perdido a su padre, y ahora su madre se degrada. Hamlet, hasta entonces amable, cortés, benévolo, se siente deprimido y siente que una amargura maligna comienza a fermentar en su interior. Sin darse tiempo para llorar y honrar al muerto, su madre acepta un nuevo esposo. Su madre quiere que termine así la larga historia de amor y de virtud de un matrimonio de héroes, que termine así, como el capricho de cualquier hembra aventurera. Una caída de telón borra de golpe el es-

pectáculo El viento negro de la muerte se lleva en pocas horas todos los recuerdos y todas las promesas Y Hamlet siente que así, rápida, casi instantáneamente, todo se transforma en torno suyo La corriente humana que vivía del héroe busca su calor y su movimiento en el nuevo rey Al rey muerto, después de muerto se le destierra Una vida nueva, baja y sensual, ha sustituido al resplandor del héroe Hamlet proyecta irse, pero su debilidad moral lo retiene Obligado a vivir allí, allí se está, pero no se resigna a una muda quietud. Una parte de su espíritu es vigorosa su inteligencia, y ella aún está intacta, aún no ha recibido el último, el terrible golpe que ha de transformarla Se vale de ella para defenderse de la alegría advenediza que quiere robarle el pasado Sus palabras se elevan de su dolor y de su depresión para mantener a raya las ideas cortesanas que el nuevo rey inspira Todavía Hamlet, a pesar de sus reticencias e ironías, aparece como un hombre sensato e infortunado, que no ha sabido aún librarse de una justa tristeza Pero una noche tiene la revelación que salpica de sangre, que impregna de sangre su dolor La revelación cuya huella horrenda vio Ofelia en aquel último momento de su idilio, la revelación que lo llevaría a él, Hamlet a la locura y a la muerte Su padre ha sido asesinado Y el asesino es su propio hermano Y su esposa, la madre de Hamlet, la cómplice Así fue venciendo a Hamlet el infortunio a grandes y repetidos golpes, más rudos cada vez. Primero la muerte del padre, después la muerte

moral de la madre al revelarse en los nuevos esponsales indigna del héroe, y por último, el crimen traído a sus ojos por la misma víctima, por el alma del héroe. El alma del héroe atormentada por un fuego invisible revela al hijo cómo, cuándo y por quiénes, el héroe ha sido asesinado. Alcanzado en las fuentes de su vida moral, Hamlet no andará con Ofelia su nuevo camino. Su muda y dolorosa despedida es el último adiós a todos sus amores.

De la caída surge otro Hamlet: un espíritu todavía fértil, pero que produce ahora monstruos y quimeras, habiendo quedado su tesoro de fantasías y recuerdos, desprovisto de lo amable y de lo hermoso, que son reemplazados por el crecimiento y la reproducción de lo enfermizo, lo burlesco y lo deforme, una inteligencia todavía clara y limpia, pero armada de un nuevo acero agresivo, que se complace en romper en torno suyo las imágenes que alegran y abrigan la vida, y se esfuerza en llegar al más allá, donde están la corrupción y la noche, que esa misma vida limitan. Aparece en la escena del mundo ese Hamlet extravagante, mordaz, maligno, destructor. Él dice que, lúcido y consciente, se finge loco para disimular las acciones que él friamente conduce al logro de su venganza, pero en verdad a veces no nos parece un cuerdo que se finge loco, sino un loco que se disfraza de loco sin saber que lo es o un extravagante que, sin haber perdido por completo el poder de dirigirse, se aprovecha de los incidentes de una farsa en que lo ha puesto la fatalidad, para de-

jar salir y obrar libremente las imágenes y voliciones del mundo de horrores y crueldades que se ha apoderado de su alma la tierra corrompida, el aire envenenado y pestilente, las mujeres falsas y frágiles seduciendo a los hombres para engendrar pecadores, los hombres todos dignos de la horca, pues el mejor de ellos tan lleno está de ideas criminales que no alcanzaría el tiempo de su vida para realizarlas. Eso es el mundo de los hombres, el mundo que con sus bajezas, infamias, cobardías, ridiculeces, parodias y criminales empresas, anda, suena y fosforece en torno nuestro mientras se va disgregando en la tierra de los muertos, mientras se va extinguiendo poco a poco en soledad y en silencio. Eso es el mundo, el monstruo informe que abandona los áridos huesos a la diversión y el escarnio del sepulturero, razonador insolente, personificación del nuevo pueblo que va a apoderarse de la verdad y del cetro, y abandona la carne deleznable a la voracidad del gusano, del gusano que es el rey, el verdadero y único rey de todas las naciones y de todos los siglos. Y todavía, alma de tanto horror, sale de todo esto y llega a Hamlet una sombra sin nombre que más que todo esto lo persigue y empequeñece y acobarda, una idea sin contornos que quiere representar aquello que a todos, extinguida la vida, nos espera, una idea que nos induce a pensar que si la muerte es sólo un sueño, porque eso es todo lo que nuestra inteligencia concibe de ella, puede ser ese un sueño en que soñemos cosas más horribles que las soportadas

en la vida, porque es posible que la naturaleza, ciega y despiadada, nos haya destinado a una supervivencia que sea una interminable tortura. Y aún más. Envenenando su dolor, acosan a Hamlet, con estas ideas, otras más tétricas, más deprimentes, ramas del mismo tronco pero de una amargura más intensa. Son las ideas que reflejan sus propias íntimas miserias y su gran obsesión: la necesidad de su venganza. Él ve continuamente sin poderla apartar de sí, la imagen del asesino, él la muerde y la salpica de injurias, pero él no se decide a agredir con la voz y las armas al asesino mismo. Y viéndose así, incapaz de dejar los fantasmas vanos por la realidad, se ve inferior al insensato que malbarata su vida, que la sacrifica a la sombra de un honor fantástico, y semejante a la mujerzuela que desahoga en viles palabras sus rencores.

Al lado del hombre enloquecido por el dolor, y del loco fingido, podemos destacar un tercer Hamlet, en el que habita la luz de la razón fría y del pensamiento sereno. Más arriba de las acciones desordenadas, de los movimientos impulsivos, de las ideas extravagantes, de las palabras agresivas, podemos ver una luz que ilumina esa corriente de locura y se esfuerza en dirigirla a un fin determinado. Siente Hamlet que el crimen que ha venido a herirlo a él ha trastornado también las leyes de la naturaleza, ha sacado la moral de sus quicios, y siente, angustiado, que es él, débil e irresoluto, el llamado a restaurar la bondad del mundo, vejada y opri-

mida por el crimen Y él va, penosamente, arrastrándose, acicateado por los sobresaltos de su misma sensibilidad, avanzando en accesos de ira frenética, soliviantado por espantosas alucinaciones, él va a derribar de su alto asiento al ser monstruoso, asesino de su padre y ladrón de su corona.

EN LA ZONA DE LA VIDA

En la zona de la vida artística se concentra, sin traicionarse ni desfigurarse, la zona de la vida real, zona de claridad y movimiento que, bordeada y limitada por sombras y quimeras, es la parte que a los hombres nos ha sido dada en la tierra para formar y nutrir nuestra inteligencia y nuestros sentimientos. Hamlet y Romeo son de la vida y, porque quieren serlo, no se dejan aprisionar por ese mundo normalizado por una razón claustral y un gusto cortesano, mundo que dentro de la vida se defiende de ella, mundo en que se mueven las almas mezquinas y las almas cercenadas, los necios, los fatuos, los farsantes. Hamlet y Romeo no son abstracciones de un maestro razonador, ni construcciones verbales de un discípulo tragafórmulas. Hamlet no es sólo el dandy refinado e insolente o el filósofo acartonado y bilioso que algunos pintan, ni Romeo es solamente, como quieren otros, el tenorio afortunado, o el enamorado frenético sin más alma que la de su pasión. Son dos naturalezas riquísimas, afinadas por la educación, robustecidas por intensa cultura. Los dos son de carne y hueso, con los sentimientos, impulsos y pasiones de nuestra divina animalidad. Los dos son príncipes porque realmente cada uno, en el grupo humano que lo contiene, es el primero. Son bondadosos y sociables. Son amigos de la belleza y de la

justicia Hamlet mata porque cree que es su deber frente al crimen o porque lo obliga alguna sangrienta intriga que él, para salvarse, debe romper. Romeo lamenta la muerte de los que, atacándolo injustamente lo han puesto en el duro trance de quitarles la vida. Los dos necesitan de fórmulas y artificios para ser grandes. Sus ideales son muy superiores a los de aquellos que no ven más allá de las exterioridades y toman el traje y el adorno, la tradición y la moda, por el hombre mismo, en vez de buscar la verdad y la belleza desnudando el cuerpo y el alma, como lo hacen el escultor y el filósofo.

No sería razonable pretender apoderarse de la verdad que hay en un hombre, por la disección y el esquema de lo que de él percibimos. Para juzgar o conocer a un hombre debemos tomar todos sus actos, aunque nos parezca que no pueden estar asociados, que son contradictorios, que sólo algunos valen y que otros lo traicionan. El Hamlet que inquieta al rey con sus lúgubres extravagancias y sus envenenadas burlas, el Hamlet que en la soledad pierde el pie y el sentido y deja de ver el natural aspecto de las cosas y es transportado a un mundo nebuloso donde lo martirizan ideas oscuras y sentimientos imprecisos y dolorosos, es el mismo Hamlet de los diálogos con Horacio, su amigo y confidente, el Hamlet sereno y melancólico que razona y proyecta con claridad y firmeza las acciones que han de justificarlo a él y han de castigar al culpable. El Hamlet insensato y cruel, débil y violento, que mata al través de

una cortina a un escondido crevendo que es el rey y ríe sobre el cadáver al no encontrar en él al rey sino a un entrometido, pobre viejo ridículo y fastidioso, es el mismo Hamlet que, en esa misma escena, provocado por su madre, por su madre, criminal contra su propio esposo, no llega a su cuerpo ni con la sombra de una amenaza y confía toda su justa indignación a sus palabras, terribles, desgarradoras, pero animadas sólo por la verdad

Romeo, aun antes de conocer a Julieta, es un enfermo de amor. Como enfermo de amor, es amigo de la luna y ama la noche y ama la soledad. Se pierde en los campos, se esconde en las arboledas, con el pudor de un adolescente, con el refinamiento de un sibarita. A solas con su dulce tormento de amor, acaricia sus ilusiones. El alba lo vuelve al hogar. Llega a prisa esquivando las miradas, como un ladrón fugitivo. Llega a su cuarto y cierra puertas y ventanas. Su enemigo es el sol, que llena la calle de curiosos y de habladores. Pero si en su vagar nocturno sus camaradas le salen al camino, no se muestra displicente o huraño. Abre alegremente sus manos y sus palabras a la juventud que se le acerca. En una de esas horas, como consecuencia de uno de esos encuentros, que eran animados por floridos decires, locas burlas y agudos epigramas, fue llevado Romeo por el discreto Benvoglio y el ingeniosísimo Mercucio, a un baile adonde no habían sido invitados. Era en la casa de Capuleto, el enemigo de la familia de Romeo. A allá fueron, bajo la

luz de las antorchas que ellos mismos elevaban sobre sus cabezas. Y en aquel baile Romeo conoció a Julieta. Fue llevado a conocerla, en las horas nocturnas, por la alegría juvenil.

Romeo afronta como un varón fuerte y animoso a la muerte que nos acecha en las espadas y al amor traicionero que vive entre rosas al borde de las simas. Romeo no vacila un momento frente a la felicidad, que lo atrae a Julieta, ni frente al acero con que Teobaldo lo amenaza, pero Romeo, perseguido por la justicia, oculto en la celda de Fray Lorenzo, acoge con lágrimas la noticia de su destierro. Es derribado por el dolor cuando le dicen que le han perdonado la vida pero que, por un tiempo, no podrá ver a Julieta.

El amor mismo de Romeo encierra elementos entre sí enemigos o que han sido enemistados por la necesidad de los hombres, porque el amor de Romeo, siendo el más grande de todos los amores, los comprende a todos y los eleva y depura. Al nacer nuestra primavera, al abrirse ante nosotros el país impreciso y friolento del alba, vestido de claros verdores luminosos, manchado de argentería, salpicado de diamantes, las ilusiones nos atraen a sus floridos senderos, nos llaman a sus deliciosos retiros, donde nos esperan las fiestas amorosas del espíritu. Sube el sol y nos llama a los jardines y trianones de los placeres frívolos, a los claustros y alamedas donde se evapora en ensueños la sensualidad solitaria de los místicos, y a la granja del trigo y el vino, del fuego y de los pájaros, donde

anida el hogar, donde el amor generoso de los fuertes multiplica en torno suyo una vida gozosa. El amor de Romeo reúne todo esto en torno del mismo centro, lo encierra en un solo recinto que un solo idilio cubre de flores. El amor de Romeo trae incorporadas a su naturaleza todas las delicias que sueña el corazón. En ese amor se esconde el sentimiento de una dicha interminable que lo eleva sobre todas las cosas del mundo, pero que en el seno mismo de la contemplación, de la adoración, tiende a la realidad, tiende a subir al altar venusino donde ha de sumergirse en el placer. Pero, llegado a aquí, tampoco se abandona por entero, conserva aquí también los lazos que lo atan al mundo donde ha nacido, y se mantiene en su dicha aunque lo halaguen otros cariños y lo sobresalten odios y acechanzas.

Un dolor sin consuelo cubre como una nube el aniquilamiento de Romeo en la hora efímera de una felicidad inmensa. Se mata Romeo porque él no puede vivir habiendo muerto Julieta. Se mata junto a la tumba de Julieta. Nada espera Romeo de su propia muerte. Nada en la tierra. Lleva a su alma a desaparecer en la muerte de Julieta. Es la prueba suprema de su amor, su último y purpurado triunfo. Es el final necesario de un poema intensísimo. No hay en la tierra luz y calor que alcancen a continuarlo. Sus héroes desaparecen en toda su hermosura, acaso en una aurora, acaso en las tinieblas, pero deben desaparecer para que permanezca intacto y armonioso el poema de amor. Del amor ver-

dadero, con su alma y sus sentidos, sus ilusiones y sus realidades. El amor en su plenitud, con sus renunciamentos y sus victorias, sus goces inefables y sus sacrificios generosos. El amor vital que en nuestro mundo interior hace surgir todas las fuentes, brotar todas las ramas y desatarse en nube embriagadora los besos, los cánticos, los perfumes. Amor entre las ondas de la danza, entre el crujir de las sedas, el reir de los vinos y el mariposear del ingenio y de los deseos, amor en el jardín, en el aliento de las flores y el dulce llanto de plata de la luna, amor en el balcón, en el seno del alba, en la vaga melancolía de las estrellas que mueren y la dicha íntima de la naturaleza que se siente renacer al tacto de la luz blanca y fría que anuncia al sol, amor en el sepulcro, amor sobreexcitado por la muerte, amor que apuñalea el alma con heridas resplandecientes, amor que se difunde en el dolor como en el seno de una eternidad.

Para Hamlet el amor no es nada y, si es algo, es lo peor de todo. Para Hamlet, lo que se llama amor es el espíritu de una comedia desagradable, tejida por los engaños de las mujeres y la tontería de los hombres. Todas las cualidades de la mujer aparecen y se intensifican con un solo fin: obtener un marido. La belleza atrae al goce carnal, y la virtud, haciendo de tercera, disfraza con sus galas la concupiscencia de la carne. Las mujeres pervierten su propia hermosura con afeites y rebuscamientos, con su andar y moverse lleno de afectaciones. Y cuando alguno, engañado o loco, las lleva al altar,

van con ellas sus liviandades. El, Hamlet, ha visto a una mujer prodigiosamente favorecida por la naturaleza y la fortuna, renunciar a la nobleza y a la dignidad que le prestaba un esposo enamorado y magnánimo, para gozar al lado de un hombre vil con alma de ratero, los pequeños placeres de las cortesanas. En su liviandad y fragilidad, hacen las mujeres sus grandes juramentos de amor, que serían ridículos si no produjeran el gran mal de enloquecer a los hombres. La fragilidad de las mujeres y la vanidad del amor, fueron para Hamlet los primeros hallazgos en el camino de desengaños que lo llevó a sondear y valorar todas las cosas del mundo y a encontrar al cabo de ellas la fealdad física y moral, el cieno nauseabundo y la nube asfixiante. Pero Ofelia está allí en el nuevo mundo de Hamlet. Y Hamlet, ¿la comprende? Y si la comprende, ¿puede dejar de amarla? El habla ante ella libremente, con toda la áspera amargura de su espíritu. Ella lo oye, asombrada por su conducta insólita, lo oye en una aparente calma pero rechazando firme y dulcemente las palabras que llegan a herir su candor o su decoro. Lo mira sin pretender interrogarlo, lo mira como desde lejos, ocultando su piedad. Lo cree loco. Pero, a solas, ella se lamenta, llora sobre él y sobre sí misma, llora su amor con palabras llenas de sentimiento, de gracia y de poesía, hablándose de él como de uno que ha muerto después de haber sido, cuando vivía, su felicidad y su esperanza. Ofelia, alma simple y candorosa, espera de los hom-

bres la verdad Suspensa de lo que dicen, ella, con sus breves y raras interrupciones que buscan la verdad, provoca largos silencios en la conversación, como borra en los ojos las imágenes una luz repentina ¿Qué sentirá por ella Hamlet? Las reacciones de la naturaleza, cuando es herida en el sentimiento, son variadísimas y a veces extrañas e inesperadas Uno debe pensar que serán enigmáticas en el que dio motivos para ser llamado el gran loco trágico

Poco después de la escena de la eterna despedida y en el andar de las sombras que surgieron de aquellas cenizas, estando sola Ofelia, Hamlet se acerca a ella y, al saludarla, le ruega, como quien se abandona a la piedad de un alma hermosa, le ruega que se acuerde de él en sus oraciones Ella, que lo busca para devolverle sus regalos de novio, se apresura a pedirle que los reciba y recordándole con esto que ahora son dos extraños, lo vuelve a la realidad Volverlo a la realidad es entregarlo de nuevo a sus torturas morales El se retrae, recupera su actitud de combate, se eriza contra Ofelia porque ella representa al enemigo, al mundo de maldades a quien odia, pero al mismo tiempo que le hace oír sus frases injuriosas, no quiere que esas frases la torturen. Confiesa que ella es virtuosa, pero le advierte que su misma beldad y su misma virtud la perderán. Confiesa que ella es casta, pero le augura que no será casta en el pensamiento de los otros, que no le valdrá su castidad para librarla de la calumnia Del mismo modo que la aparta de sus injurias, quiere apar-

tarla de sí mismo y de todos los otros ¿Para qué quiere ella el amor de los hombres, si los hombres son todos infames? Le dice que se encierre en un convento. Vete a un convento Repite estas palabras, que hace sonar como el estribillo de una canción del desengaño Vete a un convento. ¿Es el grito de la compasión? ¿Es la voz de la prudencia temerosa en la hora del naufragio? ¿Es el frío resumen de una filosofía pesimista?

La ve otra vez en la fiesta teatral que él mismo ha preparado para provocar en el rey un acto o dicho en que confiese su culpa ante el brusco resurgir de su crimen en la ficción de una comedia Frente al escenario, entre la concurrencia, Hamlet se deja caer junto a Ofelia, se recuesta a su lado, reclina su cabeza en las rodillas de ella, como un muchacho, como un cachorro de león Desde allí acecha en el rey bandido el gesto involuntario que denuncie su crimen Esta expectativa lo excita, lo estimula, desata su verba satírica, su triste alegría, su frenesí de loco Ahora, para Hamlet, Ofelia no es Ofelia, es, en la corte congregada, una dama de la corte, Hamlet comenta para ella el espectáculo, en breves frases cortantes que, sin perdonar a los actores y al rey, hieren principalmente la mentira y la liviandad femeniles Lo exaspera la lentitud del drama, la expectativa lo acongoja, y todo ello, en vez de turbar su ingenio y sus palabras, los aguza y afina El rey no puede soportar la animada pintura de su crimen Deja la sala, interrumpiendo el espec-

táculo, y va tras él la ola de la concurrencia, llevándose a Ofelia. No queda nada de Ofelia en Hamlet, que ha alcanzado su objeto, que ha visto lo que quería ver, y que en la sala vacía, en un minuto atónito, entre la duda que termina y la certidumbre que comienza, se va aquietando, va dando salida a los estremecimientos de su alma en un decir caprichoso, donde se mezclan la magra y angulosa alegría del clown y el sereno fluir del verso académico.

Y la última vez que Hamlet encuentra a Ofelia, Ofelia ha muerto. Llevada por Hamlet a la locura, la locura la ha llevado al sepulcro. Haber Hamlet matado al padre de Ofelia, fue para Ofelia el hecho cuyo conocimiento la arrebató a la razón y a la vida. Cada uno de estos dos desventurados halló su mayor dolor en la muerte de su padre. Y esta vez el encuentro de Hamlet y Ofelia no se puede describir ni se atreve uno a imaginar qué pasaba en el alma de Hamlet en aquellos momentos. Es un horror, es un frenesí. Acaban de descender a Ofelia a la fosa. Han caído sobre el ataúd algunas paladas de tierra. Laertes se precipita sobre el cadáver llorando, lamentándose, pidiendo en altas voces enfáticas que lo entierren con su hermana. Hamlet (¿el loco? ¿el artista? ¿el enamorado? ¿el dandy?), Hamlet, que asiste oculto al entierro, al oír a Laertes, se arroja sobre él gritando que nadie hará por Ofelia locuras más grandes que las que él, Hamlet, se ofrece a hacer. Dentro de la fosa, Hamlet y Laertes se injurian y golpean.

CERRAD LAS PUERTAS !

La corte está reunida presenciando un asalto a espada entre Hamlet y Laertes. Las damas de pie sobre el estrado asisten a los reyes que animan a los esgrimistas desde una mesa donde en jarros y copas espera el vino de los brindis que han de festejar al vencedor.

De pronto suena un grito

—¡Ved qué tiene la reina!

La reina vacila. Turbada por hondo malestar se deja ir sobre la mesa.

—Se ha desvanecido al ver la sangre, — le dice el rey a Hamlet.

—No, — gime la reina, mirando también a su hijo —, no es eso. Oh mi querido. Estoy envenenada. En la copa está el veneno.

—¡Traición! —grita Hamlet— ¡Cerrad las puertas! Buscad por todas partes.

Pero Laertes que también se siente caer y se siente morir hace un esfuerzo para decirle a Hamlet que el asesino de la reina está allí y es el rey, que él, Laertes, es el cómplice, y que ahora va a morir, víctima de su propia traición, porque él ha envenenado la espada con que se han herido él y Hamlet, hace un momento.

El tirano quiere huir. Corre a la puerta, pero ésta, recién cerrada, lo detiene un instante. Hamlet que empuña el arma traidora, lo alcanza y le da de estocadas hasta que el tirano cae. Vuélvese Hamlet, arrebatada a la mesa la copa del

veneno y otra vez junto al rey, se arrodilla, se afirma, lo sujeta por la cabellera, lo inmoviliza y vierte el vino ponzoñoso en la boca enorme, abierta por la angustia y el grito. Obliga al tirano a beber su propio veneno. Lo envenena después de estoquearlo como si quisiera darle dos veces la muerte .

Retorna Hamlet, v, al tocar el borde, déjase caer sobre el ancho estrado donde doloridas y amedrentadas las damas, haciendo lecho de sus brazos, sostienen el cuerpo de la reina que en vano han pretendido reanimar. Allí lo atiende Horacio Allí Horacio acoge a su príncipe y amigo en la serenidad generosa y profunda de su alma

Hamlet va a morir como murieron su madre y Laertes y el tirano, va a morir en el mismo camino abierto a todos los horrores de la maldad por el crimen inicial, el fratricidio

Preparada por el tirano y Laertes, esta escena, la última del drama, encontró inesperado desenlace en un avance del río de la vida y en un violento impulso de la voluntad excitada hasta el delirio

A solas con Laertes el tirano le había propuesto invitar a Hamlet a un asalto cortés a espada con el fin de herirlo en él a traición Para ello en el momento de combatir se le daría a Laertes un arma que lejos de estar, como debía de estarlo embotada, fuera capaz de penetrar fácilmente en la carne del contrario Después de herido Hamlet, se le atribuiría el hecho a un accidente inculpable, a un descuido cualquiera.

Aceptó Laertes la propuesta, agregando que él por su parte hará envenenar esa espada traidora con un veneno sutil y activísimo de esos que matan en cuanto entran en el hombre, bastándole para entrar la más pequeña picadura. No escapará Hamlet.

Para que de ninguna manera pueda escapar, el tirano introdujo en el proyecto un designio más Guardaba entre sus venenos, uno escondido en una perla soluble. El la iba a dejar caer en la copa de Hamlet cuando éste en las fatigas del asalto pidiera de beber.

Todo se fue cumpliendo como había sido ideado pero en los últimos momentos fuerzas no calculadas entraron en la escena y no cayó solo, Hamlet, aunque era la única víctima elegida.

Hamlet no quiere beber cuando el rey le alcanza la copa. La toma la reina. Bebe por el triunfo de su hijo.

Laertes no hiere a Hamlet en los primeros encuentros. Hamlet lleva la mejor parte en el asalto o porque es más hábil o porque a Laertes lo debilita y acobarda su criminal propósito. Laertes no puede tocar a su adversario y esto agravado por las voces que se lo hacen notar, echándole en cara su flojedad, lo agujonea, lo excita, lo enloquece. Hamlet contagiado por esa ira acelera también sus movimientos, hasta que en un encuentro violentísimo saltan al suelo las armas. Las truecan al recogerlas y Hamlet, ya herido, hiere a su vez a Laertes, con el arma traidora. Y en esos instantes detiene a ambos.

la voz que llama a todos a ver la angustia en que se desvanece la reyna

Desde el estrado de la realeza, cerca del cadáver de su madre y en los brazos de su amigo, abarca Hamlet con una mirada todo el drama de su vida que se concentra, para ser aniquilado, en la hora del desenlace

Ve los crímenes de los otros, los crímenes nacidos de la voluntad de los otros, siempre despierta, atenta siempre a satisfacer en su mayor egoísmo las sensualidades y pasiones de nuestra naturaleza, y ve su propia culpa, la culpa de la fluctuante y débil voluntad que no ha sabido impedir, hiriendo en la hora oportuna, que el crimen retoñando se multiplique. Pero también están con él, que es a un tiempo víctima y victimario, están con él, allí, para iluminarlo, el amor filial y las ideas de justicia que ni triunfos ni adversidades han podido desarraigar de su alma .

LO DEMAS ES SILENCIO

En la hora de la muerte, Hamlet afirma la seriedad con que representó, burlándose, su papel en la vida. Y son para la vida que pierde sus últimos pensamientos. Horacio quiere seguirlo, matándose. El lo disuade. Le ruega que viva para justificarlo a él, Hamlet, para explicar sus acciones, para mostrar cómo una justa venganza, o más bien la obligación de imponer un castigo, fue el motivo de sus, a veces atroces, extravagancias. Y oyendo el rumor de músicas militares que desde lejos anuncian a Fortinbrás, príncipe de Noruega, evoca Hamlet la juventud y el valor de este príncipe, y, uniendo su imagen a la imagen de la patria que va a quedar sin jefe, le dice a Horacio que Fortinbrás debe ser el rey de Dinamarca, que el príncipe moribundo se pronuncia, el primero, en su favor. ¿Y para qué y por qué todo esto que dice Hamlet en la hora de la muerte? ¿Es que él ve con claridad, ahora, que las acciones de los hombres tienen campo y sanción en una vida futura? Podemos creer lo contrario, podemos creer que en la hora de la muerte fue cuando más oscuro se presentó a Hamlet el porvenir de ultratumba. Porque al terminar sus recomendaciones a Horacio en pro de la vida y del honor, al cerrar los ojos a la luz, sólo dice estas palabras: "Lo demás es silencio". Pero, si lo que no es la vida es el silencio, ¿por qué se preocupaba de lo que de él iba a perma-

necer en la memoria de los hombres y aún de la felicidad que a éstos debía procurarles la elección de un buen rey? ¿Por qué? Por el instinto, por la fuerza interior, integrante de la vida, que nos lleva incesantemente a contribuir al mantenimiento y perfección de todo lo que en nosotros y en torno nuestro es elevado y hermoso. El hecho es que el mundo moral y su progreso existen y se fundan en un ideal de belleza en los cuerpos y en las almas y en sus actos y relaciones, ideal que perseguimos siempre, muchas veces sin saber porqué, y a veces a pesar nuestro. Lo demás es sombra misteriosa.

Lo demás es silencio. Esta frase que encierra el final de un diálogo y de una escena, encierra también el final de una vida. Hamlet, después de sus palabras a Horacio, se abandona a sí mismo, se abandona a la muerte y, en el umbral del gran misterio, antes de expirar, dice "Lo demás es silencio". Acaso en el más allá respondan a Hamlet la claridad, el movimiento, la alegría, acaso neblas y frío, acaso un doloroso ir sin llegar, en desesperados torbellinos. Pero Hamlet no ve nada de esto, nada de lo que nosotros tememos o esperamos, nada de lo que a nosotros nos parece posible. En los últimos estremecimientos de su vida terrena sólo ve, sólo siente, una quietud profunda, un aire de sepulcro, la silenciosa ausencia de toda luz y toda vida.

Lo demás es silencio .

HURAÑAS

HURAÑAS

LIBRO PRIMERO

I

“Neura ha pasado a mejor vida No le busque usted porque no está en casa ni fuera de ella, para nadie. Que la tierra de que él se ha librado le sea a Ud leve” Me despedía yo, con esta esquela, de tres o cuatro compañeros que solía encontrar a la vuelta de alguna esquina Uno de ellos llegó a creer que anunciaba mi suicidio y que para ser veraz iba a matarme de veras Pero yo, sin hacer nada por morir, sólo buscaba de la muerte, la soledad absoluta

La soledad absoluta me duró quince días y no fue absoluta

Comprendí en esos quince días, que yo necesitaba hablar de cuando en cuando con otro, que yo necesitaba ese poco de conversación que solía encontrar a la vuelta de alguna esquina, porque ese poco de conversación fortificaba mi espíritu e higienizaba sus alrededores Quebranté en esos quince días más de una vez el ayuno verbal, experimentando, por ejemplo, que media hora de conversación podía valer a mi espíritu medio día de sol, lejos del aire negro de la locura, y que, por ejemplo, se iban con las palabras, cuando acertaba a conversar, mil molestias corporales que yo sentía durante mis silencios, y no sólo en la lengua y en las quijadas, como cualquiera se apresuraría a suponer, sino en toda mi animalidad, desde el espinazo hasta la punta de los dedos.

Sí, hermanos, en todos los casos, aun en los baladíes como éste, debemos evitar lo absoluto. Es decir las ideas sobre lo absoluto y el deseo de alcanzarlo

Por lo demás, me creeré, siempre, autorizado a decir que amo la soledad y vivo en ella aunque converse alguna vez con algún amigo a la vuelta de alguna esquina

II

No, no es eso lo que me fastidia. No son tus vicios. Los vicios que me confiesas son poca cosa. Algunos copetines que no llegan a salpicar todos los días de la semana, algunas noches de Casino y de Royal que no te impiden irte a dormir a tu casa así que ha caído el telón. Lo que me fastidia es que tú no confieses que son vicios esos que me confiesas. Lo que me fastidia son tus comentarios mentirosos. Me dices que bebes sin placer, obligado por las flaquezas de tu estómago y que las hembras de music hall te dan asco cuando no se presentan, muy decentitas, a cantar romanzas sentimentales.

Mira. si me dice un perro que se detiene a olfatear en las esquinas porque le duelen las muelas, me enfurezco y le grito que lo que hay es que tiene aficiones de perro. Pero si declara honradamente que hace eso porque es un perro, yo le observo, sin alterar el apacible tono de la

conversación, que la vida se empobrece y se ensucia en aquellos que dedican demasiado tiempo a olfatear el recuerdo de las perras

III

Lo que es quererte, no te quiero bien si no en tus dedos, no conozco de tu hermosura otra cosa que tus dedos ni de tu alma más de lo que me conversan tus dedos

Eres una mujer de esta primavera, casi una niña, pero tu naciente juventud sólo se revela en tus dedos. Vives disfrazada, enmascarada, llena de afectaciones más impresionantes que los afeites de las cortesanas. No es que te pintes demasiado. No está sobre la piel tu máscara, no en la sombra de tus ojos, no en el carmín de tu boca. Está en la expresión, en el aire y en la voz y en las miradas.

¿Te crees obligada a representar en una comedia artificiosa y banal o es que no hay en ti, nada tuyo? Tus frases, tus miradas, tus juegos, tus risas, hasta tus rubores y tus ingenuidades, no nacen de ti, no te pertenecen: son de todos y para todos. Son cosas que te han traído, tal vez con la idea de que han de ayudarte a atrapar novio, cosas que has encontrado en la almohada y en el tocador, luz artificial, polvo de oro, flores de papel, ensueños de opereta. Pero no has disfrazado tus manos, tus manos de colegiala, las que ayer se aburrían sobre las planas

o seguían penosamente con el índice las líneas de la lección. Las manos del hogar que extendían las sábanas y tiraban de la aguja. Las manos cautivas que aprendían las cosas útiles y humildes. Las manos inocentes que ignoraban su gracia y su hermosura, al vestir la muñeca, al lanzar el aro, al volar locamente en el aire de los juegos. Las manos bondadosas que al anochecer, en la casa paterna se complacían en un largo reposo sobre el corazón de los bien amados. Por eso no te quiero bien si no en tus dedos, largos y finos y un poco desgarrados, pero juveniles, casi infantiles, y buenos como tú misma en lo hondo de tu corazón.

IV

Viendo su tía que él era un niño huracán que defendía con dientes y uñas su aislamiento, acabó por decirle "Has de ceder al fin. He de dejarte al fin dócil y suave como un guante".

Y así fue de alguna manera. Profetizó bien hasta cierto punto. No fue ella sola. Cooperaron otras tías y algunos frailes. Pero así fue. Lo dejaron como un guante.

Sin embargo fue un daño en pura pérdida; no se salió con la suya la mala acción de la tía en cuanto no alcanzó la utilidad que esperaba. Se engañó la tía al pensar que ella y los frailes se iban a servir del guante.

El es un guante huracán que defiende su ais-

lamiento y que va cumpliendo la promesa que ha hecho de no enguantar a nadie, aunque no llegue a ser la mano que quiere ser, de no enguantar a nadie, y menos que a nadie, a esos niños grandes que son las tías y los frailes

Entre tanto, forma vacía, vive del aire y de la esperanza de la esperanza de llegar a ser una de esas manos que hacen andar al mundo y lo vigorizan y embellecen

V

Poco ha cambiado él aunque os asombra la transformación que notáis en sus miradas ¿Dónde están los anteojos del pobre buen señor? El pobre buen señor ha perdido los anteojos. Sentíamos que las miradas del pobre buen señor venían de profundidades luminosas, y en realidad venían de unos ojos disfrazados por unos anteojos Venían del disfraz que eran unos anteojos

Vosotros no os entretenéis en imitar la conversación profesional del médico o del abogado, vosotros no jugáis a las consultas como juegan los niños a las escondidas o a los ladrones Pero aquellos a quienes les da por ahí deberían de proveerse de un buen par de cristales porque de ese modo representarían mejor su papel y porque de ese modo no serían tan lateros Resultarían menos verbosos en razón de las pausas expresivas que requiere el manejo de los ante-

ojos sobre todo cuando los anteojos, siendo carta de más en el juego de las miradas, divierten y estorban como en el verano una careta de cartón

VI

¿Lo tienen ciego a tu padre los negocios? ¿Por qué no te manda al dentista a que te limpie los dientes?

¿La tienen boba a tu madre los trapos? ¿Cómo te deja hacer tantas horribles muecas?

Vé y dile a tu madre que se cuide un poco de la educación de tu cara, hermosísima en el reposo, fea y ridícula cuando la conmueve la idea o el sentimiento.

Vé a tu padre y pídele otra vez dinero. ¿No te has tomado el trabajo de sacárselo para adquirir tanta costosa baratija? Pídele dinero y vé a recobrar la joya que has perdido, la hermosura de tus dientes.

VII

“Amo a mi perro porque sé que él me prefiere a todos los demás, hombres y perros, y que no sólo me prefiere a los otros, sino que excluye a los otros de su amor, que es todo para mí

“Y con haberse consagrado a mí por entero, no me fastidia, no me cansa, no me abruma con su amor. Me ama humildemente

“Acomoda en todo momento su humor al mío. Me ofrece como en bandeja sus juegos y su alegría. Tomo de ellos lo que me place y cuando lo tengo a bien. Si rechazo sus caricias se aquieta, se aleja, va a echarse en su rincón, sin ladrar palabra.

“Mi perro no es de esos tipos ingratos o envidiosos a quienes el pan comido en casa ajena se les amarga en el corazón. No es tampoco de esos bobalicones vanidosos que se desviven por pagar obsequios con obsequios llevando una escrupulosa cuenta corriente.

“Mi perro es un esclavo que no me esclaviza, una querida que nunca se da aires de señora. Es una parte de mí mismo siempre subordinada a mi voluntad, y que puedo abandonar cuando me plazca, permaneciendo yo entero. No es, por ejemplo, como mi pie sino como mi zapato.”

Es una lástima que no haya podido decir yo este discurso que le oí a mi vecino el viejo retórico. Es una lástima que nunca haya de decirlo. Siento que nunca soportaré la compañía de esa cosa vil que es un perro. Siento que no podré soportar ni esa compañía.

Por otra parte no me seduce la idea de absorber el alma de otro quedándome con la mía intacta, y me repugna la idea de tiranizar a otro aunque ese tal sea un perro.

VIII

Siento que mi mal me ahoga, que llegará a matarme .

Ellos lo saben y se compadecen de mí y me tienden las manos

¡Por Dios, que se guarden sus manos, que se estén quietos! No podrían hacer por mí otra cosa mejor

Ellos creen que yo estoy en el agua, en el agua de ellos, en la que flotan, de la que se defienden No lo niego, y sería inútil negarlo porque ellos jamás llegarían a persuadirse de que yo pueda estar en otra parte Pero creen también que me ahoga el agua Y eso sí lo niego Eso sí, no es cierto. No me ahoga el agua ¿Para qué extienden hacia mí las manos? Me quieren salvar de un peligro imaginario Mi mal es otro No lo comprenden. Que se estén quietos, con las manos quietas ¿Para qué querría yo el auxilio de un pescador si quien me ahogara fuera la difteria?

Díles esto si quieres Díles también que no insistan, que no vayan a argumentar abusando de mi comparación, que no vayan a salir diciéndome que puesto que la difteria tiene cura no hay motivo para creer que no la tenga mi mal Mi mal sólo se parece a la difteria en que ahoga Es irremediable Al menos ellos han demostrado que es para ellos incomprensible, de tal manera que no solamente son incapaces de remediarlo sino también de llamar a quien lo remedie, porque no saben quien pudiera ser él

Yo tampoco lo sé

A no ser que sea el viento. Porque un buen viento que me llevara a otros mares

IX

—¿Y tú, figaro, no has inventado nada?

—Inventé una tintura para teñir de blanco el pelo. Pues sí, hubo demanda. Solicitaron mi tintura algunos jovencitos que al sentirse débiles, en época de muda, imaginaron que estaban viejos y algunos snobs que los imitaron de puro tontos. Pero no hice un buen negocio, no vendí durante mucho tiempo. Caricias de mujer devolvieron su alegría a los pequeños neuróticos y los snobs, por su parte, no quisieron saber más de canas en cuanto pasó la moda en cuya fe se teñían. Gané poco. Y como había fiado mi fortuna a mi invento, acabé por fundirme. Pero tuve dos clientes constantes. Al uno le dolían sus canas porque eran amarillas. El otro envejecía en arrugas, pero no en canas. Los dos por razones de estética y de sentido común extendían mi cosmético sobre la natural extravagancia de sus cabellos. Y se tiñeron hasta que me fundí.

X

No falta quien diga que son unos desalmados esos muchachos de la universidad. Es un error. Yo anduve por ella un tiempo y puedo asegurar que al llegar no más me encontré a dos arrepentidos. Dos que no podían consolarse de haber pecado con una negra. Cada uno con una, y uno en Tacuarembó y el otro en el Paso del Molino. Y los pobrecillos, sobre estar arrepentidos, exa-

geraban su culpa. Cuando uno es muchacho el apetito es grande y el gusto deplorable. El apetito entorpece al gusto, que se forma lentamente, hasta que llega el día en que la individuo ha de ser artículo de París si quiere atraernos.

Contra esto último puede observarse que en algunos el mal gusto no es una debilidad propia de la adolescencia o un error de poca duración, que a algunos el mal gusto los entorpece toda la vida, relegándolos a la clase de los tiburones que mientras pueden morder y elegir, prefieren la carne de negro.

Pero esa afición es mirada universalmente como un vicio reprochable. Universalmente, porque así opinan todos los hombres blancos que no tienen esa afición. Como es un vicio reprochable, porque esa afición, además de ser vicio, es fea.

XI

Decían de él que el amor de él era un amor volatilizado, aprisionado en cándidos terroncitos de azúcar. El, cuando el periódico le hacía sitio, lo diluía en sueltos para la crónica social. Después él y su amiguita los saboreaban en compañía. Su amiguita era para él su novia. Los otros decían que era abusar de las palabras llamar novia a su amiguita. El defendía la verdad de su amor. Pero para los otros su amor sólo alcanzaba a ser, con un nombre precioso, un vaso de agua azucarada. La culpa la tenían sus sueltos que eran como las cucharadas de la

homeopatía. ¡Vaya usted a hacer creer a la gente que hay algo más que agua y azúcar en las cucharadas de la homeopatía!

XII

Es un ángel pero la odio

Cuando la veo sopla en mi alma, furioso, el viento norte. Y pasan por mi imaginación cosas horribles, horriblemente sucias, como, en su nube de polvo, una barrendera municipal, como en el sudor de sus grasientos amores, una cocinera y un lavaplatos. Y otras cosas tan sucias como estas. Y otras, además de sucias y viles, aburridas. Unas en un ambiente de fonda, lleno de moscas de verano, otras en un ambiente de cátedra, lleno de comentarios.

¿Y el alma?

Tal vez se refieran al alma los que dicen que es un ángel mi odiosa amiga. Pero no ha de ser tan ángel ni aun en el alma. Por mi parte no he visto en ella nada de la vida hermosa que en los ángeles que conozco han infundido sus creadores, los poetas. Y la vida hermosa, por humilde que sea, difícilmente se oculta a sí misma. A pesar suyo canta, perfuma y resplandece.

XIII

Adiós, Mimí

Adiós, adiós, Mimí

Besos para Mimí, flores para Mimí.

Desde su tercer piso despedían a Mimí las niñas de la cazuela. La despedían como a una hermana amorosa, como a la hermana elegida por la fortuna para llevar en su garganta los versos aromatizados, purpurados, musicales, sensuales, embriagadores de D'Annunzio, — y en la armónica y viva plasticidad de su cuerpo el cántico inefable en que el amor y el dolor y las gracias maravillosamente se revelan. Desde el escenario se despedía Mimí sonriendo, acariciando con las miradas los corazones simples y buenos que habían reído y llorado en ella, que habían amado en ella, que guardarían de ella un recuerdo inmarcesible.

Esos adioses que después he visto repetirse con otras actrices en otras temporadas, esos adioses vulgares, tuvieron aquella noche, al sorprenderme como una novedad, la virtud de alejar de mi espíritu sus preocupaciones contra el teatro, al que miraba yo dentro de mí mismo, como una nociva prolongación de los juegos de la infancia, como un desgaste sin objeto del sentimiento, como una deformación de la inteligencia en el ensueño y en lo absurdo.

Yo me decía esa noche mirando aquella escena ahora nos volvemos esas niñas y yo a nuestros cuartuchos destartalados, a una vida de privaciones, a un trabajo mal remunerado, a una triste pobreza sin amores o con más penas que amores. No encontramos otra cosa en la realidad de nuestro presente, no esperamos otra cosa de la realización de nuestro porvenir.

¿Qué nos queda entonces a nosotros, los humildes, a nosotros que sin poder salir de nuestra oscura vida de obreros, vemos, no obstante, más allá de esa misma oscuridad en que reposan tranquilos muchos de nuestros hermanos? ¿Qué nos queda ahora, estando cerrados para nosotros por nuestra propia razón, los templos, e impedida por el egoísmo burgués, la formación de la iglesia viva, toda fraternidad, toda amor? ¡Nos quedan tan pocas cosas! Y una de ellas es Mimí, el amor y la hermosura del arte de Mimí, del arte en cuyo seno reviven nuestras emociones y se transfiguran nuestras almas

XIV

El pobre muchacho anda sin saber donde meterse, con los pies desorientados y la cabeza gacha, como perro sin dueño. Lo que le ha sucedido es que se le murió la fe. Se le murió cuando menos lo esperaba, de pronto y en silencio. Una mañana al despertar se encontró con que la cruz de su fe se había convertido en una equis.

No te aflijas demasiado, pobre muchacho. Ten confianza. Espera. Yo creo, en parte, por que tú te afliges, que no es real la muerte de esa fe que se murió tan rápida y silenciosamente. Creo que tu fe duerme a pierna suelta y que cualquier día ocupará de nuevo un lugar en el desfile de tus quimeras.

XV

La calle está en silencio y solitaria y el aire frío y sereno bajo las límpidas estrellas

Voy al azar en la soledad de la noche, y aunque hoy no me duele el alma, la voy cansando en mi andar vagabundo

Ahora no tengo qué hacer ni a quién querer, ahora estoy pobre como siempre, y ahora es de noche de noche se les permite a los pobres no hacer nada

Voy, entre puertas cerradas, de un farol a otro farol, de una estrella a otra estrella Voy en las caucias del aire de la noche, bajo la ilusión viva e inaccesible de los lirios del cielo

Y, he aquí, una dulce emoción me detiene

Me detiene, besándome en la boca, el aliento de los jazmines Sale de una casa iluminada y silenciosa ¿Por qué no entrar? Acaso sea toda de los jazmines Si las estrellas descendieran ¿no encontrarían casa donde reposar?

Penetro en el vestíbulo profundo En la penumbra se destaca blanca y sola la escalinata de mármol Los candelabros sostienen blancas luces, de una blancura que apenas irradia A ellos se enlazan velos de novia Alfombrados de blanco suben los escalones, vestidos de jazmines los balaústres, cubierto de jazmines el pasamano

Allá arriba se dilata el mármol hasta encontrar el muro blanquísimo y las puertas de cristal y crece la claridad en resplandores lunares Y hay jazmines sobre el mármol y adioses ven-

turosos en la luz misteriosa que tiembla y se irisa como un velo de lágrimas sobre las cerradas puertas de cristal .

XVI

Parecía el borracho, en uno de esos momentos de la embriaguez en que el hombre riñe, a solas, con las injurias que se desatan en su imaginación delirante. Medio sentado, medio acostado, en un banco, golpeaba el respaldo con los puños, aporreaba el asiento con los talones. Gemía y gruñía escupiendo espuma. A uno que le preguntó le dijo: déjeme escupir mi bilis.

Bien puede Neura decirles a ustedes lo que le pasaba a Neura aquella noche de verano, en un banco de la plaza. Le pasaba que estando allí digiriendo la cena, abandonada la inteligencia a un oscuro divagar, recordó de pronto una frase oída ese mismo día, de mañana, en ayunas, frase de la que no hizo caso entonces, y que ahora precisamente, en la plaza a la luz de un farol, venía a molestarlo, a enfurecerlo.

En esa frase un señor Ene lo había nombrado a él, Neura, había opinado sobre él, Neura, había querido retratarlo a él, Neura. ¿Y cómo? Como un burro que se creyera un león podría referirse a un cisne a quien creyera un ganso.

El señor Ene había dicho que Neura debía normalizar su vida, encauzar toda su vida en las tareas de cierta oficina. Se lo había dicho a él, Neura, y con el aire del que le receta a un

vecino humilde y contrahecho, para que se gane la vida, un banco de zapatero

Neura debió gritarle al señor Ene: "Váyase usted a opinar a un pesebre, grandísimo burro" Pero, ¿qué le vamos a hacer!, la opinión del señor Ene logró despertar la atención de Neura y enfurecer a Neura, doce horas después de haber sido expresada

XVII

Sin embargo, Neura es el que en menos precia a Neura. No sabe Neura que hacer de sí, qué hacer de esa cosa odiosa que es él mismo. Neura quisiera hacer de nuevo a Neura o simplemente deshacerlo. Quisiera que nadie lo viera más, ni sus propios ojos. Quisiera difundirlo en la noche o rehacerlo con algo invisible.

Pero Juan Fernández, después de escribir llanamente lo que sentía, se mató de un tiro. Era un clérigo secular y andante. Estaba per accidens en un convento. El era siempre, en todas partes, un recién llegado. Una mañana escribió con un carbón en la pared de su celda: "Tengo vergüenza de todos por inútil y desgraciado". Así no más. Tenía vergüenza y también algún dinero con que ir viviendo. Pero al rato de escribir aquello, se mató. ¡Pobre compañero Fernández! No lo conoció Neura pero hubiera tenido derecho a su amistad, y a una celda como la suya, hecha según la medida de un miserable abatimiento.

Fernández se mató en el año 1883. Aquí está el diario que dio en seguida la noticia. Lo extraje de entre unos papeles guardados por no sé quién, quizá en aquel tiempo lejano. No habían reservado el diario por Fernández sino por Prometeo. En él está íntegro, marcado por un lápiz azul el Prometeo de Andrade. A mí me interesa por Fernández. Le echaremos la culpa a la moda, al dolor de moda, al sufrir de Neurra y a las ediciones económicas. Porque ¿cómo me puede interesar ese Prometeo de Andrade a mí que tengo en mi mesa el de Esquilo? Compré por dos reales y medio el mío, de Esquilo traducido al francés. Y aquí lo tengo inmenso y vivo a pesar del francés de colegio que le obliga a hablar el traductor y me obliga a oír mi ignorancia. Pondré entre sus páginas el dolor y la sangre del compañero Fernández y la línea de carbón de su despedida. Mancharé sus páginas con esta gota de nuestra vida cobarde de ahora. Y dejaré que la escoba se lleve el resto del periódico con el Prometeo de Andrade ya que en mi barrio no hay ninguna academia a donde enviarlo bajo sobre.

XVIII

Ayer un buen señor me decía: "A mi hijo le ha dado por los versos. Yo no lo contrarío. Es un entretenimiento un poco absorbente, pero que no dura ni daña. ¿No le parece a usted? Yo también cuando era muchacho solía matar el

tiempo cazando consonantes Bastantes charadas descifré, bastantes compuse Pero mi especialidad eran los acrósticos No había moza en el barrio que no me debiera ver su nombre entretejido en uno En uno, por lo menos, porque a lo mejor eran dos o tres o media docena. ¡Tenía yo una facilidad! Y le diré para hacer versos lo que se necesita antes que nada es eso, facilidad, y luego ser joven y empezar alguna vez Así que usted acierta a dar con una bonita combinación, es como hacer canastos: el que hace uno hace un ciento ”

No le contesté porque me pareció ridículo explicarle a un señor tan poco enterado de lo que es literatura, la influencia que pueden tener los versos en el porvenir de un adolescente y el trato que debemos dar a los que viven torturados por despótica e inextinguible vocación artística

Y hoy me alegro de no haberle respondido ayer Porque hoy pienso que las ideas que me expuso ese buen señor han de estar a la altura de los versos de su hijo. Si su hijo hediera verdaderamente a poeta ese buen señor no me hubiera hablado con unas narices tan apacibles

XIX

Me dijeron de él riendo “Fastidiado por el calor de Montevideo, se ha ido a Buenos Aires que estará a estas horas hecho un horno. Ese muchacho razona como Gribouille quien de miedo a la lluvia se tiró al río”.

Sin embargo se sabe que Gribouille se tiró al río para librarse de algo que estaba en el aire y que no era la lluvia sino una cosa peor que la lluvia, para librarse de algo que los hermanos de Gribouille no veían, aunque miraban desde la ventana la lluvia, el río y a Gribouille mismo y la desesperación de Gribouille

Y ahora me dirán Uds : "Bueno, pero ¿por qué ese muchacho no se fue a la Patagonia?"

No se fue a la Patagonia ni a otra parte porque él creía que Buenos Aires era el pozo más hondo a que podía tirarse

XX

—La última razón de las afirmaciones de la ciencia está en los ojos y en los dedos de todo el mundo, porque se funda en contar con los dedos y ver dos dedos más allá de las narices.

Las narices coadyuvan de una manera negativa. Por exceso o por defecto pueden inutilizar los dos dedos de luz que necesitamos para ver claro

—Las narices, Shirtless.

—La nariz anormal, Neura. La nariz anormal representa el estorbo. Concebir la verdad es fácil, lo difícil es vencer el estorbo que la oculta o desfigura

—A veces el estorbo es un principio activo que asalta a la verdad y la desaloja de la inteligencia. Esto prueba que también es difícil retener la verdad después de alcanzada.

—Es cierto. Y lo peor es que a veces de puro flojos la dejamos ir

—Y la dejamos ir cuando nos aburre .

—Y cuando nos lastima

—Cuando nos lastima suele suceder algo horrible Llamamos contra ella, a la mentira.

XXI

¿De qué enfermó? Enfermó de haber creído durante los años que debieron ser los mejores de su vida, de haber creído que tenía entre pecho y espalda una terrible enfermedad que él no tenía

¿De qué enloqueció? Enloqueció por haber sentido en su primavera, en el fuego y en los hervores de sus años juveniles, durante tanto, tanto tiempo, por haber sentido el remordimiento de crímenes que nadie cometió o que otros, no él, cometieron

Ahora sus pies se arrastran, se encorva su espinazo, su cabeza temblequea y es ahora cuando, empequeñecido y degradado, ha venido a saber que es una víctima de sus propios errores.

Ahora ve con claridad, casi como un hombre cuerdo

Ahora a buena hora

XXII

Y al fin se separaron sin que ninguno de los dos se hubiera salido con la suya

Ninguno de los dos se salió con la suya, pero ella se quedó con su alma mientras que él al mirarse después de la separación se vio miserablemente transformado ..

Y ahora él, gastado e insensible de haber amado tanto y tanto tiempo en vano, hace pendant con ella insensible y loquita como su madre la parió ..

Pero hay que confesar que ninguno de los dos se salió con la suya, porque es de creerse que ella no gastó tanto tiempo con el único fin de desesperar al otro pobre...

XXIII

—Adiós, Neura. Tú siempre resuelto a no resolverte a nada, te quedas; yo me voy. Me voy de las plácidas digestiones de la casa paterna, aburridísimo de la estúpida repetición cotidiana de la mesa bien puesta y del lecho bien mullido

Me voy sin dinero ni beneficio que me asistan Llevo en cambio, la invencible repugnancia con que siempre he visto a los otros correr a arrastrarse, vil o grotescamente tras el dinero

Como no he de trabajar, — trabajar es más asqueroso que comer o fornicar —, como no he de trabajar, es posible que mi andar vagabundo acabe en un basurero de atorrantes No me halaga mucho esa posibilidad, pero me consuelo pensando que acaso encuentre a Diógenes en el atorradero

Lo que me espanta es la idea de llegar a ser detenido por la alta protección de un filántropo

que se empeñara en reproducir, en torno mío, las repudiadas delicias del hogar

Aunque me podría suceder otra cosa peor, y ella sería que alguna sociedad de señoras cristianas me atrapara a fin de destinarme a piedra en la fundación de un hospicio

—Cállate Me estás anublando mi viaje, me estás ensuciando mi viaje con ponerme ante los ojos esas perspectivas inmundas

No es que yo vaya a irme No me iré Pero llevo siempre conmigo mi viaje El cuento de mi viaje, desciende a mi desesperación como una verdad salvadora en las horas en que me duele más mi mal Proyecto mi viaje en el aburrido andar alrededor de mi casa y eso me sostiene Lo resuelvo en las noches de insomnio y eso me adormece

—No quiero verte más Me desconsuelas .
Vete de una vez.

Eres indigno de irte, pero en la esperanza de no volver a verte, te deseo un largo viaje .

XXIV

Buenos consejos te dé Dios

No soy yo el que te va a contar el cuento de la felicidad El cuento de la felicidad es un rosario de desatinos Así que lo has hecho correr todo entre los dedos, te preguntas aún ¿y cómo se alcanza la felicidad? Y vuelves a repasarlo por si se te escapó el capítulo que te sacaría de apuros. Pero ese capítulo no aparece nunca.

A veces es más útil para el alma una ducha que un tratado de moral. A veces. Ciertas veces. Porque el mismo chorro de agua fría vigoriza a uno, serena a otro, y desfibra y enloquece al de más allá .

El que mucho sabe a nada se atreve, el que nada sabe se tira de cabeza en lo oscuro, los hombres prácticos y los lectores mesurados se empantan en una tranquilidad bestial o en un virtuoso egoísmo más feo que todos los vicios. Y más vale hacer desatinos que porquerías . Y para hacer desatinos, hacerlos a la buena de Dios.

¿Qué a dónde iremos a parar? Ya lo veremos. Víctimas de la misma tormenta, unos son arrojados al hospital, otros al matrimonio, unos al misticismo con sotana, otros al misticismo con camisa de fuerza.

XXV

No, no estoy extraviado ni me amenaza corrupción moral alguna.

¿No te cansarás de meterte conmigo y de equivocarte al juzgarme?

Sabe de una vez que no he sido recortado sobre ninguno de los patrones vulgares que te ofrecen tu biblioteca de autores imbéciles y tu tertulia de animales domésticos.

¡Venirme a decir a mí que mi conducta tiene raíces viciosas! ¿Y por qué? ¡Porque es extravagante! ¡Cómo si no fuera cierto que a veces

uno hace bien en salirse del camino para no volver nunca' . . . ¡Cómo si no fuera cierto que a veces uno anda naturalmente fuera del camino y debe mantenerse lejos de él si quiere conservar su personalidad . . . Te he explicado esto. Te he explicado mi conducta. No me has entendido ¡Bien sabía yo que no ibas a entenderme, y sabía que no ibas a entenderme porque tú oyes y admiras demasiado a personajes de la talla de tu abogado, de tu banquero y de tu sastre' .

No, no he querido o no he podido quedarme con ustedes, seguirlos a ustedes, gordos burgueses bonachones. Eso es todo. Ustedes avanzaban, yo me desprendí de ustedes. Ustedes llegaron, yo me quedé del lado de acá de la jornada. Y ahora no quiero o no puedo saltar la zanja y vadear el río. Ahora no doy ni un paso para llegar a ustedes y a las cosas con que ustedes hacen la vida idiota y opulenta. No hago esfuerzo alguno por llegar al huerto de las coles y de las rosas, al corral de los cerdos y de los caballos, al jardín de las cortesanas y de las vírgenes, a la cátedra de los embaucadores, al altar de los ídolos.

Es cierto que estoy en los charcos, pero es cierto también que no estoy en la podredumbre. Encuentro a los hombres de los charcos bajo el árbol que alimenta y junto a la fuente del agua clara, no en los revolcaderos, no en las cuevas de los vicios abominables. Y me encuentro a mí mismo en los días de hambre y encuentro a las estrellas en las noches de frío. Y en los descansos del andar vagabundo se

acercan a mi alma las almas de los que sufren
Y creo a pesar de todo, que sólo puedo ser feliz
en este andar sin término, en este andar que no
lleva a parte alguna cuando no nos conduce a
los paraísos del espíritu, a las escondidas man-
siones del amor y de la hermosura .

XXVI

Un día Shirtless le dijo a Neura:

Cuidado, muchacho, mira lo que haces. Sé que
tienes ganas de publicar unos versos que ins-
pirándose en el amor y la hermosura del Evan-
gelio de Renán evocan un más allá sin dioses
grotescos ni ángeles pueriles, unos versos que
surgiendo de las verdades elementales, de la
palabra de los hombres puros y del dolor de
todos, presentan a este mundo nuestro todavía
en poder de los hipócritas y de los ricos contra
quienes predicó el Jesús de todos los Evan-
gelios. .

Cuidado, muchacho Se van a alarmar nues-
tras almas sumisas y timoratas Tu tía la se-
cretaria de aquella asociación católica, dirá que
deshonras a la familia Tu tío el cura de aquella
parroquia dirá que eres un hereje, un traidor,
un apóstata. Tu primo el juez, que eres un char-
latán ignorante y un impúdico exhibicionista.
Tu otro primo el banquero, que eres un ham-
briento o un vicioso ¡Qué no dirán de ti, que
no harán de ti, pobre muchacho, si publicas esos
versos! Vas a sufrir mucho, y ¡quién sabe hasta

cuándo . ' Vas a comprometer tu porvenir. Quédate con las ganas de publicarlos. No quieras perder tu crédito moral, no quieras enajenarte la simpatía de todo el mundo

Y seis meses después Neura le dijo a Shirtless. Shirtless de mi alma, publiqué aquellos versos y no me sucedió nada de lo que me habías predicho. Yo en tus temores, había dejado de ir a casa de mi tía la secretaria y evitaba encontrarme con mi tío el cura. Pero mi tía me llamó desde la ventana, y me pareció encantada de tener un sobrino incrédulo por quien rogar a Dios, mi tío me llamó a gritos desde una esquina, abriendo sus brazos a la oveja descarriada, contento porque un escritor-zuelo superficial enemigo de las sotanas, se iba a poner al alcance de su formidable sabiduría escolástica, y mis primos hicieron como que ignoraban mis hazañas de poeta revolucionario, dándome así a entender que mi libro era una de esas cosas desagradables de que no se habla nunca.

El único que reparó en mi arte fue nuestro amigo el almacenero, excluido por ti de la lista de jueces. Alabó mis versos a su manera. Me dijo que no había en ellos poesía ni sustancia ni intención, pero que su lenguaje era rico y vigoroso. Tú comprendes Shirtless, que es un consuelo que cuando sobre nuestra obra todos callan, venga a alabarnos el lenguaje un indi-

viduo que no lee más que novelas policiales en descuidadas traducciones .

XXVII

Una fuerza irresistible me impulsa sin cesar, pero está todo tan oscuro que preferiría dormir Y no puedo dormir ¡Qué he de poder dormir! Me siento llevado Y me siento inquieto por lo desconocido que es a donde me llevan.

Mi imaginación chisporrotea, se enciende en llamaradas, relampaguea, todo para hacerme creer que veo. Y veo lo que ella quiere mostrarme, pero no a dónde voy Veo iluminarse las sombras un momento en una vida caprichosa y efímera, veo castillos en el aire y paisajes de un segundo en los engaños de la noche; veo lo que no he de recordar más, lo que no he de desear más después de visto

Mi vecino el estudiante que dentro de poco será un concienzudo matasanos, castigado él también por ese viento que me encorva y me lleva, arroja a ese mismo viento las semillas de su porvenir. Mi vecino es industrioso y previsor. Pero se prepara un porvenir de una bondad tan limitada y de una posibilidad tan evidente que no puede ser querido por ninguna imaginación medianamente estimable

XXVIII

Blanco y gris, rojo y verde Cada uno de estos cuatro era el color de uno de los cuatro ovillos

La abuela ya no tejía, no corrían los ratones, y ocupaba la jaula de los pájaros, solo y embalsamado, un canario. Pero la abuela se obstinaba en seguir viviendo y el gato en seguir cazando.

Se arrastraba la abuela desde el lecho al sillón, junto a la ventana, y pasaba el día sin hacer otra cosa que dormitar sobre el Año Cristiano, que hojeaba sin leer, recitar las oraciones de su eucologio que no tenía por qué abrir, de puro sabido, y repasar, con la buena e inútil intención de zurcirlas, unas medias que ya no rompía.

En la salita, sobre los vidrios que miraban a la calle humilde y solitaria, se extendían blancos visillos; sobre el piso, la alfombra, muy barrida, muy gastada, sobre sillas y sillones blancas fundas; en el centro a duras penas se sostenía la vetusta mesa de gordas patas torcidas, con su tabla de mármol blanco cubierta de viejos daguerrotipos y viejísimos muñecos de loza, pobres recuerdos de un pasado sin belleza ni esplendor; en el fondo, se entreveía la alcoba con su enorme lecho blanco, de colchón espeso y grandes almohadones. Y todas estas blancuras eran blancuras de algodón, que no alegraban ni aligeraban el aire, que, por el contrario, entorpecían las miradas y aún los ademanes y las voces, asemejándose en esto al braserillo de menudas brasas que, en un ángulo, exhalaba su dulce veneno.

Y en aquel ambiente de quietud, de vejez y de olvido, los ratones y los pájaros del pobre viejo gato gordo, empeñado en seguir cazando, eran

los ovillos, los blandos, silenciosos e indestructibles ovillos, preparados por la abuela para un juego aburrido e interminable. Y era menos que una ilusión, era una realidad grotesca, lo que perseguía el pobre gato gordo cuando corría tras el saltar y el rodar de los ovillos. Y era menos que en un espejo una imagen viva y fugaz lo que mordía y arañaba el pobre gato al divertir sus uñas y sus dientes en la impasible y elástica lana de los ovillos. ¿Pero qué otra cosa podía hacer el pobre, si no quería morir de reuma y de fastidio, en aquella casa sin pájaros, ni ratones, frente a una calle donde nunca sucedía nada?

Entre tanto la gente reprende a Neura, al verlo tan gato y tan gordo, obstinado él también en reñir con los ovillos, en burlarse de los ovillos, con los que suele confundirse, haciendo al mismo tiempo de víctima y de verdugo, en un fácil desenvolvimiento de su persona. Le dice pues la gente a Neura.

—Eh, Neura, ¿no tienes otra cosa que hacer? ¿Por qué te metes con tus vecinos, con esos pobres vecinos, mansos e indefensos? ¿No sabes abrir un libro o un diario para buscar entre las cosas de esa parte del mundo que se da en espectáculo, algún asunto en que entretener tu pluma? ¿No te atraen el crimen, el sport, los teatros, las cancillerías, los parlamentos? Si tienes ganas de pelear encontrarás en esos círculos y en sus alrededores, al lado de imbéciles reconocidos y de criminales calificados, una cantidad enorme, siempre renovada, de charlatanes,

de falsarios y de hipócritas, a quienes desmascarar y vapulear. Así pues, deja en paz a la gente menuda de tu barrio, aspira a más altos hechos y, sobre todo, no te arañes a ti mismo . .

Y responde Neura:

—Yo no hablo sino de lo que he visto ni me quejo sino de mis tropezones. Los impresos me entretienen pero no traen a mi vida las cosas de que me hablan, no tienen el poder de incorporarlas a mi inteligencia. Por lo demás, a todos esos pobres señores con quienes me meto no les hago daño alguno. Nunca se sentirán molestados por lo que diga de ellos. Seguirán siendo hasta su muerte, ovillos de un algodón resistente e impermeable donde no penetra la idea ajena.

XXIX

Me juré hace un mes y tres días, no volver a verte y hace un mes y tres días que sin atreverme a llegar a tu casa, recorro a toda hora, lentamente, en el deseo, siempre burlado, de encontrarte, las calles por donde se te solía ver antes de que yo me jurara no volver a verte.

Me juro todos los días no pensar más en ti, no preguntar por ti, no dar un paso para saber de ti, pero a pesar de mi juramento no hay día en que no me acerque a alguna conversación con la esperanza de oír tu nombre, con el temor de saber, al oír tu nombre, que has dado tu cariño a otro. Un temor insensato, puesto que no he de volver a tu lado, pero tan grande. Tan grande

como este amor que no quiere dejarme, aunque están contra él todas las fuerzas de mi alma .

Sin embargo anoche

Hoy sonríó en el recuerdo de la hora de reposo en que vino mi sueño de anoche .

Soñé que te casabas, soñé esa cosa horrible, pero, lejos de sentir su horror, la soñé con la plácida serenidad de espíritu que defiende de las pasiones a los que han envejecido en el desengaño. Ni siquiera sentí el fastidio que respiraba el estúpido y vulgarísimo espectáculo en que eras exhibida.

Terminada la ceremonia, salías del templo, como una de tantas recién casadas, del brazo de un cualquiera, de cualquier marido . Los invitados y las curiosas del barrio, y algunas solteronas de más allá del barrio, se amontonaban en el pórtico. Llenaban la calle los coches de los invitados y la chiquillería de los alrededores. Olor a altar y a caballeriza infundía su pereza nauseabunda en la pereza del aire tibio y soñoliento de la noche. Abrió un espacio la gente para que ustedes pasaran, tú y tu marido, y pasaron ustedes triunfalmente entre tanta hermosura, mientras se admiraban las comadres, murmuraban las solteronas y alborotaban los chiquillos. Lentamente las puertas del templo se cerraron ante la nave vacía, como sobre un bostezo.

Y yo suspiré en un largo suspiro de alivio mi despedida . Al fin iba a dejarme en paz el viejo argumento que me pudría la sangre con sus lentitudes y tortuosidades, el viejo argu-

mento que, incapaz de llegar a un hermoso término, me horrorizaba al presentar la posibilidad de que fueran tus bodas, no conmigo, con otro, su desenlace .

Y he aquí, aunque parezca mentira, como yo representé en un sueño una parte que siendo yo mismo estaba no obstante desnuda por completo del sentimiento más fuerte y doloroso de mi vida.

XXX

. No el olor bufo de una rata muerta bajo las tablas del piso, el olor que llama a consejo a los habitantes de arriba de las tablas; no el olor clownesco de estómago alcoholizado, el olor que os hace huir pirueteando, sino un olor angustioso a carne humana de hospital, a carne de miseria y corrupción . Y esto era en una fiesta blanca y florida, en una fiesta de primavera, en casa de la Virgen María

Cerca de la puerta, en el banco más alejado de la Virgen, en un rincón bien oscuro, estaba conmigo una mujer miserablemente vestida de negro El olor a podrido salía de aquel montón de viejos trapos negros y entrando en mi cabeza manchaba de moho las visiones y agrisaba y algodónaba las voces de la oración y de los himnos.

Yo me pregunté. “¿No sientes, Neura, que tus sesos y tus coyunturas se te han revenido? ¿No te sientes como una bolsa de carne floja? ¿No

sientes en todos los rincones de tu cuerpo, embotadas y fastidiosas las puntas de tus huesos?"

Yo me contesté que era cierto y que era a causa del olor a podrido

Yo me pregunté "¿Y para qué has venido, Neura?, ¿y por qué has venido? Esta no es tu casa, ahora Esta es la casa de la Virgen María. Vámonos, Neura".

No me contesté.

No me moví

Yo había entrado porque había visto entrar a aquella a quien yo no quería ver más, yo no podía salir hasta ver salir a aquella a quien yo no quería ver más .

Mientras esperaba, separado de ella por el espeso y oscuro rebaño de las devotas, estaba a mi lado, compartiendo el mismo banco, aquella pobre mujer envuelta en viejos trapos negros, que sufría sin mirar ni entender el dolor en que se pudrían mi alma y mi cuerpo

XXXI

Vi a mi amigo Jerónimo en un banco del paseo, tomando el sol, abandonando al sol su largo cuerpo indolente. Sentados en lo que quedaba del banco, estaban sus hijos, las manos entre las rodillas, la espalda agobiada, huraños los ojos. Eran dos, rubio el uno, el otro moreno, los dos de piel morena, cada uno con nueve o diez años dentro del cuerpo Su tierna inocencia no impidió que me vieran llegar con marcado dis-

gusto, avinagrando el gesto y oscureciendo las miradas. No contestaron a mi saludo.

Jerónimo, sin demostrar interés en disculparlos, se puso a explicarme su actitud, después de hacerme lugar a su lado.

—Están en mi triste situación, —me dijo sonriendo. Están molidos y fatigados como si cada coche que pasa les hiciera sufrir su traqueteo. Los entontece, les desespera la respiración y la vida, este aire polvoriento que apesta con su olor a caballo y a caballeriza.

—Allá, bajo los árboles, el aire está limpio y la tierra alfombrada de un verde claro y mullo. Allí hay niños que juegan. Haz que vayan los tuyos.

—Ya los he empujado, los he incitado. Inútilmente. Porque no sólo tienen la desgracia de ser de manejo difícil sino la de que sea yo el que haya de manejarlos. Conoces mi manera de persuadir, mis vagos discursos sin huesos, sin resortes, sin los resortes de la voluntad.

—Conozco algo de eso. Y ahora estoy conociendo a unos niños bien raros.

—Bien raros. Nunca los he visto reír, jugar, divertirse con los otros muchachos. Tienen mi mal, sufren mi aislamiento. Es decir el mío y el de ellos. Es una enfermedad y, aunque no tenga microbio, una enfermedad contagiosa. Se la he contagiado a ellos, Pérez me lo dijo. Me dijo: "Tú tienes la culpa. Tus hijos se han impregnado de tu locura. Tú debiste, para impedirlo, salir de tu soledad, volver al mundo, olvidar el desconsuelo de tus fracasos, poner fin

a tus desatinadas aspiraciones. Tú no has hecho esto. Has seguido alimentando en la soledad, tu dolor y tu locura, haciendo vivir a tus hijos de tu soledad, de tu dolor, de tu locura. Y tus hijos han enfermado de ello . Tú tienes la culpa .” No le contesté, pero no modifiqué en mí la opinión que me merezco. No le contesté porque en parte tenía razón. Creo como él que estoy formando en moldes de locura el carácter de mis hijos. Pero en conciencia no podía yo aceptar su censura. Yo no soy culpable. Reconozco mi ruindad y mi fealdad y las detesto, pero no puedo echarlas de mí.

Pienso de mí que soy una máquina que hasta cierto punto funciona perfectamente, pero que desde cierto punto devora o pierde el producto que se esperaba de ella. Una perfecta máquina inútil. Ni siquiera está en mi voluntad darle el primer impulso o destruirla de una vez para siempre. Ella obedece a estímulos cuyo origen desconozco. A algo tan oscuro e inevitable como la fatalidad. Y esta es la explicación de los fracasos que me echaba en cara Pérez. En cuanto a los deseos desatinados a que él mismo se refería . ¡Por Dios! Yo he rogado primero a Dios y luego a la naturaleza, primero a los frailes y luego a los médicos, les he pedido un remedio para llegar a ser, en cuerpo y alma y aspiraciones, lo mismo que los demás hombres, he querido ser como los demás hombres, yo que no puedo aguantarles ni cinco minutos de conversación. He querido tener amigos y enemigos,

favorecer a algunos prójimos y expoliar a otros, he querido enamorarme hasta enceguecer y casarme para toda la vida .

—Esto no lo quisiste en vano .

—«Lo dices por mis hijos? Te equivocas Mis hijos nacieron de mi aislamiento, nacieron de un matrimonio sin amor ni registro civil Se acurrucó una mujer a mi lado en mi aislamiento y mi debilidad indolente la soportó hasta que se la llevó la muerte, después de darme estos hijos que son míos como era mía ella Y nunca supe cómo era ella ni cómo ni por qué era mía .

Una hembra . No sé, nada sé del alma de mis hijos No sé qué habrá detrás de sus ojos, qué habrá dentro de su corazón ¿Tendrán la sensibilidad profunda y silenciosa de los negros y de los perros? ¿Tendrán el amor fácil e inconstante de la imaginación de los poetas? ¿Tendrán un amor sano a la vida y la fuerza tenaz que mantiene a la vida amplia y hermosa? ¿Será su facultad más noble el sentido de lo bello, el sentido que percibe y valora los contornos armoniosos y el movimiento rítmico o predominará en ellos el poder de aprehensión que elige y sólo se apodera de lo bueno y de lo útil?

¿Qué llegarán a ser cuando hayan crecido? No veo nada en ellos Están cerrados. No son niños. No son cachorros de hombre Lo digo con miedo sólo supongo en ellos una misantropía precoz .

—Yo te digo otra cosa, Jerónimo Te digo que además de no haberlos librado del espectáculo de tus extravagancias, les has impuesto

la visión de la muerte Ellos han visto morir a su madre

—Ella moribunda los llamaba .

—Y luego no los sacaste de tu caserón oscuro entristecido por tu silenciosa hipocondría .

—Allí murió Pérez dice que la pobre murió de pena y que yo tengo la culpa Pero ¿qué podía hacer yo? Ella murió de mi aislamiento, y de la fatalidad que la trajo a mi lado

—Mira, Jerónimo, regala tus hijos, dáselos a alguna alma buena. Tú también podrías darte, si no fueras un hombre, a quien supiera dirigirte. Pero como eres un hombre, debes campar por tu respeto, debes seguir viviendo solo, dispuesto siempre a morir heroicamente en uno de esos descarrilamientos en que suelen parar tus extravagancias.

—Tampoco regalaré a mis hijos La idea la tengo, pero no los regalaré La idea está gastada No saltará. No me moverá ,Hace tanto tiempo que la tengo! Está gastada Sería un remedio, una solución.

Bastantes veces me lo he dicho. Sería una solución abandonarlos a una familia de labradores, curtida y fuerte, o a una amarillenta sociedad de comerciantes veteranos, o por lo menos a una cuadrilla de esos franco expoliadores a quienes llaman ladrones, darlos, en fin, a algún centro donde se hagan de un nombre profesional, donde adquieran una porción medida y justa de ideas y de afectos, donde no aspiren sino a lo humano y hacedero Sería una solución Eso hubiera de haber sido una solución .

XXXII

—¿Acabarás de quejarte? Tú no eres viejo ni impotente, no eres leproso, no se te conoce lo que puedas tener de sifilítico o de tuberculoso. ¿De qué te quejas?

—A veces uno no está enfermo, pero no está, tampoco, sano. Y eso es precisamente lo que a uno le duele. A uno le duele no encontrarse en los estados definitivos, verse en el límite que separa la salud de la enfermedad, el vigor de la impotencia.

—No digas disparates. Uno está sano o enfermo, uno puede o no puede. ¿Qué te duele a ti? ¿Qué te fastidia? ¿Qué es lo que no puedes hacer?

—Esa es la dificultad. Uno no sabe. Uno está entre caigo y no caigo. . Un día bueno, un día malo. . Un mes bueno, un mes malo. Hoy lleno de vigor, feliz al sentirse en la plenitud de sus fuerzas, mañana, arrastrándose sin ganas ni poder para nada. . Y, ahí está. Al fin uno no se atreve. Llega uno a no atreverse nunca. No se propone ningún fin porque teme no poder alcanzarlo. Desconfía siempre de sí mismo. Anda dando traspiés. . Y ese es el dolor, el verdadero dolor de que uno se queja.

XXXIII

No, palabra de honor, no soy un profeta. Ni siquiera uno de esos profetas que extraen los bobalicones de entre un montón de libros para

tener un centro vivo de cultura, una fuerza de atracción espiritual en que mantenerse, lejos del mundo amorfo de los innominados

No, no soy un profeta Sin embargo, ved qué desgracia, he venido a saber al cabo de tantos años que mi boca es una caverna Como si yo fuera un profeta enorme y sibilino, como si yo necesitara para manifestarme glorioso, ver en torno mío una multitud de fanáticos y de intérpretes, mi boca es una caverna

Es cierto que en mi cabeza hav muchas cosas claras y luminosas En ella están el cielo y la tierra, con sus soles, con sus mares, con sus montañas y sus prados, con su bondad y su amor. Pero eso le pasa a cualquier hijo de vecino aunque no sea profeta. Porque cualquier hijo de vecino tendrá que confesar si lo piensa un poco que si se puede asegurar que existen el sol, las estrellas y los poetas, es porque los tiene o los ha tenido encerrados entre las paredes de su cráneo ,quién sabe dónde y cómo! pero, sin duda, entre esas paredes Lo que me pasa a mí de extraordinario es que, a pesar de mis esfuerzos, no puede mi boca revelar ni el amor ni la hermosura que viven un poco más arriba, allá donde están los sesos

Mi boca es una caverna y de ella sólo salen la sombra y el grito La sombra fría y el grito incomprensible de los que se alejan mis hermanos cuando me esfuerzo en hablarles con el alma de las estrellas y las rosas que resplandecen y perfuman un poco más arriba

XXXIV

A veces cuando estoy sumergido en el cansancio de haber conversado mucho o cuando me molesta el recuerdo de las tonterías y ridículas a que lo obliga a uno el trato social, aparece en mi imaginación la estancia de mi amigo Zacarías, plácido refugio del que gocé algún tiempo, siendo yo estudiante. Ahora no soy estudiante ni es Zacarías estanciero. A mí me apartó de los libros la locura, y a él de su estancia, la muerte.

Mi amigo Zacarías era un hombre bueno y simple. Tenía el don de poder ser verídico. Por su bondad y sencillez, sus palabras no ofendían aunque expusieran las verdades más amargas. Conversaba tranquila y amablemente de sus debilidades y de las de los otros sin tratar de disimularlas, sin vituperarlas ni aplaudirlas. Hablando de las suyas reconocía que le gustaba beber, que le gustaba mocear y que era un poco demasiado calmoso en todos sus asuntos.

En la casa, en la estancia, era moderado y sobrio. Conservaba su casa pura. Según su decir, como cuando vivía su madre. Sentaba siempre a su mesa a algún amigo. Era afable con los peones, compasivo con los animales. De mañana se entretenía en el corral y en la caballeriza, paseaba por el huerto y por el montecillo de los frutales y ordenaba el trabajo de los peones. A la tarde iba a recorrer el campo, hoy un potrero, mañana otro. Algunas madrugadas salía a parar rodeo. Y todo el día, en la casa o en

el campo, andaba a su alrededor alguno de sus perros. A veces todos atropelladamente lo invitaban al juego o se disputaban sus caricias

Administraba honradamente sin engañar a nadie ni dejarse engañar, a la antigua. Ni se daba aires de señor ni admitía que en su campo tuviera otro derechos era incapaz de comprender la verdad y el alcance de las reivindicaciones sociales. Pero si las novedades no le atraían tampoco lo irritaban. Acaso los otros tuvieran razón. Entre tanto él era lo que era: un viejo retoño de una estancia patriarcal. No se iba a desarraigar a sí mismo.

Comía bien, sin glotonería, pero estaba tan gordo que decía siempre al soltar el tenedor sobre el último plato: *tengo que ponerme a régimen*. Lo decía suspirando, después de dar gracias a Dios con un simple *gracias a Dios*.

Las diversiones las tenía en el pueblo. Se estaba allí unos días entre chinas y botellas y, vuelto a la estancia, pasaba dos descansando, en chancletas. El primero de estos dos días no hablaba ni comía; dormitaba en el corredor, echado en un sillón de lona. El segundo, comía en silencio, no daba gracias a Dios e iba a acomodarse un poco más lejos, en la enramada, en el huerto. Sentado sobre un banquito o sobre los talones a algunos pasos de la casa, miraba, largas horas, el campo abierto ante sus ojos. Los animales caseros se le acercaban. Sus primeras palabras eran para ellos. Los llamaba, los acariciaba. Con el perro León se enternecía.

—Vení, León

El perro iba a echarse a su lado. El le sobaba las orejas o, metidos los dedos en el pelo, le rascaba el cogote. Los dos se gruñían dulcemente, como buenos amigos. Entre gruñido y gruñido Zacarías suspiraba algún, 'Pobre León'!

A pesar de su afición a los perros, él sabía, como dije, tratar bien a las personas. Era un buen compañero, un amigo cordial. Poseía un corazón sano y afectuoso y, como justa compensación, una felicidad serena. Y no era avaro de su felicidad. A mí, por ejemplo, me creyó digno de ella. No me escondió nada de su alma, ni de su casa. Dejó que yo viviera a su lado la vida que vivía él. No me mortificó como los otros.

Los otros se creen hombres privilegiados. Cada uno se figura que a él sólo le pertenece la felicidad de que goza e imagina para el prójimo necesitado una felicidad ridícula. Todos me dan consejos. Tú debes hacer esto. Tú debes hacer lo otro. Pero me mandan en conclusión a una oficina, a echar raíces en una oficina.

Yo sé lo que debo hacer. Debo hacer lo que hago: tomar del mundo lo poco que me proporcione con un trabajo precario y vil, y producir naturalmente la obra noble que nadie me ha de pagar.

Yo no me meto en la felicidad de ellos. Sólo les pido que no me quiten lo poco que me queda de paz y de silencio.

XXXV

¿Y qué ganaremos con mortificar a la abeja que trabaja en su miel y a la ostra que produce su perla? Solamente retardar o impedir la formación de la perla o del panal.

El poeta suele ser un alado animalito de Dios, inofensivo y bueno que sólo es feliz estando suelto, que sólo canta en libertad ¿Por qué se os ha puesto entre ceja y ceja que él ha de trabajar como vosotros? Lo sometéis al trabajo y él se resigna, hasta que, con náuseas en todas sus coyunturas y enfermo el espíritu de inquietud y de tristeza, no puede resistir más y escapa a todo volar para encontrar, lejos de vosotros, en el hambre y en el frío, la libertad, y en la libertad el cántico

Es increíblemente doloroso el martirio de un espíritu exquisito, sumergido, obligado a actuar, en las pequeñas miserias de la vida. La misma fuerza que agranda y diviniza en él las ideas morales y artísticas, transforma los pequeños dolores, trabajos y responsabilidades cotidianos en fantasmas obsesionantes, en larvas devoradoras. Y al lado de esto la tristeza de ver cómo se desangra su vida oscuramente, sobre la mesa del trabajo mecánico, cuando lo están llamando los cielos y la tierra a la realización de las obras magníficas y de las empresas heroicas. Y sobre todo esto, vosotros, contagiándolo con vuestra vulgaridad, imponiéndole el silencio de vuestra incomprensión, queriendo

atraerlo al espectáculo ridículo de vuestras vanidades

Nada puede esperar de vuestra compañía ese pobre poeta Y, puesto que él quiere ser libre no os opongáis a que lo sea. Nada ganaréis con mantenerlo a vuestro lado ¿Qué es él para vosotros? Nadie. Nada. No se parece a ninguno de vosotros ni a ninguno de los tipos humanos que sois capaces de imaginar Es para vosotros mucho menos que cualquiera de vosotros Una especie de cómico de la lengua, endeble, triste y aburrido Lo tratáis como si fuera todo él esa poca cosa Y él se siente poeta Y él quiere vivir su prodigiosa vida de poeta. Dejadlo ir No queráis envilecerlo más. Favorecedlo en su partida, en el ensayo a la libertad .

H U R A Ñ A S

LIBRO SEGUNDO

Un pensamiento de Daudet, señores.
Si Robinsón hubiera sido artista,
aun no esperando, para siempre, nada
de más allá de su isla,
hubiera producido su obra de arte
sólo por el placer de producirla.

I

Con humildad repito
aquel viejo decir vulgarizado
“Soy hombre y considero
que nada de lo humano me es extraño”
He tenido la suerte
de no ser un malvado
como otros la han tenido
de nacer ricos o llegar a sabios
Están todos los gérmenes
en las almas de todos, esperando
El sol del crecimiento es ciego A ciegas
a la virtud o al vicio da sus rayos

II

Pues sólo coincidimos
en el amargo gusto de querernos,
hoy de una vez por todas
dividamos el juego
y a su rincón se lleve

cada uno de nosotros sus muñecos
Tú, los cándidos niños,
yo, los pilletes negros,
tú, el confort saludable y la inocencia,
yo, los andrajos y el saber acerbo
Quédate con tus ángeles
apegada a tu altar y a tus recuerdos,
yo me voy a la calle con la prole
del sol, del aire, del fecundo cieno

Pero pues coincidimos
en el amargo gusto de querernos,
y entre la calle y el jardín espera
el banco de las citas, y el silencio
nos llama, y en las sombras de la tarde,
llenas de luz hay lágrimas y besos,
llevemos a las tardes silenciosas
sobre el jardín desierto
ese amor que ilumina nuestras almas
en las penumbras del sufrir ajeno .

III

Si eres sólo real, guárdate mucho
de quitar o añadir plata a tu plata,
pues mucho, de otra suerte, perderías
y lo mismo por sobras que por faltas
Pero puedes mirarte en un espejo
preguntarle quién eres a tu cara
y aun tentar con las uñas y el colmillo
el temple de tus músculos y entrañas.
Porque sucede a veces que natura
entre los discos de menuda plata

que por el mundo hace rodar, desliza
heroicamente hermosa, una medalla.

IV

Como el demonio ya no quiere
comprarle almas al dolor
porque no llevan hoy la marca
que antes grababa en ellas Dios,
quiso venderse al vulgo necio
cierto olvidado hambriento autor
dar por dinero el oro vivo
que le encendía el corazón
Se lanzó a hablar en un idioma
bastardo y vil. ¿Y qué alcanzó?
juntar al hambre la verguenza
de prostituir su inspiración,
ver en la nube de silencio
que se hizo en torno de su voz,
desvanecerse sus ideales
y su entereza y su vigor

V

La verguenza que le han infligido
no pudo matarlo de pena o de rabia,
ni obligarle a saltar como un tigre
al aire los dientes y en alto las garras;
la verguenza que le han infligido
añña sus puños, desfíbrale el alma
y le obliga a pasarse la vida
entre hembras y perros, metido en su casa.

VI

El azul no es una cosa extraordinaria
es un poco de aire suave y blanda luz,
no es quimera ponzoñosa y sanguinaria
es, velando lo infinito, leve tul,
sin embargo, ved que cosa extraordinaria
sé de un alma silenciosa y solitaria
a quien mata lento y ávido el azul.

VII

Y al fin alzó su grito
mi desconsuelo,
por el alma perdida
clamando al cielo
muy atenta, la nada
recogió el grito
y lo subió a los ceros
de lo infinito

VIII

El dice que se siente, de tanto haberla amado,
momí o leñificado,
y ella de esa pasión
dice que fue el resorte de un alma de cartón

IX

Se dolió de la suerte de la hermosa.
Bien Pero es condición de todo el sexo
Nunca faltan ladrones de primicias
cuando en mujer la niña se transforma.

X

Se mira cada cual por cualquier otro
plagiado, y contra el plagio se enfurece.
¿Por qué? ¿No es cualquier otro todo el mundo
y el mundo cada cual y el mismo siempre?

XI

Quieres llamar las cosas por sus nombres
y no de cualquier modo, a tu manera
viendo lo vil en el placer del beso,
viendo lo sucio en el gozar del diente
Llamemos a las cosas por sus nombres
y llegue a nuestro amor el crapuloso
decir del lupanar y a nuestra mesa
el olor nauseabundo del mercado

XII

¡Oh, tus límpidos ojos de muñeca
que anillan las pestañas de carbón
¡Oh, tu roja sonrisa que si peca
por fatua en su hermosura halla el perdón .
¡Oh, blanca y en los huecos sonrosada,
tu linda naricilla de cartón
¡Oh, tu espaciosa frente, penetrada
de la fuerza expresiva del melón . .
¡Oh, todas tus hechuras hechiceras,
bello Narciso. Sueñan en tu amor
la estética sexual de las niñas
y de las colegialas el candor

XIII

Qué grande, qué espesa tu boca tragona
clara en sus risueños dientes esplendentes .
Yo vi en un establo tu cálido hocico
yo vi en una jaula de fieras tus dientes
También mis saludos a tu compañera
A ella la distingue cierto aire de gente,
tendida a lo largo rumiaba sus sandwiches
ayer en la sala del viudo de enfrente
Idos de la mano como dos hermanas
Triunfaréis a duo, pues sois dos mujeres
hechas con el arte de sport y cantina
con que aderezamos los gruesos placeres

XIV

—Ea, di de una vez que has olvidado
que no hay ya ni una sombra entre nosotros
que quieres ser mi amigo de aquel tiempo
que fue la nuestra enemistad sin odio
Tú no eres vengativo,
tú no eres rencoroso
tú no me has hecho daño, ni siquiera
me has dado a tu reir o al de los otros
„Por qué negarte a una amistad que acaso
nunca se fue del todo,
que acaso espera oculta
amable paz propicia a su retorno?”
—Yo sé que nada espera. En mis adentros
tú eres un buen señor que no conozco
aunque sé de él que no ha de ser mi amigo.

Porque sé, en la experiencia de mis odios,
que cuando mi alma expulsa es para siempre,
que no me vengo, pero no perdono

XV

No te pintes, querida; va diciendo
la pintura aquí estoy; nadie repara
en ti por reparar en la pintura.
Pero si ayer, querida, te pintabas,
píntate como ayer, con el cuidado
que ha de darte tu error de esta mañana
y de haberte pintado a maravilla
durante largo tiempo, en la confianza

XVI

Lo invitan y él responde enfurecido
"Mujer del diablo, yo no soy morocho,
"yo soy Epaminondas Tiradentes
"del Cerro Azul, y no levanto polvo
"en honor de las hembras de tu laya
"sino por mis princesas, bajo un cielo
"que encienden, soles de oro, mis hazañas".
Lo reprende un amigo, y él protesta:
"¡No fue excesivo mi decir austero!
"Yo soy Epaminondas Tiradentes
"del Cerro Azul, y esa mujer del diablo,
"tras de haberme fijado, irrepestuosa,
"un ridículo mote en las espaldas,
"quiere que acueste mis blasones regios
"en la plebeya mugre de su cama".

XVII

Tiene el mal ridículo
de no haber saltado,
de estarse en la calle
metido en el barro
viviendo una vida
de idiota o de esclavo.
Tiene el mal ridículo
de haberse quedado

XVIII

¡Up, la, la . copas, auto,
caballos y ruleta!
¡Up, la, la y los amores
sin amor ni vergüenza!
¡Up, la, la suda y cobra,
y a divertir las hembras
haciendo andar a prisa
las patas y las ruedas!

XIX

Llegó a un rincón de una revista
a murmurar de Massenet
una mundana un poco artista
que por Manón nos dijo de él:
Es un galán y un amoroso
que os entretiene alguna vez
en largo juego voluptuoso,
pero que nunca os da el placer

XX

La voz que llorando acaricia
 su música dio á tu reir.
 Jugando, ha prendido en tu seno,
 su flor de la muerte, París.
 Te eleva en su cáliz el arte,
 el vino solloza al subir,
 e imprimes por siempre en las almas
 tu cruz y tus besos, Mimí.

XXI

Mi corazón está llorando a solas
 Yo le sigo el humor y también lloro..
 Y lloro sonriendo, recordando
 siempre, a aquella mujer que nunca nombro.
 Ella me dio el dolor de amar en vano,
 y, honda y vacía, una ansiedad de loco;
 yo no tuve el poder que nos renueva
 ni el valor de morir. Eso fue todo
 Eso fue así. Pero recuerdo un algo
 de quimérico en ella, en mí de tonto
 que me mueve a reir cuando se queja
 mi corazón y en su tristeza lloro

XXII

¡Ay pobre cenicienta
 que no puede salir de la ceniza,
 que teniendo en los ojos su alma hermosa
 tan sólo ve las sombras de la vida
 ¡Ay pobre cenicienta

que al esconderse trémula en sí misma
no sabe que a adorarla en su hermosura
la estrella del amor descendería.

XXIII

—¡Eh, eh, el mocito cantimpla,
el lánguido mequetrefe
nacido en un alcornoque
de un injerto de pelele
¡Hola, no entres en mi viña
que las uvas están verdes
para tu tierno gazzate,
para tus dientes de leche .
¡Digo, no entres en mi viña
que tú no eres de mi gente
sino de la partidaria
del jarabe y el merengue .

Para masticar mis uvas
en la hora hermosa y ardiente
en que al sol se abre la tierra
y del cáliz se desprenden
los gérmenes, y a los sesos
se sube el olor agreste,
es necesario tener
la mandíbula ancha y fuerte,
y voraz el apetito,
y duro y cortante el diente.

—¡Hola, el señor de la viña,
¿por qué me tratas así?
Yo no he venido a robarte,

yo no he venido a pedir.
 No he venido por tus uvas,
 alimento áspero y vil,
 por el aire y las visiones
 de tu rudo huerto, sí.
 Quiero dar a mis sentidos
 que hoy se niegan a sentir,
 y a mi garganta y al alma
 la vida que sobra aquí
 Porque tú, ¡ayán ilustre,
 y otros asnos como tú,
 no ofrecéis en vuestras obras,
 bajo el fascinante azul,
 los prodigios de la línea,
 los milagros de la luz,
 pero dais en vuestro huerto,
 sin saberlo, juventud.

XXIV

Ella lo vio en un banco del paseo
 a la luz de un farol, adormecido.
 Y tuvo piedad de él, de sus harapos,
 de su inmenso abandono, de su mugre,
 y de la luenga barba venerable
 viuda del peine, hijastra de las uñas.
 Y quiso que en el alma de aquel hombre
 una gota de luz iluminara.
 Y con el pie tocándole un juanete
 lo hizo despabilar más que de prisa,
 y ver, bien despejado, entre dos dedos
 hacia él venir una moneda de oro

El con un gesto rechazó la oferta
Se acomodó de nuevo rezongando,
moliendo entre los dientes su fastidio.
“¡La idiota! ¡Le deseo que esta noche
oiga al ratón o con el diablo sueñe ”

XXV

—Eramos tres poetas
—¿Poetas como tú? —Como yo, es cierto
—¿Y tantos de una vez? —¿Por qué no tantos?
El mundo da poetas como suele
dar, rico y amoroso, el prado flores
—Serán flores del mundo los poetas,
yo, así, nunca vi al mundo florecido
¿En dónde están, si gente son los tales?
¿Qué selva, gruta o nube los esconde?
¿En qué oscuro rincón los descubriste?
—No se van, no se ocultan Ellos mueren
de su primer canción bajo las alas
Se mueren por vosotros y en vosotros,
porque a su lado sois la mala hierba
que se apura en crecer cuando ellos crecen
y en su estúpida fuerza los ahoga

XXVI

Y el corifeo melenudo dice
¡Que el diablo saque a luz la inteligencia
archidifunta, ultraenterrada y fósil!
¡Que el diablo a golpes le sacuda el polvo
y la lleve a un salón de lustrabotas

a que le den betún, cerote y brillo!
 ¿A quién os puedo comparar burgueses?
 ¿Y de dónde sacar grasa bastante,
 unto sin sal, virutas y cascote
 para hacer el montón que represente,
 abrumador y vil vuestras ideas?
 Sin amor ni en la tierra ni en las almas,
 mertes, sin más fuerza ni destino
 que la del peso al gravitar, vosotros
 avergonzáis al honorable gremio
 de los rumiantes, donde sólo gracias
 al vientre enorme penetrar pudisteis
Y responde una barriga a los melenas
 ¡Que Dios os lleve al cielo y os conserve
 en tantas guampas cuantos sois vosotros!
 ¡Si su poder le basta, él os sazone
 y os presente en montón y en ensalada
 cuando le pidan desde el limbo espárragos!
 Os castigue el haber hablado turbio
 durante toda vuestra vida, os premie
 esta vez en que habéis hablado claro.
 Preferimos, melenas, el insulto
 que lanza vuestra furia y recibido
 extiende con su peso nuestras hondas
 al oscuro y dulzón galimatías
 que en nuestra vida derramáis traidores
 el tímpano moléndonos y el alma

XXVII

—Felices los de fácil argumento
 —Si en él se obstina inspiración robusta
 —¡Felices los que tienen abundancia!

- Si en armoniosos actos se reparte .
—¡Feliz el que produce sin fatiga! .
—Si el ritmo es justo y el placer a punto . .
-

—Amigo mío, el alma
es difícil y rara y caprichosa
en la elección de la hermosura viva
que para el arte ha de robar al mundo;
o son tal vez ensueño inaccesible
a su amor y su fe, la isla argentina,
el melodioso bosque, el astro de oro
que en un querer estéril la obsesionan .

—El alma, amigo mío,
debe apagar a veces su deseo
en la frescura de una sola fuente,
de un solo arbusto en las floridas ramas.
El quid estriba en conocerse a fondo
y no andarse buscando lo imposible
El que nació para Don Juan, lo sea,
y el que, para marido, que se aguante.

—Amigo, me confundes
haciéndome dudar de que tratamos
¿Es de un amor aventurero y loco?
¿Es de un arte voluble e inseguro?
—Amigo mío, el génesis
mucho tiene que ver con los poetas;
que lo diga Moisés, y si él se excusa

responda Salomón y la madama
que le inspiró el Cantar de los Cantares.

—Pero tú no respondes, tú sonríes
¿O es que me quieres sugerir, jugando,
que en un solo raudal la misma fuente
da en las almas amor y poesía?
—Yo no sé ni una gota de las almas,
ni pesar las ideas, ni tampoco
volver como un filósofo a lo dicho.
Sólo sé que una vez amé a Tiburcia
y que otra vez di formas a un ensueño
y que gasté, las dos, la misma fuerza. .
o a mí me pareció que era la misma.
—¡Pobre Tiburcia! —¿Pobre? Me parece
tu presunción irracional, querido
¿Tú crees con los bobos que el poeta
da al arte sólo estériles palabras?

XXVIII

Un verso de hermosura inmarcesible,
un verso de decir toda la vida,
de aspirarlo y gozar hasta la muerte
Mi adolescencia lo buscó en sí misma,
y al aire de la noche los sentidos
ofreciendo, en la voz de los poetas
Mi corazón mil veces engañado
en veces mil evaporó las gotas
de opio, de miel, de olvido, de esperanza . .
¡Pero que pronto se disgrega el arte

en nuestro barro vil, no lo retienen
las mal urdidas mallas del cerebro'
La fragancia profunda y exquisita
que el viento esparce eternamente, el suave
fuego de amor que abrasa y no consume,
el contorno ideal, la milagrosa
impresión indeleble de lo aéreo
que en hora fugitiva pasa hermoso
¡Palabras sin arraigo en los sentidos' .
¡Sueños' . No hay una voz que permanezca
y de placer sature nuestras almas,
y les dé su vivir hasta la muerte

XXIX

—Es Ella, sola. Una y celosa, es Ella
El corazón en soledad es uno
y una la soledad Y yo soy Ella,
la soledad, y el corazón, y muero
—¿Eres Ella también? — También soy Ella
porque hoy, desamorada, Ella no es Ella,
sino mi eterno amor.—¿No hay Ella, entonces?
—Si dijera que no ¿quién es la tigre
celosa y cruel que mi existencia aísla
y en soledad mi corazón devora?
—A ver ¿Quién es? Tú dudas No lo sabes
Yo sé que no lo sé Bien Es el caso
de írselo a preguntar a un alienista.

XXX

Recuerdo, desterrado, la penumbra
donde nací, donde crecí escondido,

y el alma de la tierra que oprimía,
 húmeda y amorosa, mis raíces,
 y sueño que se quejan en mis ramas,
 desnudas hoy de pájaros y flores,
 las savias que se han ido para siempre
 y la voz de las aguas plañideras
 a quienes para siempre me han robado .

Aún veo en mi ilusión a la colina
 que amansa en su bondad al viento rudo
 y detiene a los pájaros sin nido
 y en su falda de trébol los acoge
 Subían a mirarla
 mis finas ramas nuevas
 desde que sonreía en los albores
 limpia y suave la luz del sol naciente

Recuerdo la mañana
 en que en mí se ensañaron los verdugos,
 y, herido y mutilado,
 me arrebataron al materno bosque .
 Se evaporaba el llanto del rocío,
 subía el sol. Cruzando la colina
 aspiré su bondad en los anhelos
 de un postrimer adiós Luego las llamas
 de un sol terrible, y áspero el camino,
 sentí en mi desnudez y mi quebranto.

Forzado a ese camino doloroso,
 iba dando mi sangre a ese camino,
 ciego en una amargura inconsolable,
 iba dando al camino mi esperanza
 Iba a donde he llegado,

lejos, muy lejos, del materno bosque,
iba a donde me muero
soñando que mi amor me llama y llora.

Hedme en la tierra nueva
que me envuelve, y en vano, en sus caricias
hedme en la tierra que odio
en su aire suave y en sus claras fuentes.
Nada he tomado de ella,
no la quiero, abomino sus amores,
no quiero que alimenten
mi corazón los jugos de su seno

Mi corazón quiere morir intacto,
todo él ajeno a todo goce impuro,
mi corazón quiere morir sintiendo
en las últimas gotas de su vida
su único amor, todo el amor del alma
que en la penumbra del materno bosque
da al dolor el perfume inextinguible
de su ternura, y me recuerda y llora ..

XXXI

Yo busqué con el lápiz
y con el cortaplumas,
en un viejo cuaderno
y en un palo de escoba,
en un viejo cuaderno
que abandonó inconcluso
una pluma de cisne
amiga de Espronceda,
y en un palo de escoba

que era un caballo, el mismo
que galopó incansable
por mi niñez lejana .

Y yo hubiera llegado
si yo hubiera tenido
un taller, un estudio,
luz, estímulo, ambiente,
y el olvido fecundo
que al artífice aparta
de temores y penas
al comenzar su día .

Miraba yo del borde
de un lecho de estudiante,
sólo veía un patio
desnudo y polvoriento,
rincón abandonado
al juego silencioso
de niños enfermizos,
pobre jardín anémico
donde fatal y lenta
elegía la muerte

Cerradas las persianas
al sol de los felices,
al hálito que enciende
las almas, yo seguía,
con un lápiz inhábil
y con un cortaplumas,
en un viejo cuaderno
y en un palo de escoba,
las tortuosas y lentas

líneas con que la muerte
escribe sus presagios

Pero el arte en mis manos,
pero el arte en mi boca,
sin llegar se rompía
en insanos delirios
Porque yo también era
en el jardín anémico
un alma entre las almas
tocadas por la muerte
Ella no quiso amarme,
no me llevó consigo,
pero un instante tuvo
mi espíritu en sus manos
Y en él dejó indelebles,
abiertos para siempre,
como una queja muda,
los labios de una herida.
Y arraigan desde entonces
en los dolientes labios
las flores de sepulcro
que en mi razón se expanden
y dan las fibras mórbidas
en que se rompe el cántico
a que mi voz aspira
a que mis manos tienden .

N A D E R I A S

N A D E R I A S

I

Lleva un vestido rosado
floreado de lises de oro,
cñe su seno un cendal
tejido en pálido rojo
donde su escote de niña
tiembla friolento y miedoso.

Una desnudez pueril,
rosa al través de los polvos,
busca las suaves caricias
que alientan sus rizos blondos
y las sedas de los lazos
que se esponjan en sus hombros

Vencidas por el cansancio
de los marfiles afónicos,
sus finas manos se aduermen
sobre el viejo clavicordio

Vuelve su nuca a los altos
cristales donde sus tonos
postreros aviva el día,
vuelve a mí sus claros ojos.

Curiosa mira el silencio
inmóvil de mi reposo
sobre el sofá de la abuela
y en mis quimeras de otoño—

y chispas de burla animan
lo que preguntan sus ojos

El porqué de mi silencio
su preguntar silencioso
inquiére —y, muda, la tarde
quieta y muda está en nosotros—
y es una tarde que llega
de un país viejo y remoto

Y es una tarde que enciende
en los sueños del reposo
la pálida sangre rosa
de su vida y lirios de oro
y es la araña de la tarde
tejiendo argentado copo
en el corazón gastado
de mi viejo clavicordio

II

La árida niebla, la nube
de mis sopores, se inflama
de pronto, en rojos vivaces
y resplandores de fragua,
luego hay voces que se elevan
y formas que se destacan
y sobre mármoles blancos
ancha cortina escarlata
que descende de los bordes
de un cielo de porcelana,
de un cielo como una luna
que muriendo sola y alta,

del fuego que la consume
el resplandor derramara.

Sollozantes niñerías,
frivolidades de flauta,
vago gemir sin deseos,
canción de bocas de esclavas,
son los murmurios que ritma,
presa en mármoles, el agua.

Extendiendo entre los rojos
y el mármol, estrecha faja,
brilla del ambiente externo
la luz vigorosa y blanca,
y en la luz virgen, desnudos,
lentos, silenciosos, andan
pies de mujer.. (Pobres aves
velaron sus dulces gracias
en los ámbitos confusos
de los jardines del alba
y, heridas del sol, huyeron
a otros nidos, a otras almas .
Y eran una imagen débil
de analogías lejanas)

Femeniles y pueriles
hollásteis así mi infancia,
femeniles y pueriles,
así como si aññaran
sus juegos las voluptuosas
en las fiestas cortesanas .

Llegábais a mí en los sueños
de un amor que se ignoraba

y vuestros pasos prendían
leves, suaves, locas llamas,
los rubores del deseo
en la carne inmaculada.

También hoy cuando la muerte
se indigesta en mis entrañas,
llegáis a mí y a perderos
en la árida nube opaca
que mis ensueños devora
que mata mis esperanzas
que ya me absorbe en vosotros,
frescos capullos del alba,
la gracia pueril y leve
a que se alzaban mis ansias

III

Oro que aroman violetas,
dormido en el vago ensueño
de las ondas que rizaron
los finos nerviosos dedos
¿cómo llegaré a vosotros,
cabellos suaves, sedenos,
que amáis del aire y la luna
los desamorados besos?

Claridad de la mañana,
pálido amor del lucero,
luz enlutada en el llanto
del rocío sobre el trébol
¿cómo llegaré a vosotros
oscuros ojos inquietos
que huyendo siempre, lleváis
un robo que es un misterio?

Flor alada entre perfumes,
cáliz fulgurante y trémulo,
dicha oculta, prometida
fuente de que estoy sediento
¿cómo subir, corazón,
a las llamas de tu seno
si fantástico y celoso
vives de ti mismo huyendo?

Y tú, alma suya que llevas
sus sonrisas y sus besos
cuando ella esparce en la noche
la luz de sus sentimientos
¿nunca podré en mis miradas
detener tu loco vuelo
para traerte a las rosas
que iluminan mis adentros?
¿irán siempre, irán en vano
llamándote a mí, mis versos,
clamando por ti, alma mía,
perdida a merced del viento?

IV

Plomizas líneas agrandan
el esmalte de tus ojos
fatigados por las fiebres
de un vivir venal y pródigo.

Tus cabellos que, tal vez,
suaves te amaron y blondos,
en metálicos reflejos
arden y en rojizos tonos.

Bajo inhábiles colores,
bajo ungientos sudorosos,
aniñada, idiotizada,
la máscara de tu rostro
no finge ya las delicias
que incitan deseos locos,
ni desata en los deseos
vértigos de sangre y oro

Al través del aire denso
del café brutal y estólido
donde la canción liviana
agita sus abalorios,
te miraba aquella noche
como aquel que sigue, ocioso,
con el alma adormecida,
un vulgar giro melódico

Pero en esto . Fue un agudo,
rápido aguijón, de pronto
sentí un golpe, vivo y trémulo,
de mi vida en lo más hondo,
golpe aleve que, mil veces
repetido, bien conozco,
dolor que abre mi memoria
a la imposible que adoro

Te miré, como en un grito
de todo mi ser ansioso,
buscando el recuerdo amargo
en las líneas de tu rostro, —
y era su boca. Tú tienes
sus puros labios piadosos,
suaves, infantiles, sobre

el mentón voluntarioso.
 Tú no. Tu perfil, tu sombra,
 y aún en tu sombra, es tan poco
 esa línea incorruptible
 vencedora de tu oprobio
 que moriría en el trémulo
 nacimiento de un sollozo
 o al abrirse una sonrisa
 o al despuntar de un enojo

Así fue la noche aquella
 en que pescabas antojos,
 quieta entre los pulpos hembras,
 atenta a los peces bobos;
 así fue la noche aquella
 en que, con rabioso asombro,
 viste que te perseguían,
 sin querer de ti, mis ojos

V

Lentas olas silenciosas
 a los muelles van llegando,
 a los muelles y a morir .
 (Por la penumbra de un claustro
 campanadas melancólicas
 cruzan y sayales pardos
 Y es en un alma enfermiza
 y es en un día velado
 un desconsuelo sin nombre .
 Y es de tarde, en un verano)

Bajo tules blanquecinos
que descienden desflecados
en inmóviles caídas,
del sueño de los sudarios
es la inercia de los chales
que las olas desgarraron,
los chales amarillentos
que buscaron los halagos
de los senos de las olas
y la muerte en sus cansancios .

Vívidos lagos de azogue
asoman por el Ocaso
sus bordes resplandecientes;
resplandores argentados
abren sus alas de gasa
(los silenciosos relámpagos
de los países lunares)
resplandores argentados
abandonan los misterios
del ocaso, de sus lagos
Y descienden y en las aguas
desvanecen sus desmayos
que en ellas trémulos fingen
la aureola de un sol blanco .

Los mástiles se destacan
nítidos El fondo claro
dibuja, de alas marinas
que acechan, el vuelo tardo. .
Fuerte y rígida, la vida
disuena, como un sarcasmo,
en la claridad inerte
del día en blanco enlutado

Y hay a mi lado una niña
y son tan frescos sus labios
que en ellos la luz sonríe
venciendo un silencio amargo.
Y son de aurora y de seda
sus suaves bucles castaños
y son muy niños sus ojos
aunque se apenan nostálgicos .
Y el aire templado y triste
deja besos y desganos
en los ojos adormidos
de la niña y en sus labios
El aire suave y enfermo
del día en blanco velado..

VI

Era en el humo que sube
cuando los cirios se apagan
y en la sombra que desciende
al extinguirse la lámpara
—Eran en cándido altar
voluptuosas llamaradas
y en blanco lecho piadoso
fiebres de odio y de venganza.

—Era el alma enloquecida
ardiendo en rabiosas llamas
y era, cruel, rudo y celoso
su amor reinando en el alma..
—Era que tú lo escondiste

en tu soledad hurafia,
era que, enorme y sombrío,
devoraba tus entrañas

—¿No era, pues, el alma un niño
extraviado en su ignorancia?

—¿No era un niño que en deseos
crecía pero no en alas?

—¿Podía acaso volar
y vencer el alma esclava?

—¡Ay del alma que no es digna
del amor en que se abrasa!

—En vano acerqué el oído
era una fuente sellada

—Era que no le decías
y ella por eso callaba.

—En vano esperé, rondando,
miel de la colmena avara

—Era que no le pedías
y ella por eso no daba

Era que, llegado el tiempo
en que florecen las almas
y los cálices desbordan
y se evaporan las llamas,
vi unos ojos fugitivos,

vi un agua risueña y clara
que, burlando mis deseos,
de mi vida se alejaba

VII

Yo era un niño de Dios, pero yo estaba
como un hijo de Adán, en un infierno
A un lado yo tenía
la imagen de una santa,
a un lado, al otro lado,
un cuaderno de versos,
y era la santa Juana
la Loca y el poeta
Juan de la Cruz; mi vida
sólo esperaba de ellos
Yo era un niño de Dios, pero yo estaba
perdido en un amor y en él muriendo

¡Si él hubiera querido
y la luz que deslumbra en sus adentros
y las líricas ondas
de su decir ingenuo! ..
¡Si ella hubiera querido
y el corazón enfermo
de un solo amor que sumergió su vida
en la luz de la luna de un ensueño! .
Pero ellos no me amaban
pero ellos no quisieron
y las líricas ondas y el rocío
de las noches del huerto,
sin mojar con las gotas de su llanto
mi ánima dolorosa, se extinguieron

Y en mi interior la sombra
que ignora y sufre, penetró de nuevo,
y después y otra vez, yo fui aquel niño
perdido en un amor que era un infierno .

VIII

Hoy, aún, desde la almohada
mullida de niebla y frío
por esta locura inerte
donde muerto o vivo, vivo,
mi pobre cabeza enferma
me ve, en los recuerdos, niño,
de un largo llanto en la embriaguez, durmiendo
sobre la cruz que siempre fue conmigo.

(La estancia desnuda y sola,
húmedo el aire y sombrío,
la última luz del crepúsculo
quieta en los sórdidos vidrios
y un rumor de agua escondida
o música de suspiros,
en aquel rincón de sombras
donde está dormido el niño .
Duerme y sueña que ella ha vuelto
de la muerte y del olvido,
a subirle a su regazo
y abrigarle en su cariño,
duerme y sueña que descienden
los ojos de ella y sus rizos,
a adormecerse en los ojos
y en los bucles de su niño,
duerme y sueña y dulcemente,

en el corazón herido,
dan su claridad las rosas
y sus lágrimas los lirios).

IX

Nos vimos sin mirarnos,
fue cómplice un espejo,
y fue en el aire helado de su luna,
nos vimos, sin mirarnos, desde lejos
Ella, a quien se han llevado
como si hubiera muerto,
ella, en quien infiltraron, ellos mismos,
el pensar vil, los ruines sentimientos. .
Y yo que me he quedado
sin ella, de ella para siempre lejos. .
y yo que estoy, sin ella,
como si hubiera muerto .

X

—¡Cómo estás sola,
luz y amargura de mis silencios,
ánima mía!
¡cómo estás triste, cómo estás sola,
cómo te mata su lejanía! .

—Murió la llama de mis ensueños
sobre el oscuro vaso de arcilla,
ardió en extraños fuegos sombríos
la blanca tienda de mi alegría
Subió en la noche mi alma gemela,
se hundió en el seno de esa neblina

de donde baja, como un rocío,
 polvo de estrellas a mis cenizas
 ,Y no descende la hermana pálida,
 la hermana mía,
 y en el rocío de las estrellas
 llega el perfume de sus caricias' .

—Anima mía de mis dolores,
 llanto en la noche, niebla en la vida,
 ánima enferma de amar en vano,
 ánima mía,
 por siempre sola, sola en la noche
 que es, para siempre, su lejanía

XI

Ya bebí mi café y ahora deliro
 con mi alma en ti y los codos en la mesa,
 ya bebí mi café, pero yo extraigo
 del seno de mi amor la taza llena
 Yo bebo por las noches luminosas
 en tus profundos ojos prisioneras,
 bebo por la hermosura de la noche
 prendida de tus bucles en la seda
 ,A vosotras mis votos de alegría
 oh noches de mi amor' , Si allá, en la senda
 de una locura, vislumbráis el alma
 por vosotras, enferma,
 detened un momento, el de un suspiro,
 vuestra niebla de luz en su hosca niebla'

XII

Vete, hermana mía, calladita, vete,
vete con tu hermano, vete, hermano mío,
idos en silencio, idos sin mirarme,
de noche, esta noche sin estrellas, idos
No acerquéis los labios al alma leprosa,
a mi alma impregnada de hiel y de frío;
dejadme en mis odios, dejadme, volveos,
volved a la muerte, volved al olvido

XIII

Lleguen a la playa mis nuevos amores
con hierbas salvajes y juncos del río
y abriguen y mullan el frágil albergue
que a la blanda arena y a la luna fío
Y en las pobrecitas almas de los campos,
sacien mis amores su sed de rocío
y la luna sea en mi ocaso y sea
en su albura virgen, el último frío.

Así lo esperaba y así lo decía
llegando a la arena cuando el sol moría,
así lo esperaba, pero yo sentía
que el alma en mis huesos se entenebrecía,
así lo esperaba, pero yo sabía
que al cerrar la noche mi alma no querría...

XIV

Una ternura piadosa
el alma mía llegó
y la niebla de su llanto
dio de dormir a mi amor
Y el alma mía se estaba
columpiando una canción,
en el seno de la niebla
que alejaba su dolor

Encendéos frescas rosas
que perfumáis mi balcón
y en vuestros vivos rubores
detened la luz del sol
La luz del sol no se acerque
a donde duerme mi amor
pues dormido me consuela
de ser siempre mi aflicción .

Así cantaba mi alma
muy bajito, muy sin voz,
temerosa de la vida
que llamaba a su balcón..

XV

En un convento .. (¿cuándo? .. lejano)
tres ignorada colegialitas
con las varillas de un abanico
misterioso paisaje abrían .

Y eran los mirtos de amor — y el cielo
 cielos de seda
 de quitasoles de mandarinas,
 y las parejas, muy empolvadas,
 aprisionadas en grandes cintas,
 eran figuras de minué y eran
 rojos y sombras, charlas y risas,
 en los trineos de oro que alaban
 cisnes germanos y rosas indias

Y he aquí que sube del cielo iluso,
 la misteriosa palabra mística,
 la voz que vive, pálida y sola,
 donde se esfuman las lejanías...

Voz de una fuente que mana y llora
 bajo las nieblas, por entre espinas,
 y en los jardines abandonados
 inconsolable dolor infiltra ..

Voz de presagios que canta y llora
 cuando desgrana sus profecías
 en las gavotas de los trianones
 y en los maitines de las capillas .

Y habló en las almas y habló en los labios
 de las absortas colegialitas,
 la voz que vive, pálida y sola,
 donde se esfuman las lejanías

Dijo la blonda

Fui una muñeca
 de Sévres, rosa, pequeña y fina,
 toda de todos

—¿Lloras?

—No Zumban

en mis cristales bohemios, avispas,
es tu borgoña, son tus rubíes .

—¿Sangre en tu pecho?

—Sangre de guindas.

(Sangran las rosas

en mis heridas .

llora en mi seno

la voz perdida . .

Suenan espumas y en sus hervores

cantan los cisnes de la agonía

¿es que se llevan el alma enferma

y se evapora la vida mía?)

Contó la bruna

La edad empolva

mi cabellera sedosa y riza,

manto y mitones, sobre mí, apagan

su gris, un tibio gris de cenizas

Oh mi pequeña, viví el paisaje

preso en los sándalos de esas varillas,

como quien sueña su hogar lejano

en los prodigios de extrañas islas

Oh mi pequeña, tú eres mi sangre,

renazco y amo de tus caricias

porque eran nieve, mis castidades,

sobre los cisnes albos que huían.

Orad es Angela

Y en el regazo

de sus miradas, su alma cautiva,

y entre sus labios, vivo, el deseo

de donde suben las voces místicas
No de las fiestas el aire vano,
su alma los sándalos aromatizan
y alas de cisne, desde el incienso,
llegan a un bosque de amor El día,
de oro en las palmas, de oro en los cirios,
blanco en el lino, nace en su misa,
ve en nubes de oro vagar las almas
donde florece sangre divina.

Y esto lo dijo la más pequeña

Los historiados vidrios tiritan
fríos monjiles Zumba, infecundo,
el vaso bohemio de las avispas.
La abuela reza sus cuentos

Son
viejos violines a la sordina,
voces lejanas, en los presagios
de las curiosas colegialitas

XVI

Con su peluca empolvada
y su casaca gris perla
y sus blondas y su lente
que sus gestos amana,
llega a ti y en su saludo
su figura petimetra
se inclina para que eleve
tu amor sus frases discretas

(Salió de un viejo marfil
como de un pomo de esencias,
salió de una breve cárcel
de marfil Las damiselas
que eran con él, lejos de él
sus envidias cuchichean)

Las danzantes, vagorosas
en sus rasos, en sus sedas,
de las manos del minué
desprenden sus gentilezas
que en el aire perfumado,
en ondulaciones lentas,
siguen los pasos sedeños
de las notas que se alejan

(Los tañedores, inmóvil
el arco sobre las cuerdas,
desde el viejo marfil, miran
los trianones con que sueñan)

—Las horas a vuestro lado
fingen las hadas y estrellas
de las fiestas del rocío
en albas de primavera

—Un instante fugitivo
junto a mí mis glorias sean
vuestras gracias En mi brazo
los finos marfiles sienta

de vuestra mano, en mi boca
la inspiración de la vuestra

.

—Bien sentí como subía
hasta llegar al alféizar,
hasta envolver la ventana
en su espesa cabellera
Ha llegado y, blanca y suave,
crece ahora su belleza
dando cálices que ofrecen,
viviendo amores que esperan.

Es sólo un grácil manojo
de finas varillas nuevas,
es efímera y humilde,
es sólo una enredadera,
pero ¿no sabéis? sabedlo
pues, sus raíces sedientas
también de mi corazón
luz y perfumes elevan

. . .

—Oh no digáis que es enigma,
sin querer, os desmintiera,
que no es enigma el amor
ni la bondadosa tierra
que abrigaron la simiente
de la blanca enredadera

. . .

—¿Cuál fue, aún? ¿No recordáis
acaso la tarde aquella
en que estando a la ventana

vos y yo junto a la reja
del jardín, enriquecí
con un beso nuestras señas?
Lo envié como una joya
del alma, pero severa
vos ¡y tanto! lo negásteis
como si fuera una ofensa,
y luego, punto y a oscuras,
velásteis vos la vidriera
y yo, el alma, por no ver
la herida recién abierta

Más tarde pensé que acaso
fuísteis un poco quimérica,
un poco niña y un poco
la colegiala que aún érais,
pero entonces yo sentía
sin pensar, mucho y de veras

Y aquel beso que negaron,
vuestro desdén y mis penas,
así que nació, transido
de crueldad bajó a la tierra
y fue milagro de amor
y del jardín gentileza
que de ese copo de nieve
cándida nube subiera

—Yo nada afirmo, yo dudo
de la razón de mis penas .
He seguido con los dedos,
blondas y rojas, las piedras

del collar de mis amores
sin desembrollar mi cuenta
Después de tantas sonrisas,
después de tantas promesas,
una nada, un beso al aire,
larga interrupción puntea
en mi historia y, roto el hilo,
claro está, el collar se suelta

Dijo el galán.

(En el viejo
marfil, entreabre el poeta
sus labios descoloridos
donde libaron su esencia,
pétalos de porcelana,
y mariposas de seda
en el aire de marfil
que larga quietud serena,
el entonces de aquel tiempo
espectral se transparenta,
y los frívolos caprichos
de voces madrigalescas,
son un poquito de polvo,
son un suspiro de niebla,
sobre los pálidos labios,
sobre las dormidas cuerdas .
Suave y trémula emoción
llega de las cosas muertas
y, suspirando, desborda
en las almas que recuerdan .
Se deslían en los tonos
del color y en las cadencias
de un minué, flébil, de ensueño,

las vaguedades enfermas
que los perfumes atristan
y el marfil amarillean)

XVII

Tú no eres aquélla, tú no eres
ésa en quien pienso yo cuando me miras .

¡Ay, pobres ojos negros
que penan en tu carne envilecida!
¡Ay, trémula de luz, la carne rubia
que das venal a anónimas caricias!
¡Ay, sus besos que vendes!
¡Ay, su alegría ingenua que prodigas!
¡Ay, cómo me persigue al lado tuyo
aquélla a quien yo amaba en mi otra vida! .

XVIII

Cesó tu charla frívola y risueña,
entristeció tus labios el silencio,
y, ceñidos los cándidos cendales,
con lentas manos me atrajiste al seno
„Sentiste las visiones de otros días,
de aquellos días, como el alba frescos,
que, celosos del aire y del camino ,
entre lirios y espinas te escondieron?
„Sintió la fuente impúdica que hoy eres,
en su limoso, frecuentado lecho,
la áspera esencia de un dolor que sabe
a verde fruto del ramaje nuevo?

Al reclinarme en ti con mis pesares
 desbordó acaso el pertinaz recuerdo
 de una suave mujer que ha desgarrado,
 con sus uñas de nácar, mi cerebro,
 y en la enturbiada fuente
 donde al pasar, enceguecido, bebo,
 cayó una gota intensa de amargura,
 de esa amargura de que estoy enfermo.
 Tú callas, no preguntas
 a qué mujer en mi interior recuerdo
 ni por qué ella permite que otra sea
 quien enjague el dolor que a ella le debo
 Tú callas y meciendo dulcemente
 mis pobres sienes, mi angustiado pecho,
 con besos insaciables, acaricias
 mi íntimo y silencioso desconsuelo.

¡Ay, Ninón, si pudiera
 olvidarme de tí, de mí, en tus besos!
 ¡Si pudiera creer de estos instantes
 que toda nuestra vida muere en ellos!.

Adiós Ninón. La hora gentil ya es ida,
 en tu tienda de amor, con él te dejo,
 él te libre de mal y multiplique
 tu encantadora habilidad, por ciento.

XIX

—¿Tienes amigos, Ninón?
 —Ninón tiene una muñeca

Yo estoy llorando y no quiero
volver, pero ella me espera

—¿Tienes querido, Ninón?

—Ninón tiene una muñeca
Me olvido de mí, llorando,
y ella, al despertar, me besa

—¿No tienes niños, Ninón?

—Ninón tiene una muñeca
Su carne de porcelana
en mi amor no se envenena

—¿Tú tienes amor, Ninón?

—Ninón tiene una muñeca.
La perdí una vez bebiendo
a la luz de las estrellas

—Yo estoy borracho Ninón,
o tú, Ninón, no estás buena .

—Borracho chanco... Después
yo me compré otra muñeca .

XX

Sobre el agua de invierno, clara y fría,
hoy temprano incliné mi frente adusta
y nada ví porque cerré los ojos
ante el horror de una enjabonadura

Amarga y leve, leve, amarga y fresca,
sentí en los labios, del jabón la espuma
y sentí en ellos, fresco, amargo y leve,
el sabor de los besos de Tiburcia

Y alguno susurraba en mis oídos,
no sé si mi conciencia o las burbujas,
y susurraba así: veneno de almas
hierva en los besos de su boca impura

Pero yo me lavaba y me decía:
pues hay un moralista que asegura
que al enfermo de amor es bueno darle,
de tiempo en tiempo, una enjabonadura.

XXI

Se lo dije en la calle a los poetas
se lo dije en el claustro a los filósofos
y en la alameda a dos enamorados
y en una mesa del café a un ocioso
Eran todos muchachos Yo les dije:
Suenan en el manicomio,
el mismo chaparrón de tonterías
que estáis soltando a chorros
A vida y gloria suenan
en medio de vosotros,
suena a un dolor sin llanto ni esperanza
cuando desciende al patio de los locos .

XXII

Cierto, no fue en ninguna acción heroica,
pero lo que es arder ¡vaya si he ardido!
Al volver mis miradas al pasado,
veo relampaguear el torbellino

¡Cuánto amor y entusiasmo
y cuánta ceguedad, en mis delirios!

¿Qué podía salir de aquella nube
que arrebató mi nada a lo infinito?

Me estoy mirando en este claro espejo
que está en mi carne opaca, claro y frío,
me estoy mirando en el cristal inerte
que, conmigo, salió del torbellino

Y esto soy yo. Este poco
del querer de un amor embrutecido
y este puñado de palabras huera,
hurtadas al montón que es de los niños.

XXIII

Me quiere tanto, tanto,
que me quiere difunto, pues desea
que la salud inánime remache
el juicio y el vigor en mi mollera
Quiere que dé mis versos
al fuego, mis tristezas
al viento, y que, tranquilo y vigoroso,
en el rebaño vil, uno más sea

XXIV

El se estaba mirando las estrellas
resplandecer desnudas en el cielo...
La voz de sus hermanos
lo llamó al deber de ellos:
sale de esa quietud que nos insulta,
anda, vive, envilécete, — dijeron.

y la quietud, extática en su pecho,
y a su interior volvían las estrellas,
de todo mal desnudas en silencio

XXV

Sin café y sin tabaco
la torre de los libros es un templo
donde no canta el órgano
ni perfuma el incienso .

Adentro el aire inmóvil
y el espíritu pálido y sereno
sereno, imperturbable,
regulador, geométrico..
Afuera, por los aires,
en el humo, en el viento,
la danza de las mórbidas ideas
y, loco, el torbellino del deseo

El café y el tabaco
la estéril inquietud meten adentro
y dan al aire vano y a las nubes
la fuerza dócil y el pensar sereno .

XXVI

Podéis soltar el río de la vida
del lado de mis obras inconclusas,
barrer de un golpe gérmenes y flores
y el agua nueva y la naciente bruma. .
Podéislo hacer. Pero sabed que el alma
que tengo en mí, ni cede ni renuncia

si le anegáis mi juventud de ahora
se subirá a las nubes o a la luna

XXVII

No, la luna no ha muerto En las estrellas
resplandecen las almas
y en la luna la luna y en la luna
su reina solitaria
(Esto lo dijo aquel porque no pocos
lo niegan e ignorando su ignorancia,
confunden a la luna con la luna
y a su inefable amor, con su morada)

XXVIII

Ve con tus versos descoloridos
mundos de rima, flojos de muelles,
con tu tristeza que nunca llora,
con tu ironía que nunca hiere,
llega al oscuro rincón del puerto
donde los barcos podridos mueren
y allí, en el agua negra, alma mía,
pues eres cosa perdida, piérdete

XXIX

A la buena de Dios seréis felices
sin el resorte de la honestidad,
vosotras todo el viaje, reinas mías,
y entre dos estaciones los demás
No todas todo el viaje, sé que algunas

el reposo burgués han de alcanzar,
no todos por un rato, algunos de ellos,
de aquel reposo, hasta morir, huirán.

Y todos se aderezan una vida
de irla sufriendo sin quererla ya,
el cuerpo lleno de dolor y angustia
y el alma de cobarde flojedad
No totalmente todos Sé que algunos
formarán, hoy, muy serios, un hogar
y al otro día, la escondida jaula
de sus pájaros locos, abrirán

¿Seré yo hasta mañana o para siempre?
De todos ellos tengo un poco el mal,
ese mal de buscaros y en vosotras
anegando las almas, olvidar
Pero tan sólo un poco, yo del todo,
ni voy ni vengo ni me doy jamás;
pero no sé hasta cuando ¿ha de saberlo
el alma que está siempre por llegar?

XXX

I

Fue natural que al fin y al mismo tiempo
se vieran, de la bestia, en la guarida,
los dos en una misma se saciaban
y esta vez, esperaban a la misma.
Los dos daban sus rostros a un espejo
y él en una amargura los fundía
revelando los celos vergonzantes
que en las entrañas de los dos, mordían

II

Venían del sendero fresco y rudo
que sube lento la áspera colina
y, a los jardines del hogar llegando,
entre flores y cánticos, se anilla
Los dos abandonaron el sendero
con el dolor de la primera herida
y los dos al trabajo y a las bestias
dieron su corazón, fibra por fibra,
hasta sentir el frío de la muerte
donde tuvo el amor su ánfora viva, —
y ahora, en esta noche, se olvidaban
en una y se gruñían por la misma. .

III

Del otro lado, a lo mejor, riendo
subió una voz Cantaba aquella chica
como un honrado obrero que ha tenido
otro acierto feliz en sus fatigas.

XXXI

Tiene que tiene que está el alma,
suelta en vapor, sobre el pellejo,
tiene que el alma se ha oxidado
de andar así, desnuda, al viento
Vaya y entréguese a las duchas,
a cualquier hora, en cualquier tiempo,
ellas darán vigor al alma
y volverán el alma al cuerpo

XXXII

Cosa curiosa· se empeñaban
 la sociedad y el buen sentido,
 la ley de Dios y otras quimeras,
 todos a una, en desunirlos;
 pero el amor, firme que firme
 los apretaba de lo lindo,
 con la intención de no cederlos
 sinó anudados en un lío
 Yo me alejé, con mi conciencia
 y mi opinión en el bolsillo,
 pero pedíle a Dios de paso
 que bendijera a aquel idiota
 Dios lo bendiga y él derrame
 el disolvente del olvido,
 en los berrinches de las tías
 y en la dentera de los tíos .

XXXIII

Alma sin hiel que aspiras a ser bella
 , cuánto tendrás que andar y desandar' .
 ¡lejos de nuestra vida miserable,
 de bestias mansas, la hermosura está!
 Aunque también es cierto
 que tu misma inocencia te valdrá
 si no sientes aún, en los zapatos,
 el viejo surco del andar vulgar,
 si no guardas aún o si te estorba
 nuestro vintén y medio de moral.

XXXIV

Lo juro por vosotras, reinas mías,
reinas mías de ahora, abominables,
y también por vosotros que absorbísteis
mi adolescencia, cándidos altares,
por tí lo juro Adán, por tu pecado
lo juro y por las náuseas de mi carne
y por esa amargura enorme y lenta
que nos embriaga, consumido el cáliz
de un goce vil, yo juro que es alegre
la alegría de amar y formidable ..

XXXV

Nacidos por carambola
en una bola de barro
hombre, árboles y brutos
vamos viviendo y rodando
Todos, del barro salidos,
del mismo nos sustentamos
pero los hombres le añaden
algo de que estar borrachos
Todos, viniendo de lejos
y en los retoños durando,
nos prometemos vivir
mientras haya barro a mano
Los hombres, además, tienen
la eternidad de regalo
y un pincel para pintar
dioses, ángeles y diablos

XXXVI

Aquel te dijo puerca Muy mal dicho
Tú gozas del derecho de los dioses
que es también un deber y está en mostrarse
en pelota ante Dios y todo el mundo.
Pero aquel añadió que necesita
asirse de un vestido de franela
para llegar al beso Y él, entonces,
al pedir su franela en tu hermosura,
estaba en sus cabales Cada uno
sabe dónde le aprieta el sentimiento

XXXVII

El imbécil del tío, ese tío imbécil,
vuelto hacia sí, de admiración se pasma...
¡santo Dios, qué hermosura de talento
qué chorro inextinguible de palabras!
Sin decir una sola, él se conversa,
la madre también calla,
él se mira y sonrío y ella tiene
en su dolor perdidas las miradas ..
Y el dolor es el hijo,
agobiado de espaldas,
desmedido de ideas,
agobiado en la carne y en el alma.
Y el hijo que me mira
con una intensidad desesperada
mi salud juvenil y vigorosa,
mirándome, me arroja de la sala
Y al salir me detengo
junto al rico reloj que ya no marcha,

globo de esmalte y oro,
roído por el tiempo en las entrañas.
Por el esmalte azul pasan mis dedos
como si acariciaran,
hacia el mudo reloj llaman mis ojos,
del niño que me mira, las miradas
¿Quién no es vencido al cabo por el tiempo
que se vence a sí mismo? Todo pasa,
todos vuelan a unirse en ese valle
mudo y sin luz o en esa nube arcana
Y yo que odio el dolor y me prometo
no volver a los locos de esta jaula,
no insistiría en un jamás que es siempre
hasta luego, en el polvo que levanta
la muerte a las estrellas
o que, en la muerte, a lo profundo baja.

XXXVIII

—¿Quién es ese que grita junto al río?
—Es uno que esos otros abandonan
—Pues hágalo correr tras de esos otros
—No puede, que ellos huyen en su nave
—Pues hágalo bogar y Dios lo ayude.
—No puede, que está muerto el pobrecillo.
—Entonces que se calle como un muerto
y no perturbe el orden de las cosas
el feliz germinar de los gusanos
y el plácido descenso del olvido

—Ahora los que gritan son los otros .
—Hacen bien en gritar si están bebiendo .

—Hacen mal en beber si se emborrachan
—Ellos, del muerto, la visión alejan
—Ellos, borrachos, perderán el rumbo.
—Entregan nave y vidas a la suerte ..
—Pues perderán las vidas y la nave
—Arriesgar no es perder

—Baja la noche
y los acecha la maldad del río .
—Eso, mañana lo sabrán, gozosos .
—Y si ellos no, sabrálo el que los pesque
—Déjalos ir. El alma se remoza
junto a la muerte, en el peligro Vayan
locamente esta noche. El nuevo día
halle en sus ojos una llama nueva
que no refleje la visión del muerto .

XXXIX

Yo los he visto, en su fuga,
ir con el viento que arrastra
las vanidades enfermas
de la inútil hojarasca

Ellos temen los temores
de la muerte, los fantasmas
que, alrededor de la muerte,
giran en lúgubre danza

Ellos temen, sobre todo,
no subir, no traspasarla,
no librarse de la muerte
dejándola aquí burlada

Y allá van, son los que suben
y allá van, son los que bajan,
los que en las sombras olvidan,
los que en las cumbres divagan,
los que abren sus corazones
al viento de las montañas,
los que arremolina el viento
en las mudas hondonadas

Yo también Voy con mi perro,
con el perro y con el alma,
pero no voy por los montes,
pero no por las playas
voy por la villa aburrida,
por un camino entre casas,
por este camino odioso
que sigo desde mi infancia.

Yo también Siento en mi vida
la niebla de aquellas ansias,
pero cuando me pregunto
si de un cielo eterno bajan,
a mí el perro me responde
con la luz de sus miradas
y el latir de sus arterias
y el calor de sus entrañas

Me responde con su historia
de alegrías y de lágrimas,
me responde con su carne
transida de amor y rabia;
y así me da los quejidos
de un dolor sin esperanza
y eleva así hasta mis ojos

el resplandor que es el alma:
el alma suya y la nuestra,
la luz y el calor de un ascua
que, al sumergirse en la muerte,
por siempre jamás se apaga

XL

I

Era una vez un resorte
interior. El pobrecito
se ha roto. Había una vez,
en los adentros, un himno,
o más bien, érase un alma
como las olas de un río
o érase el río impetuoso
y claro, rebelde y rítmico,
que huye siempre y nunca deja
el alma donde ha nacido.
Y fue que una vez perdieron
el compás y el equilibrio
y por el polvo rodaron
ondas, almas, voces, ritmos,
hasta encontrar en el polvo,
con la quietud, el olvido

Pero los cisnes habían
abandonado su asilo.
Miedosos y enamorados,
pusilánimes y líricos,
los asustó una quimera,
un mamarracho sombrío,

y, sin esperar la noche,
huyeron despavoridos

II

„A qué me buscáis ahora?
Está de muda mi asilo
¡Hoy me niega esa canción
que es mía y os ha traído!

Ved el sol, aunque él parece
otra cosa. Está marchito,
sucio, achacoso, pero es
el sol, de oro garantido
Es el sol pero le ofrecen
a su arte, un fondo mezquino,
le ofrecen un jardín raso
y unos muros renegridos.

Ved el jardín. Es verdad
que está un poco enmohecido,
en los senderos, lodoso,
y en los canteros vacío,
pero tanto es un jardín
que la envidia del vecino
lo injuria arrojando en él,
cascotes y desperdicios

Aquella fuente. Pues sí,
hoy es un charco y ha sido
casi un estanque, un pequeño
y verde estanque interino.
Y los cisnes . Yo no niego
que sean patos. Os digo

que los cisnes allí estaban
y tal vez son ellos mismos
esos viles pajarracos
de andar pausado y ridículo.
Y os digo que han de surgir
de entre ese odioso atavío
o han de bajar en la aurora
por los aires encendidos,
como una cándida nube,
como un blanco torbellino
Y a ellos alzaré mi huerto,
savias nuevas y oro vivo
y en ellos, arderá el sol
esplendores y prodigios.

III

Porque una vez... Qué fatiga...
Viejo aguará, primo mío,
recuerdas? Sólo cenizas
quedan ahora y suspiros...

IV

Y los patos? Picotean
alrededor de un cuchillo...
Lo trajo un tal, algo lobo
y algo perro. El tal me dijo:
Mátalos. Ellos son gordos
inocentes y benignos,
mirarían sin recelo
la sartén pronta a freírlos

Son patos Mátales Come
y engorda. Mira: he advertido
que el exterior de tu casa
se da unos aires artísticos
chocantes, pues son la burla
de tu miseria. Es preciso
desmocharlo. Ya no pierdes
a nadie en el laberinto
de tus promesas Decías
he de realizar prodigios
en la soledad ¡Pretextos!
disfraz de un ocio tranquilo
que empolla huevos de pato
en un rincón muelle y tibio' .

Un lobo cobarde, un perro,
un hombre, trajo el cuchillo

v

Pues no señor, no me embrollen
las cuentas En el principio
fue aquí el nacer de la luz,
aquí del agua los himnos
y en las rosas de la tarde
y de la noche en los lirios,
aquí el reposo, al volver
del triunfo o del sacrificio

Lentamente se aquietaban
mis fuerzas y mis sentidos
y el alma mía, en silencio,
se alejaba de mí mismo.
La seguían mis ensueños

por suaves, vagos caminos,
 mi corazón la sentía,
 difusa en luces y ritmos,
 en la claridad medrosa
 de raudales fugitivos,
 en los follajes que son
 nubes de amores y nidos,
 en la virginal dulzura
 de los prados del rocío .

Pero a veces, al llegar
 a los horizontes límpidos,
 cándidas nubes, espumas
 de los mares infinitos,
 pero a veces, al subir
 los cisnes, blancos y líricos,
 con el clamor de las palmas
 que el triunfo agita en delirio,
 pero a veces, al crecer,
 suelto en los aires, el río
 de blancuras deslumbrantes
 y de musicales ritmos
 mi alma ascendía impetuosa
 por los aires encendidos
 y era la flecha que arranca
 de los senos nacarinos,
 olas de la sangre ardiente
 que ilumina los martirios
 y era la espada gigante
 de hambriento y rápido filo,
 que hiriendo montes aéreos,
 desata en los flancos niveos,
 maravillosos torrentes

en oro y en sangre tintos
y era el titánico genio
que abandonando al vacío
su espada, aferra sus manos
y sus frenéticos bríos,
de las heridas recientes,
en los bordes doloridos,
hasta descuajar las moles
y abrir hondos precipicios
dando a la luz asombrada
y al viento despavorido
lagos de bullente sangre
y cráteres de oro vivo
Y era más y era, la mar ..
Pensad en un laberinto
de deseos sin objeto
y palabras sin sentido
y el alma desnuda y sola
colgada en el centro mismo
de un crepúsculo de ideas
como un rojo farolillo
y comprenderéis lo que
yo jamás he comprendido
y que era lo que sentía
y algo, pues, de lo que os digo,
cuando esa fuerza que ignoro
me arrebatava en sus giros
y hecho un ovillo de luz
y un enredijo de gritos,
por un hueco interastral,
me arrojaba a lo infinito

VI

Aquí fue y aquí y por eso,
 porque al llegar era niño,
 porque engrandecí soñando
 y desperté envejecido,
 vivid, vivid miserables
 recuerdos de un paraíso ..
 El charco sobre la fuente,
 en el viento los graznidos,
 lodo y niebla en las visiones
 y alrededor de un cuchillo,
 pues con él no me maté
 al sentirme envejecido,
 las viles aves que arrastran
 la inercia de mi martirio

XLI

—Siento, hermano, en la nuca, los talones ..
 —¿Qué le vamos a hacer?.. Es que estás loco
 Tan solo un poco, es cierto, pero loco. .
 —Hermano, siento un árido camino
 que va, desde mi nuca a los talones
 —Tendremos que regar ese camino
 con el frígido chorro de una ducha
 —No te burles Entiéndeme Me aflige
 un mal muy grande y múltiple,
 un mal que desmenuza mis ideas,
 resopla y bufa con mi sangre y gruñe
 y rezonga en mis vértebras . Rechinan
 las vértebras, rechinan sordamente
 con rumor que relaja mis oídos

y afloja mi mandíbula y es como
y es más que cuando aprietas, de semillas
áridas un puñado

—O como cuando
piden aceite, a gritos, las bisagras
—No, no es así Tú no oyes bien .

—Yo no oigo
nada Yo le buscaba consonante
a tu comparación

—Y luego el frío
que no me deja nunca Y en los sesos
o donde están o donde pienso o donde
antes pensaba, una aflicción cobarde,
una llorosa flojedad, tendida
sobre las blandas huellas,
la hez o la espuma, de un vigor perdido.
—Bueno, aquí te perdí . En ese cocktail
yo no sé señalar los ingredientes
aunque presumo que han de ser los jugos
de una vida vivida bajo llave,
de una inocencia que se hastía Sigue
diciendo a ver si el caso se me aclara
—Y lo que más me aflige me sucede
entre dos sueños del dormir nocturno
Y ello me llega a cualquier hora, pero
cuando me aflige más, es cuando llega
hacia el amanecer en la hora pálida .
Despierto sumergido
en un aire de muerte,
de olvido, de abandono
Y una angustia muy simple, muy desnuda,
está dentro de mí y en ella se abien,
llenas de intenso frío, mis miradas,

como si desde el borde
 extremo de mis años
 vieran toda mi vida,
 inerte, vana, sin remedio inútil.
 Así me desconsuela, así me abate
 aquella angustia sin visiones, toda
 desnuda de recuerdos. Me defiando
 pensando que mis pies pueden llevarme,
 para librarme de ella, a algún añoso
 árbol, de fuertes y extendidas ramas,
 o a alguna vieja casa cuyo techo,
 que ya no ampara al sueño humano, ofrece
 al último dolor, sus negras vigas .
 Y mi angustia persiste Ella se agranda
 Ella consume en mi interior, la niebla
 que aleja el fin y lo hace incierto Entonces
 finjo que voy y que a mi cuello enrosco
 la cuerda. La imagino
 como una cinta de humo y con el suave
 enbriagador ceñirse de los brazos
 de una ramera principesca Siento
 al darme de morir, que en ese instante
 bajo mi piel revive
 un aire de piedad en que se abrigan
 mis ojos y mi sangre. y luego, a poco
 de haberme dado de morir y estando
 todo dentro de mí, mudo e inmóvil,
 algo me roba de la cuerda y rueda
 conmigo, por el plácido descenso
 del sueño de los niños, lentamente ..
 —Y luego?

—Olvido Pero vuelve el día
 y el tener que moverme con el frío

del miedo y de la duda
apegado a mi piel y a mis ideas.

—Eso es todo

—Eso es algo .

—Eso es bastante

No he de entenderte más, aunque aglomeres
otros detalles, no comprendería
sino que suenan a locura. Ahora
óyeme a mí.

—No te oigo.

—Oyeme a mí que sé

—Tú nada sabes,

tú nada sabes de esto que está fuera
de tu dicha animal Déjame, ahora

—¡Pero si tengo el medio de curarte,
poniéndote en lo menos nebuloso
de tus entendederas, los motivos
de mi dicha animal' ..

—Sé que ella sube

desde el vientre gozoso a tu cerebro,
sé que la nutren los placeres viles .

—¡Llama tú como quieras al buen vino
y a los labios sabrosos
de la mujer!.

—Déjame, vete. .

—Entonces,

si no quieres oírme,
si no quieres curarte,
¿qué es lo que quieres?

—Quiero

quejarme y nada más

—¡Oígate el diablo

si sigues con tus quejas! ..

—El nos oiga.

Y no creas . El diablo, si es que es cierto
que de la tierra no se van las almas,
es el menos absurdo de los dioses .

(¿Y por qué ha de volver a que la burle,
todas las noches, con el mismo cuento?
¿Y por qué he de temerla,
con el mismo temor, siempre que vuelve,
si no deja, en mi vida miserable,
otro mal de mi propia cobardía?)

XLII

Entonces yo sentía
que no iba a morir de mal de cuerda,
en cuanto propinado por mi mismo,
entonces yo era débil
y la obsesión rodaba, con mi vida,
sin tener uñas con que asirse a nada

Pero ahora es distinto Tengo llenos,
el sombrero y las ropas, de una fuerza
de voluntad, enorme Si me digo
que he de andar, voy, a veces; si mis puños
tienen martillo a mano y se proponen
ponerse a la obra y no cejar, golpeo,
no siempre en la herradura De esta suerte,

de una manera heroica, cierto día,
subí al tranvía y no paré hasta el Prado.

Paré en el Prado y descubrí una rama
,Qué rama! Entre las otras,
tortuosas y ascendentes, era el brazo
de una estocada a fondo
Y era un forzado brazo y él, tendido,
me invitaba a probar su resistencia
cuélgate, pues, de mí Modestia aparte,
yo no me colgué de él, pero sabía
que el brazo aquél que era la rama aquélla,
era mi rama, tal y cual y como
mi antípoda Bertoldo, fruto enorme
del sentido común, hallar no quiso
ni por supuesto, en ella acomodarse

¡Y esto es lo grave, ahora que es distinto! . .
Figuráos que, ahora,
la fuerza ejecutiva que ya os dije,
me ordenara trepar y de la cuerda
usar que llevo a prevención y siempre . .
Sería ello antiestético, algún tanto
inmoral y en extremo escandaloso
ante la faz del mundo, pudibunda,
pero en verdad, sería poca cosa,
un óyese a sí mismo, entre una rama
y unas raíces, reducido a cero.

Bueno Os estoy contando mis temores
de anoche Ahora caigo en que son otros
los que me achuchan hoy. Los nuevos nacen
de un decir de mi primo Esmeraldino

quien, de pronto inspirado, en mis narices
profetizó que he de morir de gordo.

Mi primo Esmeraldino es un asceta
a quien Dios no ha dejado de su mano
porque jamás de ella lo tuvo, digo
que es un asceta porque el pobre vive
con la barriga fría y de ensaladas
Y el pobre está verdión como las cosas
que engulle y es el pobre
naturista e hidrófilo y me dijo
"No lleves más, a prevención, la cuerda,
"no morirás colgado,
"morirás sofocado por tu crimen.
"Morirás de la muerte
"que te darán tus víctimas,
"esos hermanos mudos y amorosos
"que a tu piedad se entregan indefensos
"y a quienes tú, para comer, inmolas.
"La carne de tus víctimas fermenta
"en la espesa gordura
"que arropa tus entrañas;
"fermenta y se transforma
"en pútridos venenos
"y ellos te van hinchando hacia la muerte
"Y así y por carambola,
"tu diente prostituye
"tu propia vida de animal Tu vida
"también se venga En tu cerebro bárbaro
"ella se enturbia y se desfibra Sientes
"que te arrastran a muerte ignominiosa
"y fantaseas que un adverso sino
"te lleva por tus pies a que te ahorques

"y ese es el fin que miente tu locura
"Tu fin no es ese, es otro y él se acerca;
"pero se acerca sin llamarte al árbol
"a profanar las dadivosas ramas
"con el fruto maldito de tu cuerpo
"Acaso al pie del árbol, sobre el tibio
"suelo corrupto, acaso en la cocina,
"entre los huesos que abandonan el crimen
"cobarde y cotidiano... donde quiera
"que mueras tú, tú morirás de gordo"

Bueno Entretanto, siempre es un consuelo
pasar de aquel temor a esta amenaza

XLIII

Hermano mío, mira, si me quieres,
arrójame de casa

En su rincón del patio,
atento al pez que en vano y siempre aguarda,
deja al muñeco rubio,
al pescador de caña
Tú eres bueno con él, tú lo recuerdas
unido a nuestros juegos de la infancia
y haces que lo defiendan a escobazos
del polvo y las arañas
Déjale su rincón, deja que esconda
bajo su piel vidriada
la quietud de las pulcras tradiciones
que idiotizan la vida en nuestras almas.
Pero si a mí me quieres,
líbrame de él, de tí, de tu morada,

entrégame al camino,
arrójame de casa.

Deja al perro en su vida y su perrera
Tú compasivo, su humildad halagas,
le das tu pan, tus manos, tus caricias,
sobras de los manteles y del alma,
ámalo pues, pero en su amor no olvides
la jaula del hurón, rompe esa jaula
Ahora, todavía

la bestia de los campos no descansa
junto al plato doméstico, en los trapos
impregnados de hedor a piel cristiana.
Ahora, todavía, se embravece
gruñe contra nosotros amenazas
y ensangrienta su hocico
mordiéndolo los alambres de su jaula
No quieras que se humille, sé piadoso,
no quieras a tus pies otra alma esclava;
tienes tu perro, dobla sus raciones,
suelta al hurón y arrójame de casa

Porque es mi vida de ella y la del perro,
un algo que no estorba ni hace falta,
y es de mi vida un sufrimiento inerte,
solitario y senil, que a nadie llama
¡Siempre el mismo camino
y, aburridas por él, las mismas caras,
e, insomne, el lecho de mi infancia, siempre
al principio y al fin de mis jornadas' .
Ciñen mis pasos surcos invisibles,
fuerzas sin cuerpo mi vigor aplastan
¡jamás podré salirme de esa angustia
si no acudes tú a mí, si no me arrancas'...

Quise un vez Es cierto Solo y alto,
por la pared, del lado de mi cama,
asoma grueso clavo su cabeza
y el fuerte cuello, tentador, me alarga
Una imagen de altar, cándida y pura,
antes pendía de él y lo ocultaba
A él sujeté un extremo de la cuerda,
bien flexible la cuerda y encerada,
me suspendí de un puño, suave y fuerte,
de vida hambriento, el nudo resbalaba.
Pero mi carne desmayó en la prueba,
y sin querer sentir en la garganta
la horrible mordedura,
de ella zafé la mano torturada
Así bajé cobarde, bajé al lecho,
al seguro pueril de las almohadas
y al maldecir idiota de los débiles
que disuelven sus fuerzas en palabras
Y allí mi cobardía
dejó que mi dolor me abandonara
mientras iban las horas de la noche
perdiéndose, vacías, en la nada .
Luego sentí a mi lado,
muda indecisa, el alba,
y sentí que en su cándida frescura
se dormía mi carne fatigada .

Me despertó un clamor vivo y lejano
que entraba con el sol por mi ventana,
un clamor a lo lejos que ha venido
más de una vez a sacudirme el alma,
llamándome a subir por un sendero
ceñido, en espiral a una montaña

Hermano mío, mira, te lo juro,
yo siento que me llaman
las voces que los perros no conocen,
arrójame de casa

—No puedo, hermano, hacerte esa limosna
Házte la tú Mañana, cuando salgas,
te vas para volver, pero no vuelves
y hasta subir en espinal, no paras

XLIV

Eso que dicen que era el alma mía
dejó, en silencio, su escondida estancia

Desde entonces reposan mis ideas
entre las cosas muertas, sus hermanas

Eso fue el fin desde el principio, pero
era un descenso, el fin, lleno de pausas

Cuando empecé a sentir, sobre los huesos,
la lluvia boba, cenicienta y mansa,
contra ella provoqué la antigua sangre,
férvida y roja, a golpes de agua helada
Volvió la antigua sangre por un rato,
me pidió que comiera y que trotara,
le hice el gusto y el gusto
la amodorró de nuevo en mis entrañas

Después me dí fricciones Me valía
de una piel de mujer, mórbida y blanca,
y un poco me valió, prendió en mi carne
inesperada y deliciosa llama
Un poco o poco más, pues transcurrido

un mes escaso o, largas tres semanas,
se marchó mi ilusión, perdí el deseo
o se enfrió la piel de la madama
Después me puse a dieta y a silencio
y fui a dar a los parques y a las playas,
no muy lejos, porque era en un tranvía
que tomaba a la puerta de mi casa
De allí salté al arroyo de las calles
a soportar la interminable charla
en que su humor original trasuda
nuestra simiesca raza

Ni con estos remedios ni con otros
que busqué en mi magín y en la farmacia,
pude llenar de luz el hueco oscuro
que dejó, al irse, en mi interior, el alma
Era un hueco que, en vez de aligerarme,
mi caída y la de él apresuraba,
era un hueco pesado como un libro
o una disertación o una matraca

Así he llegado a lo profundo Ahora
no me sacan ni a tiros de esta pausa
Arriba, lejos, con la espuma, hierven
las locuras del sol y la esperanza

¡Buen tiempo hace allá arriba y hermosura! ..
A donde estoy las cosas muertas bajan
También baja algún pez fuerte y ventrudo,
buzo y minero de escondidas gangas,
e inquiere y prueba y gérmenes de ideas
de la dormida oscuridad, arranca.

Lo que es de mí ¡está fresco! ni una chispa...
y eso que yo, en mis tiempos, no era rana,
aquí donde me ven, de mí vivieron
como de un dios, los versos y las almas...
De mí vivieron en la luz Ahora
se reparten mi carne fatigada
y mi cerebro inerte, en lo profundo,
negros sopores y voraces larvas

Adiós, ché, tiburón inverosímil,
barrigudo genial, noble pirata,
¡tú vuelves a allá arriba! Si la encuentras
y encuentras que me busca, dile a mi alma
que estoy tan lejos de ella, pero tanto,
que ya no es suya, su escondida estancia

FIN



